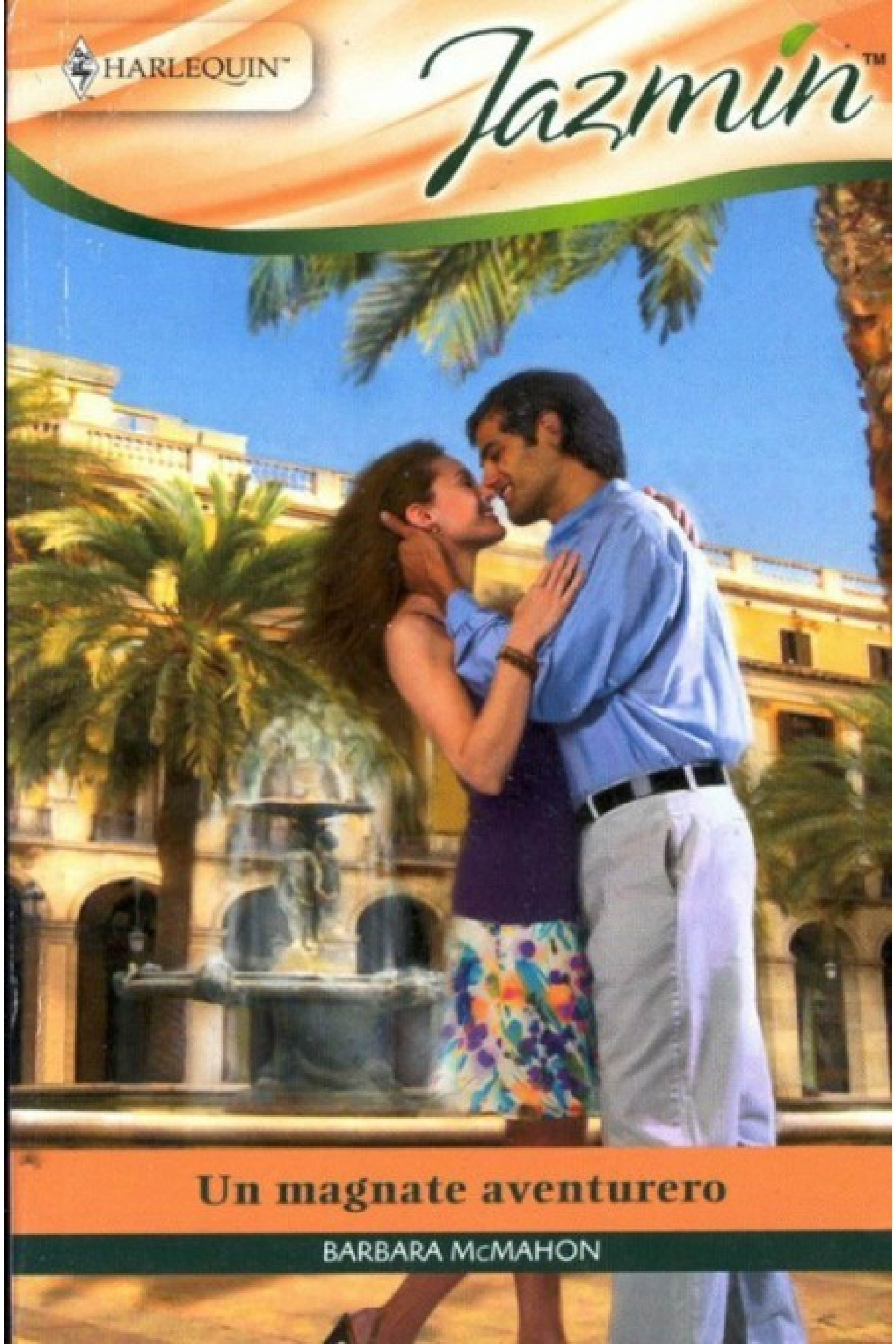

HARLEQUIN™
Jazmín™
Un magnate aventurero
BARBARA McMAHON

Un magnate aventurero

Barbara McMahon

Un magnate aventurero (2010)
Pertenece a la Temática Fuga alrededor del mundo **Título Original: The daredevil tycoon (2009)**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2331
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rafael Sandoval y Amalia Catalán

Argumento:

¡Una carrera de globos aerostáticos con el atrevido rival de su jefe!

¿Qué ocurriría si a Amalia Catalán, una joven conservadora, le ofrecieran la oportunidad de su vida? ¿Y si la emparejasen con el aventurero Rafael Sandoval en una carrera de globos aerostáticos, con un premio de cincuenta mil euros? ¿Y si tuviera que volar durante una semana con el atractivo Rafael, un hombre que no conocía el significado de la expresión «miedo a *las alturas»? Aquél era sólo el principio de la gran aventura de Amalia…*

Capítulo 1

Amalia Catalán dejó la bandeja de café sobre la mesa, entre el sofá y los sillones para las visitas. Los dos hombres estaban tan ocupados hablando que apenas se fijaron en ella, de modo que aprovechó para mirar hacia la ventana. Sí, la tormenta con la que el cielo llevaba amenazando desde primera hora acababa de empezar y, aunque apenas eran las cuatro de la tarde, estaba tan oscuro que parecía de noche. Y

no se podía ver el mar.

Suspirando, pensó en el paseo que tendría que andar hasta la parada de autobús y luego las tres manzanas para llegar a su portal… estaría empapada y helada cuando llegase a casa esa noche.

Había llevado su paraguas pero, por cómo soplaba el viento, seguramente no le serviría de mucho.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Esteban Vicente, su jefe.

Amalia se volvió para mirar a Rafael Sandoval, el presidente de una empresa de la competencia. ¿Qué habría dicho para provocar tal exclamación?

Claro que Esteban Vicente no era un hombre muy delicado. Ella llevaba más de siete años trabajando para la empresa, los últimos tres como secretaria personal de Esteban, y sabía lo fácilmente que perdía la paciencia.

—¿Quieres apostar cincuenta mil euros? —lo retó Rafael.

Rafael Sandoval, heredero de una fortuna familiar, había levantado una empresa de importación y exportación en la costa del Mediterráneo que tenía oficinas por todo el mundo. Demasiado joven para haber conseguido tanto en tan poco tiempo, era tan arrogante como cabía esperar y cada vez que entraba en la oficina Amalia se sentía un poco intimidada.

Por supuesto, no era de los que perdían el tiempo hablando con una simple empleada y, sin embargo, durante su última visita el mes anterior lo había pillado observándola en un par de ocasiones.

Amalia lo miraba siempre que podía, pero intentaba disimular porque si alguna vez la pillaba mirándolo se moriría de vergüenza.

—De acuerdo, acepto la apuesta. Y estaré encantado de recibir

tu cheque —replicó Esteban, con la misma arrogancia que Rafael.

Amalia miró a su jefe, un hombre de cincuenta años siempre dispuesto a buscar nuevos retos para demostrarle al mundo que seguía en plena forma. ¿Qué les pasaba a los hombres que tenían que estar constantemente compitiendo unos con otros?

—Estás muy equivocado, soy yo quien va a llevarse ese cheque —dijo Sandoval.

A los treinta y cuatro años, y un hombre guapísimo, Rafael Sandoval había logrado ocupar un puesto entre los empresarios más importantes de Barcelona a una velocidad meteórica. Por eso lo había visto tantas veces en la oficina durante los últimos tres años. Pero estaba segura de que nunca se había fijado en ella.

—Sólo llevas un par de años montando en globo. Eres un loco si crees que puedes ganarme —sonrió Esteban, echando azúcar en su café—. Yo llevo haciéndolo más de una década.

—Aprendo rápido —dijo Rafael.

Tenía una sonrisa cautivadora, debía reconocer Amalia. ¿Cómo sería si le sonriera a ella de esa forma?, se preguntó.

—¿No estarás intentando echarte atrás?

—¿Yo? No, de eso nada. Será el dinero más fácil que haya ganado nunca. Como el trato que estamos a punto de firmar. Porque vas a firmar, ¿no? —Rafael señaló el contrato que había sobre la mesa.

—¿Debería pedirle a mis abogados que lo revisaran una vez más?

—Lo han tenido durante una semana y nada ha cambiado desde entonces.

—Eso dices tú.

—¿Es que dudas de mi palabra? —la pregunta había sido hecha con tal tono de furia que Amalia casi dio un paso atrás. No, no le gustaría nada tener a Rafael Sandoval como adversario.

Esteban se encogió de hombros.

—No dudo de tu palabra, pero éste no es un negocio pequeño y yo no quiero fracasar.

—Eso no va a ocurrir.

Esteban asintió con la cabeza antes de tomar el bolígrafo para firmar los papeles.

Amalia contenía el aliento mientras observaba el pequeño

drama. Los dos hombres habían olvidado que estaba en el despacho y ella no se atrevía a moverse.

Tirando el bolígrafo sobre la mesa después de firmar, Esteban se echó hacia atrás en el sillón.

—¿Qué tal si hacemos el reto un poco más interesante?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rafael, mientras tomaba el bolígrafo para poner su firma.

—El festival de globos aerostáticos será un ensayo. Después del festival, te reto a una carrera de siete días.

—Me parece bien.

—Y a bordo, tanto durante el festival como durante la carrera, además de nosotros mismos irá alguien que no sepa nada sobre globos aerostáticos… elegido por el contrario.

Rafael consideró la sugerencia durante unos segundos.

—De acuerdo. Para el tercer o cuarto día irás tan por detrás que tendrás que concederme la victoria. Esteban miró a Amalia.

—¿Qué te parece?

Ella miró a su jefe y luego a Rafael.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque tú vas a ir en el globo con Rafael.

—¿Yo? No, imposible. Yo no sé nada sobre globos aerostáticos.

Sólo que eran muy bonitos… cuando uno los miraba desde el suelo. Pero la ponía enferma pensar que ella pudiera estar ahí arriba.

—El propósito de la apuesta es contrastar la habilidad de Rafael con la mía.

Teniendo al lado a un novato, la competición será más igualada.

—Después del festival, que dura cuatro días, haremos una carrera de una semana por encima de los Pirineos… para ver quién llega más lejos. ¿Qué te parece?

—le preguntó Rafael.

El brillo de esos ojos oscuros la hizo sentir un escalofrío. ¿Pasar once días con él, confinados en la cesta de un globo aerostático? No, de eso nada. Ni loca.

—No puedo hacerlo, elige a otra persona —le dijo a su jefe.

Ella tenía vértigo y odiaba las alturas… por no hablar de estar a solas con Rafael Sandoval.

Aquel hombre era guapísimo, alto, masculino. A los treinta y

cuatro años no tenía una sola cana y era un hombre tan interesante que despertaba su atención como la luz a la proverbial polilla. Y el resultado para ella sería el mismo que para la polilla si se dejaba atraer… la aniquilación total.

Rafael era uno de los hombres más atractivos que había conocido nunca. Todo el mundo pensaba lo mismo, especialmente los reporteros, que solían publicar fotografías suyas en las revistas del corazón, siempre del brazo de alguna chica espectacular. Claro que también lo fotografiaban navegando en su yate durante el verano o cuando batió un récord de velocidad en una avioneta de un solo motor desde Cádiz hasta Barcelona dos años antes.

Rafael Sandoval participaba en multitud de eventos y la prensa lo perseguía a todas horas, pero ella no tenía el menor deseo de pasar ni una hora en su compañía.

Era demasiado dinámico, demasiado llamativo y rico como para tener algo en común con ella.

Con los halagos que recibía a todas horas, sin duda sería una persona engreída y arrogante. ¿Vería la vida como una persona normal, con sus preocupaciones y sus problemas? Probablemente no. Contando con la fortuna de los Sandoval, eso era imposible.

—Muy bien, entonces elige a otra persona —suspiró Rafael.

—¿La chica con la que estás saliendo ahora? —preguntó su jefe, irónico—. Tal vez debería elegirla a ella. Estando con Teresa se te olvidaría incluso lo más básico y, de ese modo, yo ganaría la carrera. Pero prefiero el reto.

—A Teresa no le gustaría nada levantarse temprano o pasar frío, pero ya veo por dónde vas. ¿Cómo voy a saber que la persona que tú elijas no saboteará la carrera?

—¡Yo nunca haría algo así! —exclamó Amalia.

Rafael se encogió de hombros.

—¿Hay alguna otra opción?

—No lo sé, ya veremos.

—Si tú eliges a Amalia, yo le pediré a mi ayudante que vaya contigo. Por lo menos, Elena está interesada en los globos aerostáticos. Nunca ha participado en ningún evento, pero el año pasado fue a dar un paseo conmigo y le gustó.

—Dame su nombre y su número de teléfono y me pondré en contacto con ella

—dijo Esteban—. Y le pediré a alguien de mi equipo que se ponga en contacto con uno de los tuyos. No habrá sabotaje alguno, te lo aseguro. Quien sea, ayudará como un miembro más de tu equipo.

—¿Tenemos derecho a veto? —preguntó Rafael.

—Si los dos estamos de acuerdo…

—Entonces empieza a firmar el cheque.

Amalia pensó en el informe que aún debía terminar. No tenía tiempo de quedarse escuchando a dos millonarios que discutían sobre una absurda carrera de globos. Los cincuenta mil euros que iban a jugarse tan alegremente eran un dineral para ella y para la mayoría de la gente. Pero para aquellos hombres sólo era calderilla. Y apostar tanto dinero en una carrera de globos aerostáticos era una frivolidad.

—Tal vez deberíamos endulzar la apuesta —sugirió Rafael—. El perdedor tendrá que presentar al ganador en la Cámara de Comercio de Barcelona durante su próxima reunión.

Amalia vio un brillo burlón en sus ojos. Era un hombre muy atrevido que no le tenía miedo a nada y sospechaba que lo pasaba en grande, además. Era evidente que no pensaba perder… claro que no solía hacerlo. No sólo tenía millones, también era muy afortunado, según decían los periódicos. Pilotaba avionetas, hacía submarinismo y ahora, por lo visto, su nueva afición era montar en globo. Sí, estaba claro que le gustaban los retos.

Esteban tomó la copia del contrato y se la dio a Amalia antes de ofrecerle su mano a Rafael.

—Que gane el mejor… y el mejor voy a ser yo.

—Prepara tu presentación para la Cámara de Comercio. Y tendrá que ser interesante para aliviar tu humillación.

Amalia le abrió la puerta, pero Rafael se detuvo antes de salir.

—No es demasiado tarde para cambiar de opinión. Así podrías saber cómo es trabajar para un ganador.

—Ganará mi jefe —dijo ella.

Sandoval le hizo un guiño antes de salir y, envuelta en el aroma de su colonia, fresca y cara, perfecta para él, Amalia deseó por un segundo que ese guiño hubiera significado algo especial.

Una tontería, por supuesto.

Mientras Rafael se dirigía a los ascensores, ella se volvió hacia

su jefe. Aunque no tan notorio como su competidor, también Esteban hacía cosas extravagantes que salían en los periódicos. De hecho, le encantaba salir en los periódicos. Cómo había podido soportarlo su mujer durante todo esos años era un misterio.

—¿Crees que va a ganar?

—Por supuesto, pero necesito tu ayuda. Quiero que vayas con Sandoval, Amalia.

—No, lo siento, me dan miedo las alturas. Además, ¿de qué hablaría con un hombre como él?

—No debes preocuparte por eso. Rafael estará demasiado ocupado intentando ganarme. Y no intentará propasarse, tú no eres su tipo. A él le gustan las chicas llamativas, no las chicas trabajadoras. Pero si tú fueras con él, yo sabría con toda seguridad que no está recibiendo ayuda de nadie.

Amalia negó con la cabeza. Ella no podía montar en globo. Aunque no sufriera de vértigo, tenía muchísimo trabajo que hacer y, además, debía cuidar de su hermano.

—Tengo que terminar el informe de Túnez, así que no puedo, lo siento.

—Entonces busca el número de Teresa Velázquez —suspiró su jefe—. A lo mejor ella podría distraerlo.

Teresa Velázquez era la última novia de Rafael Sandoval. Lo sabía porque habían acudido juntos a una fiesta recientemente y las fotografías habían aparecido en todas las revistas. En ellas, la joven de pelo rubio y ojos oscuros llevaba un vestido que destacaba una figura de escándalo.

La cuestión era si seguiría con Rafael para cuando empezase la carrera.

Sandoval cambiaba frecuentemente de acompañante y la carrera de globos no tendría lugar hasta dos semanas después, tiempo suficiente para que encontrase otra novia.

Suspirando, Amalia localizó el número de teléfono y se lo pasó a su jefe. Si no volvía a molestarla podría terminar con su informe de una vez.

Antes de las cinco había terminado y se dispuso a hacer copias para todos los jefes de departamento. El resto de la semana sería fácil… o tan fácil como podía serlo trabajar para Esteban Vicente.

Aunque a ella le gustaba su trabajo. Afortunadamente, porque

tendría que seguir allí durante otros cuatro o cinco años. Cuando su hermano José terminase la carrera ella volvería a la universidad para reanudar sus estudios, interrumpidos por la repentina muerte de sus padres.

El objetivo de Amalia era ser diseñadora gráfica y crear páginas *web*. Los ordenadores eran lo suyo y había mejorado el rendimiento de todos los de la empresa, pero eso no era suficiente. Ella quería expandir sus horizontes… y una compensación económica adecuada.

Cuando le expresó su interés a Esteban un par de años antes, preguntándole si podía cambiar de división, él se negó porque no quería buscar otra secretaria. Tal vez hacía su trabajo demasiado bien, pero no era su estilo hacer las cosas mal.

Al menos tenía un buen puesto, que le permitía vivir en un apartamento bonito.

Tras la muerte de sus padres no quedaron más que deudas y Amalia recordaba el miedo que sintió al pensar que su hermano pequeño dependía completamente de ella.

Afortunadamente, enseguida encontró trabajo y había podido ahorrar algo de dinero para que José no tuviera que trabajar mientras estudiaba. Su hermano, que empezaría la carrera de Física el año siguiente, seguramente estaría encantado de montar en globo… pero no iba a decírselo o intentaría convencerla para que aprovechase la oportunidad.

Amalia estaba poniéndose el impermeable mientras pensaba qué iba a hacer de cena cuando Esteban entró en su despacho.

—Necesito que pidas las previsiones meteorológicas para las próximas semanas… pero puedes hacerlo mañana a primera hora.

—¿Alguna cosa más?

—No, ahora mismo no —sonrió su jefe—. Estoy deseando ver la cara de Rafael en la Cámara de Comercio, cuando me entregue ese cheque.

—A mí eso de los globos me parece aterrador —dijo Amalia.

Había acudido al festival el año anterior, pero no se había quedado mucho rato.

Las cestas parecían diminutas comparadas con los enormes globos, colgando de unas cuerdas tan delgadas… le daban escalofríos sólo de pensarlo. La aventura era peligrosa y ella

prefería tener los pies en tierra firme.

—Es seguro y muy divertido. No hay nada como estar flotando a mil metros del suelo, viendo el paisaje deslizarse bajo tus pies, yendo donde te lleve el viento…

—A menos que el globo choque contra un cable del tendido eléctrico o caiga en el Mediterráneo y se hunda antes de que te rescaten o…

O, sencillamente, que se hiciera trizas contra el suelo. Amalia sacudió la cabeza.

—Eso no ocurre nunca —rió Esteban.

—¡Pero si ocurre ya no lo puedes contar!

—Yo no he tenido un solo accidente en todos estos años, pero no te preocupes, Teresa Velázquez está encantada de ir con Rafael. Creo que espera que ponga un anillo en su dedo antes de que termine el viaje, aunque dudo que lo haga. Rafael lo pasa demasiado bien con unas y con otras como para atarse a nadie en particular —sonrió Esteban antes de entrar en su despacho.

Una vez en la calle, Amalia se quedó en la puerta del edificio, sin atreverse a correr hacia la parada del autobús bajo aquel aguacero.

Mientras estaba intentando decidirse, un deportivo negro se detuvo frente a ella y su propietario bajó la ventanilla.

—¿Vas a algún sitio?

Rafael Sandoval. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Pues…

—Sube, te llevo a casa.

En otras circunstancias, Amalia se habría negado. Pero ella era una persona práctica y con aquella tormenta… decidió subir al coche.

—Gracias, pero ¿por qué? —le preguntó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Para conocerte mejor, por supuesto.

Ella dejó escapar un suspiro. Incluso el interior de piel olía a lujo.

—No hace falta. Esteban ha convencido a Teresa Velázquez para que te acompañe. Yo no voy a ir.

—Ah, vaya, no sé qué es peor, Teresa o tú —suspiró Rafael, mientras cambiaba de carril.

—Muchas gracias —murmuró Amalia, molesta. Esperaba sinceramente que perdiese la carrera y que su jefe lo humillase como merecía.

—Dicen que «mejor lo malo conocido», pero yo no estoy tan seguro —sonrió Rafael—. Conozco a Teresa y sé lo que esperará de ese viaje. A ti no te conozco, pero al menos sé que no tienes motivos ocultos.

—No voy a ir, de modo que no tiene importancia.

—De todas formas, no iba a dejarte tirada bajo la lluvia. ¿Dónde vamos?

Amalia vivía en la zona antigua de la ciudad, un sitio de calles estrechas y mercadillos. Nada que ver con la mansión en la que él debía vivir, rodeada de jardines y con una estupenda vista del Mediterráneo.

—Gira a la derecha en la calle Estrada.

—Bueno, ¿cuál es el plan de Vicente? —le preguntó Rafael entonces.

—Quiere ganar la carrera —Amalia se encogió de hombros.

—Yo también.

—Esteban cree que la señorita Velázquez te distraerá y así le será más fácil ganar.

Él la miró, sorprendido.

—Ah, veo que eres muy sincera. Qué extraño.

—¿Extraño por qué?

—La gente no suele decir la verdad.

—Debes salir con gente muy rara —replicó ella. Primero pensaba que iba a sabotear la carrera y ahora parecía sorprendido de que fuese sincera. ¡Qué gente!

—Ah, y también susceptible —rió Rafael—. Y seguro que tienes mucho carácter.

Pero, siendo la secretaria de Esteban Vicente, imagino que habrás tenido que disimular.

A Amalia le gustaría decir algo cortante, pero no se le ocurría nada. Qué rabia le daba cuando ocurría eso.

—¿Tú crees que Teresa podrá distraerme?

—No tengo ni idea —contestó ella.

—Pero está claro que tu jefe quiere que me distraiga… así que yo debería elegir a una mujer guapa para que fuese con él.

Amalia no dijo nada. Rafael tenía que saber que Esteban estaba casado.

¿Pensaba que le iba a ser infiel a su mujer por ganar una carrera de globos?

—Gira en el semáforo, a la derecha. Mi calle está a tres manzanas de aquí.

—¿No dices nada sobre la posible distracción?

—No creo que te interese.

—A lo mejor sí.

Amalia vaciló un momento pero, sabiendo que estaba llegando a casa, se sintió valiente:

—Es una apuesta estúpida. ¿No tenéis nada mejor que hacer con vuestro tiempo y vuestro dinero? Hay niños hambrientos en el mundo… gente enferma y sin hogar.

—Yo doy dinero a causas benéficas —protestó él.

No lo entendía. La gente como él nunca entendía los problemas de los demás.

—Mira, se me ocurre una idea: yo le daré ese dinero a la causa benéfica que tú elijas. Dime cuál es y les entregaré el cheque —dijo Rafael entonces.

Amalia lo miró, perpleja:

—¿Por qué?

—¿Por qué no? El dinero no es lo importante en esta apuesta.

Cuando llegaron a su casa unos minutos después, Rafael miró por la ventanilla.

Era un edificio de piedra antiguo, pero interesante, con grandes ventanales.

—¿El interior es igual de antiguo o está reformado?

—Tiene casi cien años, claro que ha sido reformado.

Unos cincuenta años antes, pero a Amalia no le apetecía decírselo.

—Siento mucho que no quieras ir conmigo en el globo. Me encantan los retos.

—Yo no sería un reto.

—Ponerte de mi lado sería un reto —rió él—. Dime una cosa: ¿te lanzarías de cabeza a la carrera para ayudarme o me pondrías la zancadilla?

—Me temo que no lo sabremos nunca —contestó ella.

Rafael estaba tan cerca que podía ver las arruguitas alrededor de sus ojos, aquellos profundos ojos castaños que casi se confundían con el negro de sus pupilas.

—Es una pena —murmuró él, alargando una mano para acariciar su cara.

Pero Amalia se apartó de inmediato.

—Gracias por traerme —le dijo, mientras abría la puerta del coche. Apenas se dio cuenta de la lluvia mientras corría hacia el portal, tan nerviosa estaba.

Cuando se volvió, Rafael estaba despidiéndose con la mano. Y mucho después de que los faros rojos se hubieran confundido con los demás coches, seguía buscando con la mirada el deportivo negro. Ella ni siquiera tenía coche. Aunque no le hacía falta porque iba en autobús a todas partes.

José y ella vivían en un bonito piso, nada parecido a la casa en la que habían crecido, pero no podía pagar uno más grande o más lujoso. Además, a ella le gustaba.

José aún no había llegado, de modo que buscaría en Internet todo lo que pudiera encontrar sobre globos aerostáticos y luego se pondría a hacer la cena.

Después de ponerse un cómodo chándal, Amalia encendió el ordenador. Se decía a sí misma que estaba buscando información para poder hablar con su jefe de la carrera… pero también buscó información sobre Rafael Sandoval. Tecleó su nombre en la barra del buscador y se dispuso a leer los innumerables artículos que encontró sobre él. Algunas cosas ya las sabía, pero allí había un *dossier* completo.

¿Sabría Rafael que cualquiera podía descubrir tantas cosas con sólo teclear su nombre en un ordenador?

A pesar de sus reservas, se preguntó cómo sería sobrevolar el campo, ir donde la llevase el viento, viendo granjas y pueblos desde el aire con un hombre que hacía que la vida fuese… emocionante.

Los padres de Rafael se habían divorciado y, según las revistas, mantenía una

«relación cordial» con los dos. Amalia seguía echando de menos a sus padres después de tanto tiempo y no podía imaginarse a sí misma manteniendo una

«relación cordial» con ellos.

—¡Hola, estoy en casa! —la llamó José.

Y ella soñando con viajes en globo y millonarios guapísimos… la realidad había vuelto y la realidad era que tenía que hacer la cena.

Rafael entró en su casa desde el garaje. Estaba lloviendo a cántaros fuera y la casa estaba a oscuras y un poco fría. Y un poco solitaria también.

Mientras encendía las luces de la cocina pensó en la apuesta que había hecho con Esteban Vicente y estuvo a punto de soltar una carcajada al recordar el enfado de su secretaria cuando sugirió que podría sabotear el viaje.

No sabía por qué había pasado frente a la oficina de Esteban por la tarde…

bueno, sí, quería hablar con Amalia para ver si ella sabía por qué Esteban había sugerido que fuese parte de su equipo. Claro que ya no iba a serlo. ¿Cómo se le habría ocurrido a Esteban pensar en Teresa? No podía creer de verdad que iba a distraerlo.

El corto viaje con Amalia no lo había ayudado mucho a conocerla, pero ahora sabía que deploraba la apuesta. Y tampoco parecía tener un interés especial en que ganara Esteban.

Pero aquella chica lo intrigaba por otras razones. Parecía nerviosa cuando él estaba cerca y la había pillado observándolo en un par de ocasiones. Rafael estaba acostumbrado a que las mujeres lo mirasen, pero Amalia nunca había tonteado con él. Y si la miraba, ella giraba la cabeza.

Le había ofrecido donar el dinero de la apuesta a alguna causa benéfica, pero tampoco eso parecía haberla entusiasmado.

Rafael sacudió la cabeza.

Esteban Vicente llevaba mucho tiempo siendo una espina en su costado; desde que cinco años atrás hizo una maniobra poco limpia que le había costado un negocio importante, de modo que estaría encantado de humillarlo ante los miembros de la Cámara de Comercio.

La apuesta era un reto personal para él: pilotar un globo durante un viaje de siete días. La clave sería contar con buen tiempo y controlar los estragos del viento.

¿Cuánto combustible necesitaría para un viaje de más de tres horas?, se preguntó.

Las complicaciones eran tantas que cada vez estaba más

decidido a ganar la apuesta.

Sí, le gustaban los retos y ya casi se veía frente a la Cámara de Comercio de Barcelona aceptando el cheque. Lo importante no era el dinero sino demostrar que no era el único en Barcelona con suficientes redaños como para aventurarse en lo desconocido. Su globo podría terminar sobre los Pirineos o en el Mediterráneo, le daba igual.

Abriendo el horno, respiró el aroma del asado que su ama de llaves había dejado para él y que sólo tenía que calentar. Pero en ese momento sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola —oyó la voz ronca y sensual de Teresa.

—Hola, Teresa.

No había esperado que lo llamara esa noche.

—No deja de llover y estoy muy aburrida. No hay nada en televisión y ningún amigo quiere aventurarse bajo la lluvia para venir a verme —Rafael casi podía verla haciendo un puchero—. A menos que vengas tú…

Le gustaba Teresa. Lo pasaban bien juntos, pero no quería salir con ella frecuentemente porque eso podía dar lugar a malentendidos.

—No, esta noche no. Está lloviendo a mares y acabo de llegar a casa. Además, tengo que empezar a planear la carrera… me han dicho que vas a ir conmigo, por cierto.

—Los dos solos en el globo. Será maravilloso.

—Sí, fabuloso —dijo él, irónico.

—Podría ir a tu casa para ayudarte a preparar la carrera —se ofreció Teresa.

—Pensé que no querías salir con esta lluvia —dijo Rafael, mientras se aflojaba la corbata.

—Si voy en taxi no me mojaré mucho.

—No, esta noche, no. Tengo mucho trabajo.

—¿Más trabajo? En serio, tienes que parar un poco y disfrutar de todo ese dinero que tienes.

«O dejar que lo disfrutes tú», pensó Rafael cínicamente. Sabía que las mujeres que salían con él se sentían atraídas por su dinero y su notoriedad y normalmente no le molestaba, pero aquella noche sí. Si fuera pobre, ¿querría Teresa salir con él?

Entonces pensó en la secretaria de Esteban, no sabía por qué. Seguramente Amalia sí querría salir con él aunque fuera pobre. Incluso lo ayudaría a encontrar un trabajo y un sitio donde vivir…

Genial, o un mendigo o un frívolo. Ninguna de las dos opciones daba una imagen muy halagadora de sí mismo. ¿Habría sido eso con lo que tuvo que enfrentarse su padre? Él no había soportado la institución del matrimonio durante mucho tiempo. Al contrario que su madre… si sus cinco matrimonios hasta la fecha eran una indicación.

Rafael sacudió la cabeza de nuevo. Pensar en sus padres siempre lo hacía sentir frustrado. Su padre había estado siempre demasiado ocupado con los negocios como para atender a dos niños y la única ocupación de su madre era atraer a su próximo marido. En realidad, no deberían haber tenido hijos en absoluto.

Pero entonces él no estaría allí, ni su hermano, de modo que tal vez no todo era un error. Pero él no tenía planeado casarse en mucho tiempo… quizá nunca.

—Tengo que colgar, Teresa. ¿Qué tal si cenamos mañana?

—Muy bien, de acuerdo.

Rafael quería cambiarse de ropa y empezar a estudiar el patrón de los vientos para las siguientes semanas. Le gustaba tanto planear las estrategias como llevarlas a cabo.

Pero mientras subía a su habitación se le ocurrió que pasar una semana con Teresa en el globo podría ser más de lo que él estaba dispuesto a soportar. Teresa era divertida para una noche, pero ¿sería capaz de aguantar horas y horas en la cesta del globo, soportando el viento y el desagradable sonido de los quemadores? ¿Podría dormir al raso sin quejarse?

Tendrían que dormir donde aterrizase el globo y levantarse al amanecer. Si había algún hotel cerca, estupendo. Si no, dormirían en el campo. Quería ganarle a Esteban como fuera y no habría tiempo para diversiones.

No podía imaginar a Teresa aguantado una semana así. ¿Sería eso lo que esperaba Esteban, que lo abandonase a mitad de la carrera?

Pero él no estaba dispuesto a perder, aunque tuviera que atar a Teresa a la cesta.

O llevarse a la secretaria de Esteban.

Mientras se ponía unos vaqueros y un jersey oscuro, volvió a pensar en Amalia.

Vivía en un edificio viejo en la zona antigua de la ciudad y, sin embargo, no había parecido muy entusiasmada cuando la llevó a casa en su deportivo. Al contrario, lo había regañado por malgastar cincuenta mil euros.

Y se había mostrado indignada cuando tocó su mejilla.

Tenía la piel suave y cálida… y estaba seguro de que sería así por todas partes.

Aunque lo escondía bajo un exterior frío, era una chica muy femenina.

Aún no le había dicho a qué asociación benéfica querría donar el dinero, de modo que tendría que llamarla, pensó entonces. Él no solía necesitar ninguna excusa para llamar a una mujer, pero aquella… sí, con Amalia iba a hacerle falta una excusa.

Capítulo 2

A medida que se acercaba el festival de globos aerostáticos de Barcelona, el trabajo en la oficina se convirtió en un caos para Amalia. Había docenas de cosas que hacer todos los días para preparar la partida de su jefe. Además del trabajo diario, tenía que reunir al equipo de seguimiento, verificar que el globo estuviera en perfecto estado, organizar trabajos de logística para anticiparse a los vientos y hacer cientos de llamadas a su mujer, Margarita, que estaba disfrutando de las actividades sociales previas al festival.

Llegaba a casa agotada cada noche, pero también entusiasmada, debía reconocer. Por una vez, las actividades extra laborales de su jefe le parecían interesantes. Cuanto más sabía sobre la carrera de globos aerostáticos, más apasionante le parecía.

—Amalia, ¿cuál es el informe meteorológico para hoy? —le preguntó Esteban dos días antes del comienzo de la carrera.

—Lo he dejado sobre tu escritorio —contestó ella.

Además de todo, había tenido que ponerse en contacto con la ayudante personal de Rafael Sandoval, que sería la acompañante de Esteban. No conocía a Elena Martínez, pero había hablado con ella varias veces por teléfono y, además de parecer emocionada por la aventura, hablaba maravillas de su jefe.

En un par de ocasiones, con tantos preparativos y tanta emoción alrededor, Amalia casi había lamentado no ir con él. Pero la idea de estar a mil metros del suelo hacía que se le encogiera el estómago.

Además de todo, debía reunir las provisiones necesarias para la aventura. El truco era conseguir comida que requiriese la menor preparación posible, ya que la única fuente de calor en el globo sería la de los quemadores que insuflaban gas…

De repente, tuvo que contener la risa al imaginar a la sofisticada señorita Velázquez calentando una salchicha en el quemador del globo de Rafael Sandoval.

Por lo que Esteban le había contado, los participantes tenían que estar pendientes del viento, del lastre, ajustando la altura del globo para aprovechar las corrientes en cada momento. El rival de Esteban no tendría tiempo para tontear con Teresa si quería ganar. ¿Lo sabría ella? Amalia sabía que Rafael se concentraría en ganar la

carrera…

En fin, no era problema suyo.

El sábado por la mañana tendría lugar el primer evento del festival, pero el martes ya había empezado a ver globos de colores llegando de todo el mundo para competir.

Y, en un par de ocasiones, se había quedado mirándolos desde la ventana. Si no le dieran miedo las alturas, ¿disfrutaría viajando en uno de esos globos?

—Son bonitos, ¿verdad? —oyó la voz de Esteban tras ella—. Tienes que venir a despedirnos.

—Elena ha llamado hace un rato. Quería saber si debía llevar algo especial de ropa.

—Creo que mi agradecimiento cuando reciba el cheque será para la ayudante de Rafael —dijo Esteban entonces—. Está decidida a ser la perfecta pasajera… me preguntó cómo le irá a Sandoval con Teresa Velázquez —rió luego.

—Estás muy seguro de que vas a ganar, pero ¿qué pasará si no ganas?

—Voy a ganar —afirmó su jefe—. Yo nunca pienso en la derrota.

—Según Elena, Rafael dice lo mismo.

—No te preocupes, haré que muerda el polvo.

Amalia no era tan despreocupada. Ella siempre tenía un plan B, en caso de que el plan A saliera mal.

—Deberías ir el sábado a despedirnos —sugirió Esteban.

—¿Necesitas que esté allí?

—No, pero he pensado que te gustaría ver ascender la bolsa. Según mi mujer, es su parte favorita —sonrió su jefe.

—¿La bolsa?

—Al globo se le llama bolsa. Luego está la cesta, o barquilla, y los quemadores.

No es ingeniería espacial, pero a mí me divierte.

—Si hace buen tiempo, es posible que vaya. A mi hermano le encantaría, desde luego.

El sábado hacía un día precioso, un poquito fresco, pero estupendo, con el cielo limpio de nubes. Esteban le había pedido que fuese al amanecer porque los globos ascenderían muy temprano y había autobuses especiales desde Barcelona para llevar a los aficionados. Y, naturalmente, José se empeñó en ir con ella.

Cuando llegaron al campo, a las afueras de la ciudad, Amalia se contagió del entusiasmo de la gente. En la entrada les dieron un mapa con el nombre y el lugar en el que estaba cada participante, de modo que no fue difícil localizar a Esteban, aunque había más de cien globos, todos ellos en el proceso de llenarse de aire. El sonido de los quemadores era ensordecedor.

—¿Has venido a despedirme?

Amalia miró a la izquierda y se encontró con Rafael Sandoval. Su globo, de color rojo y negro, estaba casi hinchado del todo. La cesta tumbada de lado, con dos personas sujetándola mientras unos ventiladores empujaban el aire hacia el interior.

Su atuendo iba a juego con el globo: un mono negro y una cazadora con dos rayas rojas en el pecho.

—No, he venido a despedir a mi jefe —dijo ella.

—Ah, qué lástima —sonrió Rafael, mirando a José—. Hola, yo soy Rafael Sandoval —se presentó, ofreciéndole su mano.

El joven se presentó también, entusiasmado.

—¿Puedo ir a ver cómo inflan su globo? He leído en *Internet* cómo se hace todo el proceso.

—Sí, claro. Ven, te lo enseñaré.

Amalia se quedó mirando a los dos hombres. Le sorprendía que Rafael se tomara unos minutos para explicarle el funcionamiento del globo a un desconocido cuando debería estar concentrándose en la carrera.

José echaba de menos a su padre más que nadie y el dolor de su pérdida seguramente no curaría nunca. Debido a su trabajo, Amalia no tenía tiempo de salir con nadie. Además, quería esperar a que su hermano fuera independiente antes de comprometerse con nadie, de modo que no había ninguna influencia masculina en la vida de José. Claro que eso era algo que ella no podía controlar.

Amalia miró alrededor de nuevo. Había cinco largas filas de globos extendidos por el campo y el estruendo de los quemadores era asombroso, pero intentó armarse de paciencia.

Al ver una llamarada se sobresaltó, pero Rafael y José estaban riendo, mientras los dos ayudantes sujetaban la boca del globo, que empezaba a levantarse.

Su hermano parecía estar en el séptimo cielo y Rafael Sandoval no mostraba impaciencia alguna con el chico. De hecho, se

mostraba muy amable.

Pero no veía a nadie que se pareciera a las fotografías que había visto de Teresa Velázquez. ¿No habría llegado todavía? Aún había tiempo porque los globos no estaban inflados del todo, pero si iba a participar en la carrera, debería haber llegado antes.

Se preguntó entonces cómo sería ser la novia de Rafael Sandoval. Sospechaba que era de los que hacían regalos caros. ¿Le mandaría flores, bombones, joyas?

Seguramente. La llevaría a cenar a restaurantes carísimos, a la ópera, al teatro, a navegar. Esas relaciones terminaban tarde o temprano, según decían las revistas, pero mientras durasen debían ser maravillosas.

Sintiéndose tontamente incómoda, Amalia se quedó a un lado, observando la actividad a su alrededor. A medida que el globo ascendía, la cesta iba levantándose poco a poco hasta quedar en posición recta. No era muy grande… cuatro o cinco personas podrían viajar en ella, de pie. Pero era de mimbre y eso no podía ser seguro.

El globo estaba casi inflado del todo cuando Teresa apareció. ¡Con zapatos de tacón! Cualquiera sabría que un zapato de tacón no era el calzado más apropiado para viajar en globo. Los pantalones pitillo y el top que llevaba eran muy estilosos, pero más adecuados para salir a tomar un martini con los amigos.

Amalia tuvo que sonreír al ver la expresión de Rafael.

—¿Se puede saber qué llevas puesto?

Teresa Velázquez tenía más carácter del que Amalia había pensado porque se limitó a sonreír.

—Estoy lista para el viaje. Tu ayudante me dijo que me pusiera algo que se pudiera quitar y poner… y este top se puede quitar y poner.

Los hombres del equipo dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirar a la joven.

—No me extraña, en realidad casi ni está ahí —murmuró Rafael —. ¿Cómo se te ha ocurrido? Arriba hace mucho frío. Vamos a estar a casi mil metros del suelo.

—Tú puedes darme calor.

Él resopló, disgustado.

—No tengo tiempo para estas tonterías. Julio, dame tu

chaqueta… —el joven se quitó la chaqueta de inmediato—. Póntela y busca unos zapatos adecuados. Salimos en veinte minutos y no voy a perder un minuto por tu culpa, Teresa —le espetó, antes de darse la vuelta.

José se acercó a Amalia entonces.

—¿Has visto? Me ha dejado manejar los quemadores —le dijo, con expresión soñadora—. Me encantaría subir en globo algún día… y se supone que esa chica tiene que ir con Rafa, pero yo que él me buscaría otra compañera.

—¿Rafa? —repitió Amalia, sorprendida.

—Me ha dicho que podía llamarlo así. Y así es como lo llaman los de su equipo.

Venga, vamos a buscar el globo de tu jefe. Quiero compararlos. Si me diera los datos podría calcular cuál de los dos tiene más posibilidades de ganar. Contando con el volumen de aire, el peso de cada pasajero y las bombonas de propano…

José siguió hablando, pero Amalia, que estaba mirando hacia atrás, había perdido el hilo. Teresa se había puesto la chaqueta, pero no parecía a punto de ponerse a buscar otros zapatos.

El globo de su jefe estaba hinchado del todo cuando llegaron y Esteban y su mujer estaban tomando una taza de café. Había una mujer con ellos… debía ser Elena, la ayudante de Rafael.

—¿Conoces a Elena?

—Sólo por teléfono —sonrió Amalia—. Encantada de conocerte en persona.

Elena Martínez llevaba el pelo sujeto en una coleta y los vaqueros y los zapatos con suela de goma serían perfectos para el viaje. Una chica sensata, pensó.

Estuvo a punto de contarles lo de Teresa, pero decidió no hacerlo. Esteban debía conocerla y seguramente era por eso por lo que había sugerido que fuese con Rafael.

—Emocionante, ¿verdad? —le preguntó Margarita, la mujer de su jefe.

—Sí… aunque a mí estas cosas me dan miedo.

José se acercó al globo y empezó a hablar con los miembros del equipo.

—Ascendemos en diez minutos —anunció Esteban, mirando el reloj—. Última oportunidad para ir al baño en varias horas.

Elena y él se apresuraron a ir hacia las casetas colocadas para la ocasión.

—¿Tú sueles ir con él, Margarita?

—Algunas veces. Pero tú deberías probar. Tu hermano parece encantado…

espero que no le entre el gusanillo.

Amalia no dijo nada. No tenía la menor intención de subir a una de esas cosas.

Ni dejar que subiera su hermano.

Esteban y Elena volvieron poco después y subieron a la cesta usando la escalerilla que el equipo tenía preparada para ellos. Después de probar los quemadores una vez, su jefe hizo un gesto de aprobación.

Enseguida oyeron exclamaciones de alegría y Amalia vio que el primer globo estaba ascendiendo lentamente. Luego empezó a hacerlo el segundo y, poco después, vio el globo rojo y negro de Rafael. Unos minutos más tarde, el organizador del festival se acercó a Esteban para darle la orden de salida y, lentamente, el globo empezó a ascender.

—He calculado que los dos tienen más o menos las mismas posibilidades de ganar —empezó a decir José—. Los globos pesan y miden casi lo mismo. Aunque el de Rafael lleva una botella extra de propano, Esteban pesa más que él.

—Entonces, la carrera dependerá de la habilidad del piloto —opinó Amalia.

—Y de su pasajero… pero creo que en eso Rafa no lleva ventaja en absoluto —su hermano sacudió la cabeza—. ¿Por qué no ha llevado a otra persona?

—Es parte de la apuesta —contestó Amalia. Por supuesto, no le dijo que ella había sido la primera opción o que Rafael se había ofrecido a donar el dinero a la asociación benéfica que ella eligiera.

—Yo me voy a casa —dijo Margarita—. ¿Queréis que os lleve?

—¿No vas a quedarte?

—No, será más divertido al final del día, cuando regresen. Me voy a casa a esperar que me llamen los del equipo.

Amalia aceptó el ofrecimiento porque era más fácil llegar a casa en coche que hacerlo en autobús. Pero mientras volvían al aparcamiento levantó la cabeza para mirar los globos… el rojo y

negro llamando la atención entre los demás. Le gustaría saber cómo se las estaba arreglando Rafael con su atractiva copiloto. Casi le daba pena el pobre.

* * *

Durante el fin de semana, Amalia se enteró de cómo iba la carrera a través de su hermano, que estaba al tanto de todo gracias a *Internet*.

Esteban iba por delante durante los dos primeros días, pero Rafael lo adelantó en el tercero. ¿Habría terminado Teresa por ser una buena copiloto? Después de todo, estaba saliendo con Rafael y era lógico que quisiera verlo ganar.

Cuando el festival terminase, el martes, empezaría la auténtica carrera entre Esteban y Rafael, de modo que en la oficina todo estaba tranquilo y Amalia aprovechó la falta de distracciones para ponerse al día con tareas que siempre tenía que dejar para otro momento.

Pero el martes por la tarde, recibió una llamada de Rafael Sandoval.

—Tienes que ser mi copiloto a partir de mañana —le dijo—. Saldremos al amanecer. Guarda algunas cosas en una mochila y, por favor, ponte ropa sensata.

—¿De qué estás hablando?

—De la apuesta, ¿de qué voy a hablar? El festival terminó a las doce y Esteban y yo estamos igualados en puntos, pero nos queda una semana.

—No, de eso nada, yo no pienso ir. Búscate a otra.

—Eres tú o Teresa y ella ha dejado bien claro que no piensa volver a subir a un globo en su vida.

—¡Ni yo tampoco!

—Mira, Amalia, no pienso perder esta apuesta y tú eres la candidata que Esteban eligió para mí, así que tienes que venir. Debes llegar al campo a las cinco y media de la madrugada…

—¡No!

—No estoy de humor para discutir. Te espero a las cinco y media —Rafael colgó después de decir eso y Amalia llamó al móvil de su jefe sin perder un segundo.

—Rafael Sandoval acaba de llamar para decir que tengo que ir con él en el globo porque Teresa se niega. Pero yo no puedo ir,

Esteban. Tengo trabajo, tengo que cuidar de mi hermano… y me dan pánico las alturas.

Su jefe soltó una carcajada.

—Puede que gane después de todo porque o vas tú con él o tendrá que ir sólo.

—Busca a otra persona que pueda ir con él…

—Ya la busqué, Teresa. Si ella no puede, peor para Rafael. Tenía dos opciones y yo sólo una. No se puede quejar.

—¡Pero yo no pienso ir!

—Si dices que no, es que no. Y sería una buena noticia para mí.

Esteban colgó después, dejando a Amalia atónita. Le daba igual cómo ganase la carrera, evidentemente; lo único que le importaba era ganar. Pero eso era injusto.

Rafael perdería la carrera… y ella el dinero para la asociación benéfica.

* * *

Amalia estuvo inquieta durante toda la tarde y cuando José la retó a un partido en la Play Station, aceptó para ver si así se tranquilizaba un poco. Rafael se pondría furioso cuando no apareciese, ¿pero qué podía hacerle? Él no era su jefe. Si Esteban no hubiera sugerido la estúpida idea de que lo acompañase, Rafael Sandoval probablemente ni recordaría su nombre.

No era culpa suya. Ella no había aceptado tomar parte en esa ridícula apuesta y Rafael no podía esperar que lo dejase todo para acompañarle en un viaje en globo ni más menos. Era absurdo.

Aun así, le costó trabajo conciliar el sueño. Por fin pudo hacerlo, pero tenía la impresión de haber dormido diez minutos cuando sonó el timbre.

Amalia saltó de la cama y corrió por el pasillo, a punto de chocar con su hermano que había salido de su habitación al mismo tiempo.

—¿Será un incendio?

—No lo sé. A lo mejor algún vecino necesita ayuda.

Pero cuando Amalia abrió la puerta se encontró con Rafael Sandoval. Con el mono negro y la cazadora de las rayas rojas, despeinado y echando chispas por los ojos.

—No estás vestida siquiera.

—Te dije que no pensaba ir —replicó ella, perpleja.

—¿Ir dónde? —preguntó su hermano.

—A montar en globo. He hecho una puesta con Esteban y tenemos pendiente una carrera de siete días —contestó Rafael—. Y sí vas a ir, Amalia. No pienso perder la carrera, así que ve a vestirte.

—¡Qué suerte! —exclamó José—. Vas a montar en globo…

—¡Yo no voy a montar en ningún sitio!

—Tienes que ir, es una gran oportunidad. Así podrás contármelo todo cuando termine —insistió su hermano—. ¿Cuánta gente puede hacer algo así?

José estaba emocionado. ¿Por qué no podía ir él en su lugar? Tal vez si se lo sugería a su jefe…

—Claro que tiene que venir —dijo Rafael, mirando su reloj—. Tienes diez minutos, Amalia. Y, a menos que quieras viajar en pijama durante los próximos siete días, será mejor que te vistas.

Ella se dio la vuelta y entró en su habitación dando un portazo. No pensaba ir a ningún sitio. Si su jefe y Rafael Sandoval creían que podían subirla en un globo y pasearla por todo Barcelona estaban más que equivocados.

—¡No puedo dejar sólo a mi hermano! —gritó.

Podía oírlos hablando en el pasillo. ¿A José no le parecía absolutamente increíble que un hombre apareciese en su casa en mitad de la noche exigiendo que fuese a montar en globo con él? Entonces miró el despertador. Eran casi las cinco.

Rafael tendría que irse de inmediato o perdería la carrera.

Amalia cruzó los brazos sobre el pecho. No pensaba moverse de allí. Además, si no moría de miedo al subir al globo acabaría pegándole un puñetazo a Rafael Sandoval. Era asombroso que Teresa hubiera aguantado cuatro días sin pegarle.

José llamó entonces a la puerta.

—Te he traído una de mis mochilas. Y yo puedo cuidar de mí mismo durante unos días, Amalia. Tengo casi dieciocho años. Además, Rafa ha dicho que su ama de llaves vendrá a hacerme la comida.

—Deberías hacerte la comida tú sólito, que ya eres mayor —murmuró ella, irritada. Rafael Sandoval parecía pensar que todo el mundo tenía que obedecer en cuanto él chasqueaba los dedos.

La puerta se abrió entonces y Rafael apareció en el umbral. José estaba a su lado, los dos mirándola.

—Lo digo en serio. Si no vienes por tu propia voluntad, te llevaré yo como pueda. Pero te aseguro que subirás a ese globo y estarás en él durante los próximos siete días.

—¿Cuántas veces tengo que decir que me dan miedo las alturas? —protestó Amalia.

—Ah, sí, se me había olvidado —murmuró José entonces.

—Pues siéntate en el suelo de la cesta y cierra los ojos —se limitó a decir Rafael

—. Tienes cinco minutos.

Capítulo 3

Amalia echaba humo por las orejas en el asiento del deportivo y Rafael no se molestó en decir una palabra mientras atravesaba las calles desiertas de Barcelona.

¿Por qué los hombres se unían cuando les convenía?, se preguntó. Había esperado algo más de su hermano.

—La gente de mi equipo tendrá comida y café. No quiero parar para desayunar

—dijo Rafael.

Ella no se molestó en contestar porque el desayuno era la última de sus preocupaciones. Cuanto más se acercaban al campo, más angustiada estaba.

Aquello era absurdo. Ella no iba a subir a ningún globo.

—¿Qué le ha pasado a tu novia? —le preguntó, pasando las manos por las perneras de su pantalón. Estaba muerta de miedo. Ella no podía subirse en un globo.

¡Pero si apenas podía subir más arriba del quinto piso en un edificio alto! Y allí estaba protegida por acero y cristal. ¿Rafael esperaba de verdad que estuviera colgando en una cesta de mimbre a mil metros del suelo? No, imposible, no podía hacerlo.

—Teresa quería que pusiera una alianza en su dedo, pero como yo no estaba dispuesto decidió marcharse. Mejor. Se quejaba de todo y yo necesito a alguien con quien pueda contar —Rafael la miró entonces—. No tienes que hacer nada más que ir conmigo. A mucha gente le encantaría aprovechar esta oportunidad.

—No puedo ir, lo siento. Tengo vértigo y seguramente me desmayaría o vomitaría en cuanto el globo ascendiese. Tendrás que pedirle a Esteban que te deje llevar a otra persona.

—Si te mareas, siéntate en una esquina para no molestar. Y si vomitas, hazlo por encima de la cesta.

Amalia lo miró, perpleja. Además de ser un tirano, era un grosero.

—Es una apuesta estúpida.

—No dirías eso si tu reputación y tu dinero estuvieran en juego.

—Yo no habría hecho una apuesta así, es de tontos.

Rafael soltó una carcajada.

—Seguro que hay muchas cosas que tú no haces.

Poco después tomaba la carretera que llevaba al campo donde había tenido lugar el festival, pero cuando llegaron sólo había dos globos, el de Rafael y el de Esteban. Y como los dos estaban casi inflados del todo, Amalia supo que no tenía mucho tiempo para convencerlo de que no podía ir.

—Deberías habérselo pedido a mi hermano.

—Las condiciones que puso tu jefe están bien claras: o Teresa o tú. Pero si hubieras aceptado al principio ya tendrías cuatro días de experiencia.

—Pero esto es absurdo. Yo no sé nada sobre globos… y tengo vértigo. ¿Qué hago yo aquí?

Rafael detuvo el coche al lado de una camioneta y levantó su barbilla con un dedo.

—Si saboteas la carrera lo lamentarás.

Amalia lo apartó de un manotazo.

—Yo no tengo por qué sabotear nada, pero tampoco tengo que ayudarte; de ese modo, mi jefe tendrá más posibilidades de ganar.

—Lo dudo —dijo él—. El globo sólo necesita un piloto. Venga, vamos.

Amalia se quedó en el coche, preguntándose si debía abrir la puerta y salir corriendo. No, era absurdo porque seguramente Rafael saldría corriendo tras ella.

Pero cuando miró el globo rojo y negro se le puso el corazón en la garganta…

Rafael había abierto la puerta y estaba intentando quitarle el cinturón de seguridad.

—¡Puedo hacerlo yo, no soy una niña!

—¡Rafael! —lo llamó alguien de su equipo—. No sabía si llegarías a tiempo.

—Amalia, te presento a Manuel, Julio, María y Pablo. Amalia ocupará el lugar de Teresa… ¿tienes una cazadora para ella, María?

Un minuto después, la joven volvía con una cazadora negra con dos rayas rojas.

—Póntela, arriba hace frío. Puedes quitártela después, cuando salga el sol.

Esteban apareció entonces, con expresión satisfecha.

—¿Quieres renunciar, Sandoval? —le preguntó, con una sonrisa

maliciosa.

—¿Por qué iba a renunciar? Ya tengo a mi pasajera —contestó él.

—Lo dirás de broma… ¿Amalia? —Esteban soltó una carcajada.

Ella levantó la barbilla, indignada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, mujer. Sólo que tengo los cincuenta mil euros en el bolsillo —respondió su jefe, despidiéndose con la mano—. ¡Ascendemos en quince minutos!

María se acercó con varias latas de refresco y una bolsa que Manuel guardó en uno de los bolsillos interiores de la cesta.

—Hay dos mantas en el bolsillo grande —le dijo a Amalia—. También hay agua, bocadillos… pero tú no pareces estar preparada. Última oportunidad para ir al baño en varias horas. Ven, te acompaño al lavabo.

Amalia iba a protestar, pero sabía que nadie iba a ayudarla. Le gustase o no, y no le gustaba nada, por lo visto iba a tener que subir a ese maldito globo.

* * *

Catorce minutos después, sintiéndose enferma, ponía el pie en la escalerilla para subir a la cesta. De haber comido algo seguro que habría vomitado allí mismo.

La cesta no se movía, pero el ruido de los quemadores que insuflaban gas a los globos y los gritos del equipo aumentaron su nerviosismo. Un segundo después, Rafael ocupó el sitio de Manuel y el joven salió de la barquilla.

—¡Apartaos! —gritó Rafael, mientras pulsaba el mando de los quemadores.

Amalia buscó una esquina para esconderse. La cesta no era grande y parte del espacio estaba ocupado por bombonas de propano, todas conectadas con los quemadores, pero encontró una zona libre y se sentó, apretando las rodillas.

—Hay mantas en ese bolsillo, si quieres sentarte en ellas —dijo Rafael.

Amalia cerró los ojos y, cuando la cesta empezó a moverse, se dispuso a rezar.

Sabía que aquéllos eran sus últimos momentos en tierra.

Los quemadores seguían rugiendo pero, de repente, las voces del

equipo empezaban a sonar cada vez más lejos. Y, dos minutos después, silencio.

Amalia abrió los ojos poco a poco y encontró a Rafael mirándola.

—No decías de broma lo del vértigo, ¿eh?

Ya no salían llamas de los quemadores y sólo había silencio. La cesta ascendía lentamente, casi como flotando en una piscina. O en una nube. Amalia abrió las manos y flexionó sus agarrotados dedos. Arriba hacía frío, pero no era desagradable.

—¿Estamos volando?

—Si decías en serio lo de vomitar, quédate donde estás. Ella se quedó donde estaba, pero estiró un poco las piernas.

—¿A cuántos metros del suelo estamos ahora?

Rafael se apoyó en el borde de la cesta para mirar hacia abajo y a Amalia se le paró el corazón. ¿Y si se caía? ¿Qué haría ella, sola en el aire?

—¡No hagas eso!

—¿Hacer qué?

—No te asomes así. ¿Y si te cayeras?

Rafael soltó una carcajada.

—No voy a caerme. Y tú estarías un poco más tranquila si supieras cómo funciona un globo aerostático. Ven, te lo enseñaré.

—No pienso moverme de aquí.

El borde de la cesta era muy alto, a ella le llegaba al pecho, pero aun así podría ocurrir un accidente.

—Te estás perdiendo Barcelona desde el aire. Sin ruidos ni polución, sólo la belleza de la ciudad mientras despierta frente al Mediterráneo. Puede que no vuelvas a tener una oportunidad así.

¡Ella esperaba no volver a tener una oportunidad así! Aunque sentía la tentación de mirar, la idea de ver lo lejos que estaba del suelo le produjo una ola de náuseas, de modo que se quedó donde estaba.

Pero entonces la cesta osciló ligeramente…

—¡Colócate en el centro otra vez, nos vamos a caer! —gritó.

—No nos vamos a caer. De verdad, tienes que ver el paisaje desde aquí —rió Rafael—. Lo lamentarás para siempre si no lo haces.

—No puedo.

—Venga, atrévete. Es precioso.

Por fin, Amalia se atrevió a levantarse. Pero una vez de pie se pegó a él, pensando que Rafael había hecho aquello antes y sería más fácil que no se cayera estando a su lado.

—¿Ves el globo de Esteban? Está más bajo que el nuestro porque sigue una corriente diferente. Vamos en la misma dirección, pero no se mueve tan rápido como nosotros.

Despacio, con mucho miedo, Amalia se atrevió a levantar la mirada. Podía ver el globo de su jefe no muy lejos de ellos, pero más bajo. ¿A qué altura estarían ellos?, se preguntó, tragando saliva.

—Mira, ¿ves la sierra de Collserola? Es preciosa.

El sol empezaba a levantarse, iluminando toda la sierra y dirigiéndose a la ciudad. Desde allí, podía ver las torres de los edificios más altos bañadas por una luz dorada…

Olvidando su miedo a las alturas, observó cómo la ciudad en la que había vivido desde que nació despertaba poco a poco a la vida. Las ventanas de los rascacielos parecían echar fuego al reflejar los rayos del sol y podía ver los yates como puntitos diminutos en el puerto… era maravilloso.

No era fácil saber en qué dirección estaban viajando. De hecho, no tenía sensación de movimiento salvo por el suave balanceo de la cesta.

—¿Seguimos subiendo?

—No, ahora no. Pero tendré que calentar el aire pronto para seguir con esta corriente.

—¿Pero nos estamos moviendo?

—Claro. Cuando el sol esté arriba del todo podrás ver la sombra del globo en la tierra.

—¿A qué velocidad vamos?

—Depende de las corrientes de aire —Rafael pulsó el mando del quemador y el estruendo de las llamas la asustó. No se atrevía a moverse. ¿Podría volver a sentarse en el suelo sin desequilibrar la cesta?

—Relájate, Amalia, no nos vamos a caer.

—¿No tenemos que equilibrar el peso… o algo así? —preguntó ella, girando la cabeza. Rafael estaba tan cerca que se quedó sorprendida. Sí, la cesta no era muy grande, pero no hacía falta que

se acercase tanto.

Entonces, de repente, sintió un nerviosismo que no tenía nada que ver con el miedo.

—Aunque los dos estemos en un lado, la cesta no se va a inclinar.

Amalia asintió, intentando calmarse… e intentando ignorar la atracción que sentía por Rafael y recordar que estaba en aquel globo contra su voluntad.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Respirando profundamente, volvió a mirar el paisaje. Ya que estaba allí, podía disfrutar de la experiencia para contárselo a José… porque estaba segura de que le haría mil preguntas.

Aunque no tenía sensación de movimiento, el globo competidor parecía alejarse cada vez más. Debían estar ascendiendo, pero no había ningún aparato que midiese la altura… que ella supiera.

—¿No deberías estar haciendo algo… comprobando algún mapa, por ejemplo?

¿Y si chocamos contra una avioneta o algo así?

—Espero que no —sonrió él—. ¿Quieres aprender a usar los quemadores?

—No, gracias.

Rafael pulsó el mando del quemador.

—Es muy raro —murmuró Amalia—. El ruido es atronador, pero en cuanto lo apagas todo queda en completo silencio.

—Combinado con la sensación de estar flotando es estupendo, ¿eh? Por eso me encanta. Estamos flotando sobre la tierra, viendo cosas desde una nueva perspectiva.

Amalia se encogió de hombros. Se alegraba de que la experiencia no fuera tan horrible como había temido, pero no gracias al hombre que prácticamente la había obligado a subir a aquella cosa.

Rafael apretó su mano y ella se sintió más segura. Qué raro, pensó. Ni siquiera le caía bien. Prácticamente la había puesto en peligro de muerte. Y, sin embargo, ¿en quién más podía confiar en ese momento?

Desde luego, ya no podía confiar en su jefe. ¿Cómo se atrevía a ponerla a ella como condición en una apuesta?

Rafael estaba tan cerca que le llegaba el aroma de su colonia.

Era una colonia muy masculina… y hacía que su corazón latiese a mil por hora.

Otro problema: no dejarse afectar por aquel hombre durante una semana. Y no sabía si sería capaz de hacerlo.

—¿Quieres que te explique cómo funciona?

Le había gustado su voz desde el primer día y ahora, mientras le explicaba cómo funcionaban los quemadores, Amalia saboreó ese tono ronco, melodioso, su resonancia haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

—¿Lo has entendido?

—No —contestó ella. Había estado escuchando su voz, sin prestar atención a la explicación.

Rafael tomó su mano y la puso en el mando del quemador.

—Púlsalo.

Ella lo hizo, pero lo soltó en cuanto salió una llama.

—Inténtalo otra vez.

Amalia pulsó el mando de nuevo y no lo soltó cuando las llamas salieron hacia el interior del globo, el sonido era atronador.

—¿Y no se incendia? —le preguntó, aventurándose a mirar hacia arriba. Las llamas se elevaban unos tres metros y, sin embargo, no quemaban la tela del globo.

Rafael negó con la cabeza.

—Ya puedes soltarlo. Mira, en esa válvula dice a qué temperatura está. Hay que mantenerlo siempre a esa temperatura. Cuando baja, hay que pulsar el mando otra vez. El material de la bolsa es ignífugo y, además, las llamas no la tocan.

Amalia miró el globo de nuevo y luego lo miró a él. Por un segundo, deseó ser una de esas modelos rubias con las que aparecía en las revistas. ¿Querría salir con ella, llevarla a cenar, al teatro?

Nerviosa, apartó la mirada. Qué tontería. Ella no tenía lo que hacía falta para atraer a un hombre como Rafael Sandoval, acostumbrado a las mujeres más guapas.

Mujeres que no tenían miedo a las alturas y en cuyos armarios había más de un vestidito negro para ponerse en la fiesta de la oficina. Mujeres que sabrían qué decirle cuando estaban en un globo aerostático. Porque a ella no se le ocurría nada.

—¿Mejor?

Amalia asintió con la cabeza y, valientemente, miró alrededor.

Como no estaba cerca del borde sólo podía ver la ciudad a distancia, pero al menos podía mirar.

—¿Cuántos kilómetros hemos recorrido?

—No tengo ni idea, por eso es una aventura. El viento es el único factor que determina la distancia que recorremos. Pero ahora nos movemos a unos veinticinco kilómetros por hora.

—¿Y cuándo vamos a aterrizar?

—A descender —le explicó él—. En un globo se llama descender. Seguiremos viajando hasta que nos quedemos sin combustible y luego tendremos que buscar un campo bien grande.

—¿Y si hay algo plantado? ¿O si hay casas?

—Esperemos que aun así haya sitio para el globo. Nos comunicamos con el equipo con esto —Rafael le mostró una radio —. Ellos se mueven mucho más rápido que nosotros y si encuentran un sitio en el que podamos descender también se encargan de hablar con los propietarios. Salvo aplastar la hierba temporalmente, un globo aerostático no provoca daños.

—De modo que no sabemos dónde vamos, ni dónde vamos a pasar la noche, ni lo que vamos a comer…

—Más o menos —sonrió Rafael, pulsando el mando de los quemadores de nuevo.

Amalia se sentía lo bastante valiente como para acercarse al borde de la cesta y mirar alrededor. Mientras no mirase hacia abajo todo iría bien, pensó. A José le habría encantado, seguro. ¿Se acostumbraría ella después de una semana? ¿Podría disfrutar incluso?

El globo de Esteban estaba elevándose y pronto estuvo a la misma altura que el de ellos, aunque a cierta distancia. Amalia vio que Elena saludaba con la mano y le devolvió el saludo.

—¿Por qué te ha dado por montar en globo? Pensé que preferías las carreras de coches o las de motos.

—Esto es más interesante. Hay que conocer la topografía y las corrientes de aire para encontrar la que ofrece mayor velocidad. Las carreras de coches son divertidas, pero cuando controlas un circuito sólo es cuestión de velocidad.

—Pero en un globo vas donde te lleva el viento. No hay ningún control.

—Sí lo hay. Hay diferentes corrientes de aire a diferentes

niveles. Encontrar el nivel adecuado es lo que lo convierte en un reto. Los globos son manejables hasta cierto punto.

—Y, por supuesto, el gran reto es ganar.

—Exactamente —sonrió Rafael, tomando la radio para llamar al equipo.

Estaban viendo el globo, le dijo Manuel, casi directamente por debajo de ellos, pero la carretera giraba en dirección contraria, de modo que tenían que buscar una ruta alternativa.

Amalia se apoyó en el borde de la cesta para buscar el coche… y sintió una ola de náuseas. Nerviosa, se sentó en el suelo, con el corazón acelerado. No pensaba volver a mirar hacia abajo. Se había creído demasiado segura, pero al ver lo lejos que estaban del suelo se había llevado un susto de muerte.

Le daba rabia ser tan miedosa delante de Rafael Sandoval, que no parecía temerle a nada, pero no podía evitarlo.

Él terminó de hablar por radio y sacó una botella de agua mineral de uno de los bolsillos de la cesta.

—¿Quieres un trago?

Amalia negó con la cabeza. Si no la hubiera forzado a tomar parte en aquel absurdo viaje estaría desayunado con José, en lugar de estar muerta de miedo en el suelo de una cesta de mimbre suspendida en el aire.

Entonces miró a Rafael. Debajo de la cazadora llevaba una camiseta negra que se ajustaba a su torso y, absurdamente, se preguntó cómo sería en bañador… o sin nada en absoluto.

Sorprendida por tales pensamientos, Amalia apartó la mirada.

Los minutos pasaban lentamente. Rafael no decía nada y le daba igual; no estaba allí para ser su amiga. Sólo quería estar en el suelo otra vez, con los pies firmemente apoyados en la tierra.

Poco después, Rafael abrió la válvula de una de las bombonas de propano.

¿Hasta dónde llegarían con esas bombonas?, se preguntó. Imaginaba que el equipo llevaría de repuesto para cuando se acabasen aquéllas…

¿Podría convencer a Rafael de que no podía seguir el viaje? O tal vez era a Esteban a quien debía convencer.

Sí, le diría a su jefe que buscase a otra persona. Ella quería irse a casa.

—¿Qué pasará cuando nos quedemos sin combustible?

—Cuando la última bombona esté a medias buscaremos un sitio para descender. No quiero quedarme sin propano, es lo que hace que el globo sea manejable.

—Puedes hacer que suba o baje, pero nada más.

—Eso es suficiente para llegar donde queremos. Cuanto más cerca estemos del suelo, más tendremos que depender del viento.

Rafa miraba a Amalia casi sintiendo pena por ella. Desde luego, no estaba pasándolo en grande. Una pena que su jefe la hubiese convertido en parte de la apuesta. Y una pena que Teresa hubiera querido algo más que pasar un buen rato con él.

Su ultimátum había sido totalmente inesperado. Rafael creía que se conformaba con salir de vez en cuando con él, pero el dinero y un puesto entre la «buena sociedad» de Barcelona parecían ser muy tentadores. Exigir un compromiso había sido la gota que colmó el vaso. Teresa se había marchado el día anterior, enfadada, y Rafael estaba seguro de que no volverían a verse pronto.

Desde luego, no iba a pedirle que se casara con él.

Teniendo a sus padres como ejemplo, Rafael no creía en el matrimonio. Tenía un hermano casado que esperaba su tercer hijo, de modo que no había necesidad de producir más herederos para la familia Sandoval. Si de repente sus padres mostraban algún interés por ser abuelos, esos tres nietos serían más que suficiente. Él estaba contento haciendo lo que quería, cuando quería, sin una esposa al lado.

Pero al menos Teresa había disfrutado durante el festival. Ella no se escondió en una equina, pálida como un cadáver. ¿Cómo podía Amalia no disfrutar flotando sobre la tierra? Él pilotaba avionetas, pero era una sensación diferente. Aquella paz, aquel silencio, eran maravillosos. La vista era asombrosa y la tranquilidad más que deseable.

Estaban sobrevolando el noroeste de la ciudad y los vientos del Mediterráneo seguirían llevándolos en esa dirección durante un mes más, si querían.

Le gustaba aquel terreno montañoso lleno de árboles y cañones. Por aquí y por allá podía ver las carreteras, un pantano de aguas brillantes, un pueblo en medio de un valle. Rafael estudiaba la tierra como si fuera un mapa vivo porque sabía que el equipo

podría tener problemas para seguirlos por aquel terreno montañoso. Llevaba más combustible del habitual, pero no pensaba arriesgarse llegando al límite.

Aunque estaba decidido a ganar la apuesta, no pensaba poner a Amalia en peligro.

Pero si Manuel o María estuvieran con él tendrían mucho de qué hablar. El silencio cuando apagaba los quemadores estaba empezando a ponerlo nervioso.

Amalia podría al menos charlar con los ojos cerrados.

—¿Cuántos años tiene tu hermano? —le preguntó, por hablar de algo.

—Está a punto de cumplir dieciocho.

—¿Sigue en el instituto?

—Sí.

—¿Por qué vive contigo? ¿Tus padres están divorciados?

—No, murieron.

—Ah, lo siento.

Amalia se encogió de hombros.

—Fue hace nueve años. José sólo tenía ocho.

—Pero tú no podías ser mucho mayor.

—Tenía diecinueve y acababa de empezar la carrera.

—Y tuviste que hacerte cargo de él… ¿no teníais parientes?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué planes tienes para el futuro?

—Mi hermano empezará la carrera el año que viene. Quiere estudiar Física.

Creo que es por eso por lo que estaba tan interesado en los globos aerostáticos. Él debería estar aquí, no yo.

—Entiendo que Esteban quisiera que fueras tú —dijo Rafael—, y lamento que no estés disfrutando. Pero cúlpalo a él, no a mí.

—¿Eso significa que Teresa fue una gran ayuda?

—Me ayudó más que tú, desde luego.

—¿Qué quieres que haga? Yo no sé cómo manejar esta cosa.

—Podrías hablar conmigo para que el tiempo pasara más deprisa.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé, algo de tu vida.

—¿Quieres saber lo emocionante que es la vida de una

secretaria? —bromeó Amalia.

—¿Por qué no? Será una novedad —sonrió Rafael. La chica tenía carácter, desde luego.

—Pues me levanto, desayuno y voy a trabajar mientras José está en el instituto.

Luego vuelvo a casa y hago la cena porque José es un desastre en la cocina. Mi hermano estudia, yo hago la colada o voy a la compra y luego nos vamos a dormir.

¿Qué tal, te parece emocionante?

—No has mencionado a ningún amigo especial.

Amalia apartó la mirada.

—No es momento para salir con nadie. Tengo que cuidar de mi hermano.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron en un accidente de barco.

En un accidente de barco, de modo que debían ser una familia acomodada, pensó Rafael. Aunque, aparentemente, no habían dejado nada para sus hijos.

—¿Qué harías si pudieras hacer todo lo que quisieras?

—Ser diseñadora gráfica —contestó ella—. Me encanta diseñar páginas *web* y trabajaría desde casa o tendría mi propia empresa… trabajando en proyectos que yo misma eligiera. Y las horas de trabajo que quisiera.

Rafael asintió con la cabeza. Había oído en alguna parte que el trabajo de una secretaria era muy estresante porque no tenían control sobre lo que hacían. Estaban a disposición de la persona para la que trabajaban.

Luego miró hacia el otro globo, a cierta distancia de ellos. No podía ver a Elena, pero se preguntó qué haría su ayudante si pudiera hacer lo que quisiera. Nunca le había preguntado.

El globo dio un giro brusco y Rafael examinó rápidamente la situación. Habían sufrido un repentino golpe de viento y, al girar la cabeza, comprobó que el otro globo había girado también. Abriendo la válvula de los quemadores, intentó elevarse por encima de las turbulencias y, poco a poco, la rotación cesó.

Amalia había cerrado los ojos y tenía los puños apretados, los brazos alrededor de las piernas.

—¿Vamos a estrellarnos? —le preguntó, casi sin voz.

Capítulo 4

—No, hoy no —contestó Rafael.

Cuando el movimiento cesó, Amalia abrió los ojos. La pobre parecía muerta de miedo.

Le gustaría que disfrutara del viaje… sería más agradable para ella, ya que básicamente no podía bajarse del globo. Y más fácil para él.

Aunque no debería importarle. Esteban había sabido que su secretaria no lo ayudaría, mientras Elena era tan eficiente que seguramente ahora era la que llevaba el control del globo. Aun así, era él quien iba por delante. Si podía seguir en esa posición durante los próximos días, ganaría la apuesta.

Después de lanzar otra llamarada al interior del globo, Rafael apagó los quemadores y se sentó al lado de su amedrentada pasajera. Había tan poco espacio que sus piernas se rozaban, pero cuando Amalia se apartó él tomó su mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Suéltame.

—Debemos establecer ciertas reglas —dijo Rafael entonces.

—¿Qué tipo de reglas?

—Por ejemplo, que no puedes estar sentada durante los próximos siete días.

—Ya te he dicho mil veces que me dan miedo las alturas.

Rafael trazó la palma de su mano con un dedo. Su piel era suave como la seda.

—Pues no mires hacia abajo. Olvida el espacio que hay entre nosotros y el suelo y disfruta del viaje. Juntos podemos ganar esta carrera.

—¿Prácticamente me has secuestrado y ahora quieres que te ayude?

—Aprovecha la oportunidad, como te pidió José. Y demuéstrale a tu jefe que no le debes lealtad alguna fuera de la oficina. Él te ha puesto en esta situación, no yo.

Amalia lo pensó un momento y, mientras ella lo pensaba, Rafael se acercó un poquito más. Le gustaban las mujeres, especialmente las mujeres guapas de brillantes ojos castaños y melena con reflejos

dorados.

—Intenta creer, aunque sólo sea durante una semana, que esto es lo que quieres.

—¡Pero no es lo que quiero!

—Si ganamos, el dinero irá a la asociación benéfica que tú me digas. Si gana Esteban, no tendremos nada y, por lo tanto, el esfuerzo habrá sido en vano.

Amalia lo estudió con sus ojazos castaños.

—No sé…

Rafael siguió acariciando su mano, esperando. Tal vez debía endulzar el trato.

—Si ganamos, os invitaré a tu hermano y a ti a cenar en el restaurante que elijáis.

—¿Cree que puede sobornarme, señor Sandoval! —le espetó ella entonces, airada—. Es suficiente con que el dinero sirva para algo más que para divertir a dos millonarios irresponsables.

Esa no era la respuesta que Rafael había esperado.

—¿Tienes algo en contra de la gente rica?

—Sólo cuando se portan como si fueran tontos.

—¿Cómo esta apuesta, por ejemplo?

—Por ejemplo. Es una estupidez.

—Pero hemos hecho la apuesta y aquí estamos. Esteban fue quien dictó los términos, pero si me ayudas donaremos el dinero a alguna causa noble.

—¿Y si no ganas?

—No quiero ni pensarlo. Pero si pierdo, de todas formas donaré dinero a la asociación que tú elijas.

—Entonces yo gano de todas formas. ¿Por qué iba a ayudarte?

—Por una cuestión de honor —contestó él.

Se le daba bien juzgar a la gente y sabía que la integridad era importante para Amalia. Pero se preguntó si capitularía o seguiría desafiándolo. Si no se ponían de acuerdo, aquélla podía ser una semana muy larga.

—Muy bien, de acuerdo. Yo gano en cualquier caso, pero haré lo que pueda para que tú también ganes —dijo por fin—. Pero a mí no me vengas con sobornos ni tonterías. Sé que eres uno de los solteros más cotizados de Barcelona, pero yo no soy una de esas chicas con las que sales durante un tiempo para luego dejarlas tiradas.

Hemos hecho un trato y lo cumpliremos los dos, ¿de acuerdo?

—Desde luego. Además, así será más divertido.

Le gustaba aquella chica. Era tan diferente a las mujeres que él conocía.

—Me da igual que te diviertas o no durante el viaje. Tú limítate a ganar para que el dinero vaya al Convento de las Hermanas de la Caridad. Era un sitio al que mis padres solían ayudar y quiero que dones el dinero en su nombre.

—¿Y tú?

—Yo no quiero nada.

Rafael la estudió un momento. Hablaba en serio y eso lo sorprendió. ¿Por qué no quería nada para sí misma? Todo el mundo quería algo y a él no le importaba, tenía dinero suficiente y sabía de la vida. Aquéllos con dinero siempre eran buscados por quienes no lo tenían. No era ni malo ni bueno, sencillamente era así.

O así era como él creía que era. ¿Cuál era el juego de Amalia?

—¿Qué? —preguntó ella, al ver cómo la miraba.

—Nada, estaba pensando.

Amalia iba a preguntarle qué estaba pensando, pero decidió no hacerlo.

Soltando su mano, se la llevó al pecho, aún sintiendo el calor de la suya, el erótico roce de sus dedos. Le habría gustado que durase un poco más. Ponerse nerviosa por la proximidad de Rafael era mejor que temer por su vida. Aunque, si tuviera que elegir, sospechaba que viajar en aquel maldito globo era menos peligroso que enamorarse de Rafael Sandoval.

Aunque no sería humana si no se sintiera intrigada por aquel hombre tan atractivo, la idea de tener una aventura con él era sencillamente absurda.

Su corazón se aceleró de tal modo al pensarlo que apartó la mirada para que él no se diera cuenta.

—Entonces, ¿cuáles son las reglas?

Rafael sonrió y el brillo de sus ojos casi la hizo gemir de placer. Con esa actitud tan despreocupada, resultaba increíblemente masculino y *sexy*.

—Trabajaremos juntos, todos para uno, uno para todos.

Amalia rió.

—Qué original.

—¿De acuerdo?

—No voy a sabotear la carrera, no te preocupes.

—Entonces, no tendremos ningún problema.

—¿Alguna regla más?

Rafael se inclinó hacia ella.

—Aprovecharemos el tiempo para conocernos mejor.

Amalia se quedó sin aire. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento rozando sus mejillas. Tan cerca que si se movía un centímetro sus labios se rozarían…

—Ya nos conocemos lo suficiente —le dijo, pero no pudo evitar que su voz sonase extraña incluso a sus propios oídos. Le gustaría escapar de allí, pero eso iba a ser imposible.

—Podríamos conocernos mejor —dijo Rafael, rozando su pelo con los dedos.

Amalia se apartó como si el roce la hubiera quemado. Aunque, lamentablemente, su reacción fue un poco exagerada.

—¿No acabo de decir que estás perdiendo el tiempo intentando seducirme?

—Ah, pero es que es tan divertido —rió él.

—No tiene sentido así que deja de hacerlo.

—Pero así el viaje será más interesante. Podríamos hacernos amigos.

Amalia levantó los ojos al cielo.

—Seguro.

—O amantes.

Ella lo miró entonces, enfadada.

—Tú estás loco. ¡No nos conocemos de nada!

—No se tarda mucho en conocer a alguien cuando se está confinado en un sitio tan pequeño durante horas —dijo Rafael.

Amalia levantó la mano derecha.

—Para ahora mismo. No vamos a acercarnos tanto.

—Es posible que no, pero merece la pena pensarlo un rato —rió él.

—Lo que tienes que pensar es en cómo vas a mantenernos en el aire —protestó Amalia, aunque apenas podía formar una frase de lo nerviosa que estaba.

Sólo cuando por fin él se apartó para atender los quemadores, pudo respirar con normalidad. Incluso se levantó y miró alrededor.

El globo de Esteban estaba más cerca que antes… y ahora parecía estar más alto que ellos.

—Tenemos que seguir así hasta que la temperatura ambiente se caliente para mantener la altitud.

Amalia asintió, asombrada de que pudiera pasar de los flirteos al trabajo en un pestañeo. Ella seguía perpleja por la conversación.

Y preguntándose cómo sería ser amiga, una amiga muy personal de Rafael Sandoval.

Rafael conectó la válvula de la última bombona de propano. No estaban elevándose tanto como antes, cuando la temperatura era más fresca. Era hora de empezar a buscar un sitio para descender y cambiar las bombonas por unas nuevas.

Eran las tres de la tarde y ya habían recorrido más distancia que durante los cuatro días del festival. El viento no dejaba de soplar y probablemente los movía a más de treinta kilómetros por hora, de modo que debían haber recorrido unos ciento cincuenta kilómetros.

El terreno montañoso no ofrecía muchos prados sobre los que descender y desinflar el globo sin que se enredase con árboles o matorrales, pero el equipo llevaba bombonas de repuesto y comida, además de tiendas y sacos de dormir, que esperaba no tener que usar. Y una vez que hubieran cambiado las bombonas se pondrían en marcha otra vez. Era una carrera de resistencia y seguirían unos kilómetros más antes de descender definitivamente para pasar la noche.

Amalia no había dicho una palabra en mucho tiempo. Empezaba a relajarse poco a poco, pero no se había ofrecido a ayudarlo. Y él pensando que habían firmado una tregua…

—Estoy buscando un sitio para descender —le dijo a Manuel por radio—.

¿Dónde estáis?

—Tú estás un poco por detrás de nosotros y más al norte. ¿Estás muy lejos de Esteban?

—Su globo descendió hace unos veinte minutos y yo estoy viajando con media bombona de propano, así que prefiero bajar lo antes posible. Pero aquí hay demasiados árboles.

—Espera, María dice que hay un pantano al norte. ¿Puedes llegar hasta el pantano? Allí debería haber mucho espacio… si no caes al agua.

Amalia se agarró a los bordes de la cesta.

—No vamos a acabar en medio de un pantano, ¿verdad?

—¿No sabes nadar?

—Pues claro que sé nadar, pero eso no tiene nada que ver. ¿Y si el globo cae encima de nosotros y nos ahogamos?

—Tranquila, no vamos a caer al agua —Rafael volvió a hablar por la radio—.

Estoy viendo un claro y una carretera que lleva hasta el pantano. Venga, vamos a intentarlo.

—De acuerdo. Vamos en la misma dirección —dijo Manuel—. Corto y cierro.

Amalia miró alrededor.

—¿Dónde está el globo de Esteban?

—Descendieron hace rato.

—¿Por qué?

—Si ha encontrado un claro, habrá descendido para recargar combustible, que es lo que vamos a hacer nosotros. Cuando hayamos cambiado las bombonas podremos volver a subir.

—¿Por qué no hemos descendido nosotros al mismo tiempo?

Quería hablar con Esteban, convencerlo de que aceptase que otra persona ocupara su lugar. A lo mejor podía cambiar de sitio con María, por ejemplo.

—¿No te gusta ganar? —sonrió Rafael.

—¡Si para eso tengo que arriesgar mi vida, no! ¡Y, sobre todo, no me gusta arriesgarla cuando yo no he elegido hacerlo!

—No va a pasar nada, tranquila. Prometo devolverte a casa sana y salva.

Rafael vio entonces el pantano. La experiencia le decía que si seguían a la misma velocidad llegarían al otro lado justo cuando hubiesen atravesado el agua.

—Cuando lleguemos al suelo, uno de los dos debe mantener el globo hinchado para que no se enrede con los árboles y el otro tiene que saltar para asegurar la cesta al suelo. ¿Qué tarea prefieres?

—Ninguna de las dos —contestó Amalia.

—Mira, no es momento de discutir. Cuando estemos en el suelo, tu miedo a las alturas no será un problema.

Ella miró el globo.

—No creo que yo pueda mantenerlo inflado. Será mejor que

intente saltar de la cesta.

—No lo intentes, hazlo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No estoy aquí para sabotear esta estúpida carrera, aunque si pasara algo al menos podría volver a casa.

—Ni lo sueñes.

Rafael le dio las indicaciones precisas, sin dejar de mirar el claro, al que se aproximaban a toda velocidad. Iba a ser más difícil de lo que había esperado…

especialmente con una novata a bordo. Pero los retos inesperados eran lo que hacía que esas aventuras fueran tan emocionantes.

En cuanto tocaron el suelo le gritó a Amalia que saltase para anclar una de las cuerdas y ella obedeció.

—No hay nada a lo que atarla. ¡Si la cesta se eleva, voy a tener que soltar la cuerda!

Rafael quería mantener el globo tan inflado como fuera posible para volver a ascender en cuanto hubiesen cambiado las bombonas de propano, pero no tanto como para que levantase el vuelo con Amalia tirando de la cuerda.

—Espera, estoy viendo un tocón aquí al lado —dijo ella entonces —. Es grande, podría atar la cuerda alrededor… —la voz de Amalia se perdió cuando desapareció de su vista.

Si no la ataba bien, el globo podría ascender de nuevo dejándola a ella en tierra… pero unos minutos después Amalia reapareció con una sonrisa en los labios.

—¡Estoy en tierra firme! —gritó.

—Toma esta cuerda y átala al tocón para más seguridad —dijo Rafael.

Después de hacerlo, la cesta estaba firmemente asegurada y Rafael llamó al equipo por radio, pero las montañas impedían la comunicación, de modo que sólo podían esperar.

—¿Cuánto tiempo permanecerá inflado? —preguntó Amalia.

—Hasta que cambiemos las bombonas por otras nuevas o nos quedemos sin propano. Si eso ocurre, necesitaré tu ayuda para alejar la bolsa del agua y de los árboles.

—¿Cuánto tiempo van a tardar en llegar?

—No lo sé.

Amalia miró alrededor, respirando profundamente. Era un alivio estar en el suelo otra vez, pero tenía que convencer a Esteban para que renegociase la apuesta porque no estaba dispuesta a subir al globo de nuevo. Aunque, la verdad, no había sido tan horrible como esperaba. No se habían estrellado contra el suelo y uno de los solteros más cotizados de Barcelona había estrechado su mano. Y, durante unos segundos, se había sentido totalmente segura.

Claro que no se repetiría. Suspirando por lo que nunca podría ser, miró hacia la carretera por la que, esperaba, llegase pronto el equipo.

—¿Me das algo de beber?

Rafael le ofreció una lata de refresco.

—¿Quieres comer algo?

—Dentro de un rato. Por el momento, no tengo el estómago muy asentado.

—Lo has hecho muy bien, Amalia. No debes tener miedo.

—Las fobias son algo que no se superan así como así.

—No, claro —Rafael se quedó callado un momento—. ¿Por qué ese convento del que me has hablado antes?

—Ya te lo he dicho, mis padres solían ayudar a las monjas… bueno, a los niños a los que educan las monjas. ¿De verdad vas a darles ese cheque si ganas la apuesta?

—Eso he dicho, ¿no?

Amalia asintió con la cabeza.

—Mis padres eran huérfanos, los dos. Mi madre vivió en el colegio de las monjas durante un tiempo, cuando tenía once años. Y yo sé que ese cheque les vendrá muy bien.

—¿Tus padres fueron felices? —le preguntó Rafael entonces.

—Éramos una familia feliz —suspiró Amalia—. Mi madre tenía mucho carácter y a veces se enfadaba con mi padre, pero se le pasaba enseguida. La verdad es que se llevaban muy bien… y yo quiero tener una relación así algún día —dijo luego, mirando el agua del pantano, recordando la tormenta que había escorado el barco, llevándose con él la felicidad de toda una familia.

—Pues entonces yo estaré encantado de entregar ese cheque al convento —dijo Rafael.

Los minutos pasaban y no había señales del equipo. Rafael insuflaba aire periódicamente a la bolsa, lo suficiente para que no

se deshinchase del todo, pero empezaba a preocuparse. Cada vez había menos propano y si la bolsa se quedaba sin aire caería al suelo. Y si eso ocurría antes de que llegase el equipo, tendría que esperar que Amalia y él pudieran controlarlo para que no se enredase con los matorrales.

—¿El pueblo más próximo está muy lejos de aquí? —le preguntó ella mientras comía un bocadillo.

—He visto uno al este antes de descender. No sé, a unos quince kilómetros.

Quince kilómetros. ¿Existiría alguna posibilidad de llegar allí haciendo autostop?

Justo en ese momento oyó el sonido de un claxon y, al girar la cabeza, vio la camioneta del equipo acercándose por la carretera.

—¡Están aquí! —gritó—. ¡Nos han rescatado!

Rafael soltó una carcajada.

—No hacía falta que nos rescatasen. Cambiaremos las bombonas de propano y ascenderemos de nuevo… y esta vez no tendrás tanto miedo porque ya sabes cómo funciona todo.

Para cuando llegara ese momento, Amalia esperaba estar muy lejos de allí.

Pero no pudo marcharse. Trabajando en perfecta sincronización, el equipo cambió las bombonas de propano por otras llenas y, en menos de media hora, Manuel gritó que veía el globo de Esteban en el cielo.

—Hora de marcharnos —dijo Rafael—. Vamos, Amalia.

Ella quería decir que no, pero la camaradería de todo el grupo y el orgullo que sentía por haber sobrevivido a la experiencia la hicieron recapacitar. Si todo el equipo confiaba en ella, tal vez debería hacerlo. Y si no miraba hacia abajo, no era tan aterrador. Incluso se había acostumbrados al balanceo de la barquilla y al estruendo de los quemadores.

Pero no se había acostumbrado a Rafael.

Aun así podía hacerlo, estaba segura. Además, no iba a salir corriendo.

—Nos están tomando la delantera —murmuró, mirando al cielo.

—No te preocupes por eso. Vamos, sube. Tú encárgate de los quemadores, yo tengo que consultar los mapas meteorológicos de la zona. Controla la temperatura hasta que esté cerca del límite.

Amalia tomó el mando de los quemadores, sintiéndose casi como una profesional. Después de que los miembros del equipo se encargasen de soltar amarras, el globo empezó a ganar altitud rápidamente y pronto estaban a la altura de Esteban, aunque a cierta distancia.

Los árboles y las colinas empezaban a desaparecer, los quemadores seguían con su ruido ensordecedor y Amalia rió, encantada. ¡Lo había hecho! Había ayudado a Rafael a levantar el globo del suelo.

—Ya te dije que acabaría gustándote.

La euforia que estaba experimentando la hizo sonreír.

—¿Cuánto tiempo hay que tener los quemadores encendidos?

—Júzgalo tú. Y no dejes de mirar la válvula.

Amalia lo hizo y, cuando llegó a la temperatura máxima, cerró el mando. El silencio hacía eco en sus oídos mientras miraba a Rafael con expresión de triunfo.

—Esteban está por debajo de nosotros.

—Bien hecho. Ven aquí y te enseñaré la ruta por la que creo que nos llevará esta corriente de aire.

Ella vaciló un momento, mirando el borde de la cesta. Pero estaban tan arriba que apenas podía ver algo más que cielo.

De modo que se sentó al lado de Rafael, que le explicó las corrientes de aire y cómo impactaban sobre el terreno dependiendo del calor del día. Sus hombros se rozaban y Amalia contuvo el aliento, haciendo un esfuerzo para concentrarse en sus palabras.

Pero cuando movió ligeramente la cabeza vio unas arruguitas alrededor de sus ojos, como si los guiñase a menudo. Su piel era morena y tersa, sus ojos oscuros brillaban de emoción mientras planeaba el viaje.

Cuando él la miró, Amalia se concentró rápidamente en el mapa, intentando controlar los latidos de su corazón. Y esperaba que pensara que era de miedo y no de otra cosa. ¡La atracción que sentía por Rafael era increíble!

—¿Alguna pregunta?

—¿Cómo te metiste en esto de los globos aerostáticos?

—Era algo nuevo para mí —Rafael se encogió de hombros—. Y me gustó cuando lo probé.

—¿Pilotar avionetas y hacer submarinismo no era suficiente?

Él levantó una ceja, interrogante. Pero Amalia se negaba a reconocer que había sentido tanta curiosidad que había mirado en *Internet*.

—Me gustan los retos y explorar cosas inusuales. Estoy pensando tomar parte de una expedición arqueológica en Tierra Santa la primavera que viene.

—Eso sería más seguro que estar colgado en el aire. ¿Tu familia no se preocupa por ti, corriendo tantos riesgos?

—No, no se preocupan —rió él—. Y no sé si piensan que corro algún riesgo. Yo no, desde luego —dijo luego, mirándola fijamente.

—¿Qué?

—Me preguntaba si mi hermano habría hecho por mí lo que tú haces por José.

—¿Por qué no? Eso es lo que hacen los hermanos.

—No todos. Y no todas las familias tienen buena relación.

—Sé que tus padres están divorciados. Tu padre sale mucho en los periódicos.

Rafael sonrió.

—Y a ti no te parece bien.

—Yo no tengo nada que decir, ¿pero no te parece raro que salga con chicas tan jóvenes como yo?

—Mientras no salgamos con la misma, me da igual.

—Pues a mí no me daría igual. Se supone que los padres deben dar ejemplo a los hijos.

—Yo no soy un niño, Amalia.

—Pero lo fuiste en algún momento.

Como no le gustaba el rumbo que había tomado la conversación, Rafael se levantó para mirar por el borde de la cesta. Estaban perdiendo altitud. El globo de Esteban se dirigía hacia el oeste y no sabía si iba por delante o no porque había perdido el sentido de la dirección charlando con Amalia.

—Trae el mapa. Vamos a ver dónde estamos —le dijo, pulsando el mando de los quemadores—. ¿Puedes mirar el terreno y decirme qué te parece?

—No, de eso nada —Amalia le dio el mapa y puso la mano en el mando de los quemadores pero, al hacerlo, rozó la de Rafael y sintió el roce como si hubiera sido una caricia.

«Mal, mal, mal». No iba a enamorarse de un *playboy*, sería lo

más absurdo del mundo. Su objetivo inmediato era volver a tierra de una pieza y dormir durante ocho horas seguidas. Tal vez, con un poco de suerte, al día siguiente ocurriría algo que diese por terminada la carrera.

Rafael calculó dónde estaban y llamó por radio al equipo de seguimiento antes de pasársela a ella.

—Pulsa este botón para hablar y este otro para escuchar.

—¿Qué tengo que decir?

—Lo que quieras. Sólo quería explicarte cómo funciona.

—¿Por qué?

—En caso de que me ocurra algo. Amalia sintió una ola de pánico.

—¿Qué podría pasarte?

—No lo sé. Pero, por si acaso, ya sabes usar la radio.

Ella pulsó el botón.

—Soy Amalia. ¿Vamos a parar en algún pueblo que tenga un buen restaurante?

—era una tontería, pero fue lo único que se le ocurrió.

—Eso espero —rió María—. Y también esperamos encontrar un hotel decente.

Rafael tomó la radio.

—Tenemos sacos de dormir, no hay tiempo para localizar un hotel de cinco estrellas. Hay que ganar una carrera de larga distancia. Corto y cierro.

Los dos oyeron risas antes de que se cortase la comunicación.

—¿Vamos a dormir en el campo? —preguntó Amalia.

—Si podemos evitarlo, no. Pero así los mantengo a raya.

Ella asintió. Rafael tenía muy buena relación con su equipo. ¿Sería igual en la oficina?, se preguntó. Esteban era diferente, él era el jefe y quería que todo el mundo lo supiera.

A medida que transcurría la tarde, Amalia empezó a sentirse más cómoda…

mientras no mirase hacia abajo, claro. Pero le gustaba la vista desde allí, el aire fresco, sin polución.

Unas horas después, Rafael llamó al equipo para decirles que tenían que cambiar las bombonas de nuevo. En aquella ocasión estaban esperando cuando llegaron a tierra y, de nuevo, Amalia se quedó impresionada por la precisión con que lo hacían todo. Media

hora después estaban de nuevo en el aire y cuando empezaba a anochecer, Rafael los llamó de nuevo.

—Me parece ver el pueblo de San Pablo un poco más adelante. Si no me equivoco, hay un campo de fútbol a las afueras. Vamos a ver si podemos descender allí.

El pueblo estaba en un valle, entre dos cadenas montañosas. Aunque había oído hablar de él porque era un sitio al que acudían los ricos y famosos, Amalia no había estado nunca. Pero María podría encontrar un buen hotel y no tendrían que pasar la noche al raso.

Amalia señaló el otro globo.

—¿Crees que van a seguir?

—No tengo ni idea, pero éste es el mejor sitio para descender. No quiero arriesgarme a que se haga de noche.

Mientras decía eso, los dos vieron que también Esteban empezaba a descender.

—Tengo que llamar a mi hermano.

—¿Estás preocupada por él? Te aseguro que mi ama de llaves le hará la comida.

Además, seguro que José sabe cuidar de sí mismo.

—No estoy preocupada, sólo quiero decirle que estoy viva. José tiene diecisiete años… además, seguro que quiere hacerme un millón de preguntas sobre el viaje. En realidad, debería haber venido él.

—Eso díselo a tu jefe —sonrió Rafael—. Pero el año que viene José irá a la universidad. ¿Piensas acompañarlo a clase?

—No digas tonterías, yo no le trato como si fuera un niño.

José era casi un adulto y tenía que hacer su propia vida, pero llevaban solos tanto tiempo…

¿Era eso lo que sentían los padres cuando los hijos se iban de casa?, se preguntó.

—¿Tus padres no se preocuparon de tu hermano y de ti cuando os fuisteis de casa?

—Lo dudo mucho. Nos enviaron a un internado desde los ocho años… ninguno de los dos parecía particularmente preocupado.

—Veo que no tenéis una relación muy estrecha.

Rafael negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Sólo he visto al quinto marido de mi madre

una vez y suelo evitar a las novias de mi padre. Cambia tan frecuentemente que no hay manera de seguirle la pista.

—Es una pena.

—Es la realidad. Aunque tu propia vida tampoco es fabulosa en comparación con la mía. No tienes padres ni parientes cercanos aparte de José y, evidentemente, no nadáis en dinero.

—El dinero no es tan importante. Yo gano suficiente para mantenernos a los dos y, si hiciera falta, José podría empezar a trabajar cuando cumpla los dieciocho años.

—No te enfades, sólo quería decir que no debió ser fácil cuando tus padres murieron y toda la responsabilidad recayó sobre ti.

Amalia no quería hablar de ese tema porque aún le provocaba pesadillas. Le había dado tanto miedo el futuro entonces, estaba tan preocupada por no poder cuidar de su hermano pequeño…

—Me las arreglé —se limitó a decir.

Capítulo 5

San Pablo era un pueblo de vacaciones, un destino para los más ricos de Europa. Desde Barcelona se llegaba después de un corto viaje en coche, pero ellos habían tenido que viajar todo el día en globo para llegar allí. Había *spas*, piscinas, campos de golf, un centro ecuestre, un campo de fútbol y montones de fabulosos restaurantes.

El equipo de seguimiento estaba esperándolos en el campo de fútbol cuando descendieron, pero esta vez dejaron que el globo se desinflara del todo y doblaron la tela varias veces antes de guardarla en la cesta y cubrirla con una lona.

—¿A quién le ha tocado la peor parte? —preguntó Rafael.

—A Julio —contestó María.

—¿Por qué la peor parte? —preguntó Amalia.

—Le toca quedarse vigilando el globo toda la noche.

—¿Él tiene que dormir aquí mientras nosotros dormimos en un hotel?

Rafael soltó una carcajada.

—A menos que quieras quedarte haciéndole compañía.

—No, no, estoy agotada.

Media hora después, Amalia cerraba la puerta de su *suite*… una *suite* fabulosa.

El saloncito estaba decorado en tonos rosa y lavanda, con un sofá enorme, y cuando entró en el dormitorio… era un lujo, todo en blanco, desde las cortinas de tul al dosel de la cama, que le daba un aspecto de cuento de hadas. El edredón era de damasco y tenía que haber una docena de almohadas. ¡Era espectacular!

Cuando entró en el baño se quedó asombrada. Era más grande que el salón, con un jacuzzi y una ducha aparte, esponjosas toallas de algodón rizado, un albornoz blanco delicadamente colocado sobre una *chaise longue* en medio del baño…

Amalia se quitó los zapatos y estaba desabrochando su blusa cuando sonó el teléfono, pero como había un supletorio en el baño contestó desde allí.

—¿Sí?

—Ya te dije que no dormiríamos en el suelo —oyó la voz de

Rafael.

—Sí, es verdad.

—¿Te gusta tu habitación?

—Es preciosa, muchas gracias.

—Vamos a cenar todos juntos, así podremos hablar del recorrido de mañana.

Nos vemos en el restaurante del hotel en una hora.

—Muy bien, hasta luego.

En una hora tenía tiempo para ducharse y elegir qué iba a ponerse para la cena.

Claro que en la mochila sólo llevaba ropa arrugada y, además, la había elegido a toda prisa.

Cuando bajó al vestíbulo una hora después, suspiró, aliviada, al ver que todos iban vestidos de manera informal.

—Nuestra mesa estará lista en cinco minutos —le informó María.

Mientras esperaban, Esteban Vicente y su equipo salieron del ascensor. Amalia no sabía que su jefe también se alojase allí, pero era lo más lógico.

—¿Nos han ganado?

—No lo sé —contestó Rafael—. Pero la carrera está muy igualada y así es más emocionante… ¿qué tal va todo, Elena? —le preguntó a su ayudante cuando se acercó al grupo.

—Bien, pero creo que lo pasaría mejor en tu globo. Esteban insiste en hacerlo todo y está obsesionado con ganar.

—Yo también. Pero no me va a ganar, espero que lo sepas.

—Esteban creía que Amalia iba a retrasarte, pero no parece que sea así.

Amalia arrugó el ceño.

—¿Por qué iba a retrasarlo?

—Esteban cuenta con tu miedo a las alturas. De hecho, está sorprendido de que no hayas salido corriendo.

Ésa era la razón por la que la había propuesto a ella como compañera de Rafael, evidentemente. Debía esperar que se negase a ir con él, ganando por tanto la carrera sin hacer nada. Una maniobra muy poco limpia.

—No te enfades —le aconsejó Rafael—. La mejor venganza es ganar y demostrarle que te había juzgado mal.

—Llevo años trabajando para él y me molesta que me haya utilizado de esa forma. ¿A ti te da miedo la altura, Elena?

—No, qué va, me encanta. Cuando Rafael sugirió este viaje acepté encantada. Y

la cosa va más o menos bien… tal vez antes de que termine, tu jefe me dejará hacer algo.

—Pues yo no acepté encantada —murmuró Amalia.

—Pero no me has defraudado —dijo Rafael—. Y no lo olvidaré nunca.

Sonaba casi como una promesa y el corazón de Amalia se aceleró.

—Yo comparto habitación con una de las chicas del equipo, Marina, y me ha dicho que Teresa ha llamado preguntando por ti y luego por mí —dijo Elena entonces—. Parece molesta porque nadie está dispuesto a hablar con ella. Quiere que la llames en cuanto tengas oportunidad.

—Ya, claro.

Elena sonrió.

—O sea, que no vas a llamarla.

Amalia se preguntó si Teresa lamentaría su decisión de no ir en el viaje con Rafael. Aunque no era asunto suyo.

Una vez en el interior del restaurante, se sentó entre Manuel y María, que charlaban sobre la carrera. Esteban y su equipo estaban en una mesa cercana, pero además de un rápido apretón de manos, los dos equipos se mantenían alejados el uno del otro.

Ojalá José pudiera estar allí, pensó entonces. Nunca había cenado en un sitio tan elegante. Muchos de los clientes iban vestidos con ropa de diseño…

¿Cómo sería estar sola allí con Rafael, con un fabuloso vestido, fascinándole con su interesantísima conversación? Los dos solos, tal vez en aquel reservado al fondo del restaurante.

El sueño se esfumó cuando un camarero sirvió copas de un líquido espumoso y Rafael levanto la suya para brindar:

—¡Por la victoria y por ser los mejores competidores!

Todos brindaron con él y Amalia se sorprendió al comprobar que era sidra y no champán.

—No bebemos alcohol durante la carrera —le explicó María.

Amalia disfrutó de la conversación, analizando la carrera, el

plan para el día siguiente, las provisiones, la información meteorológica… parecía haber un trabajo constante del que ella no sabía nada.

—Parece que dentro de un par de días habrá tormenta —dijo Rafael—. Si hay muchas turbulencias podríamos tener serios problemas. Los vientos contradictorios podrían mover la cesta de lado a lado…

—Por no hablar de que os caiga un rayo —dijo Pablo.

—Y la lluvia —añadió María.

—Si hay tormenta descenderemos inmediatamente —dijo Rafael —. No te preocupes, Amalia, he prometido llevarte de vuelta a casa sana y salva y eso es lo que pienso hacer.

Más razones para salir corriendo, pensó ella. ¿Una tormenta mientras estaba subida en un globo? ¿Y si el viento los lanzaba al suelo? No quería ni pensarlo.

—¿Has llamado a tu hermano?

—Pensaba hacerlo cuando volviera a la habitación —contestó Amalia.

El grupo se dispersó en cuanto terminaron de cenar. Casi todos subieron a su habitación, aunque un par de ellos salieron a dar un paseo o a echar un vistazo por las tiendas de regalos. Y Amalia, que se dirigía a los ascensores, se detuvo un momento al ver a su jefe charlando con dos reporteros.

Rafael se detuvo a su lado y siguió la dirección de su mirada.

—No puede soportar no estar bajo los focos —murmuró.

—¿Crees que lo había preparado él mismo?

—Es posible.

—Pero si no sabíamos dónde íbamos a dormir esta noche.

—Era fácil predecirlo a media tarde. Y por aquí no hay muchos sitios en los que alojarse… —Rafael se encogió de hombros—. Cuando termine la carrera no estará tan ansioso por hablar con los periodistas. ¿Quieres ir con él?

—¿Yo? No, por Dios.

Rafael le pasó un brazo por los hombros mientras iban hacia los ascensores.

—Descansa bien esta noche porque saldremos mañana antes del amanecer. Pide que te despierten a las cinco, así no tendré que ir a sacarte de la cama.

Ella asintió con la cabeza, nerviosa. Le gustaba que estuviera tan cerca, pero no le gustaba que le diese órdenes.. Y él debió darse cuenta porque se inclinó un poco para hablarle al oído:

—Tienes que ganarle a tu jefe. Eso te gustaría, ¿verdad?

—Pero ganándole a él te ayudo a ti.

—¿Yo soy el enemigo? —los ojos de Rafael brillaban, divertidos, y el corazón de Amalia empezó a latir como loco. Aquel hombre era peligroso, al menos para su cordura. Tan nerviosa estaba que dio un paso atrás.

—Ya no eres el enemigo, pero tampoco eres un amigo —le dijo, pasándose la lengua por los labios sin darse cuenta.

Sin darse cuenta también seguramente, él hizo lo propio y Amalia se preguntó cómo sería sentir esos labios presionando los suyos…

—Tal vez acabemos siéndolo. Nos quedan seis días.

¿Tener una aventura con uno de los hombres más ricos de Barcelona? No, imposible. ¿Qué dirían sus amigas? Amalia estuvo a punto de soltar una carcajada al imaginar su reacción, pero la campanita del ascensor interrumpió sus tontas fantasías.

Aún era de noche cuando la despertó la llamada de recepción. Amalia tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la cama, pero sabía que Rafael era capaz de pedirle a los de seguridad que entrasen en su habitación por la fuerza si hacía falta.

Tirándolo todo en la mochila de cualquier manera, estaba lista cinco minutos antes de las cinco, pero el vestíbulo estaba en silencio… incluso las luces parecían más bajas. La mayoría del equipo ya estaba en la puerta y, cuando Rafael bajó un minuto después, todos subieron a la camioneta en dirección al campo de fútbol donde los esperaba el globo.

Amalia estaba más preparada ese día para lo que la esperaba, aunque no podía dejar de mirar al cielo para comprobar si empezaba la tormenta.

—¿Estás lista? —le preguntó Rafael.

—Tan lista como puedo estarlo —suspiró ella.

—Espero que al final del viaje no pongas cara de ir a la guillotina cada vez que subas al globo.

—Si tú tuvieras alguna fobia me comprenderías.

—A lo mejor tengo fobia a perder una apuesta, pero no importa.

Venga, vamos.

Esteban y su equipo seguían en el hotel cuando nos fuimos, así que podremos sacarle algo de ventaja.

—Sigue siendo de noche —protestó Amalia. Las llamas que inflaban el globo eran el único punto de luz en el oscuro campo.

—Pronto amanecerá, no te preocupes. Mira el horizonte hacia el este… ¿ves? Ya hay un reflejo anaranjado.

A punto de subir a la cesta, Amalia no sentía el miedo que había sentido el primer día; al contrario, sentía cierta anticipación. En fin, disfrutaría mientras pudiera, pensó, porque no pensaba hacer aquello nunca más.

—Dime qué puedo hacer.

—¿A qué te refieres?

—Para ayudarte a ganar la carrera.

Eso lo sorprendió.

—Ah, qué interesante. ¿Has cambiado de opinión?

—Yo también soy competitiva.

—¿Qué ha sido de lo que llamabas la estúpida apuesta?

—Nada, sigue asombrándome que dos adultos apuesten tal cantidad de dinero en una carrera de globos aerostáticos, pero después de saber lo que pensaba Esteban creo que debo ayudarte a ganar. Además, mi hermano es fan tuyo y él me ha sugerido que disfrute del viaje y haga lo que pueda por el equipo.

—Ahora no tienes nada que hacer, pero podemos turnarnos luego con los quemadores.

¿Podía confiar en ella?, se preguntó. Rafael no era de los que confiaban rápidamente en los demás. Había aprendido de niño a guardar lo que era suyo y a no contar con nadie más que consigo mismo. ¿Pero qué daño podía hacer Amalia, a menos que saboteara la carrera a propósito? Y no la conocía mucho, pero intuía que nunca haría eso. Además, con el miedo que tenía a matarse, estaba seguro de que no se arriesgaría a hacer nada.

—Muy bien.

Durante las primeras horas se turnaron para controlar que el globo siempre tuviera aire suficiente y, después, Rafael le preguntó si quería comer algo.

—He traído dos cruasanes del hotel.

Unos minutos después estaban disfrutando de un desayuno en

las alturas.

—¿Por qué hiciste la apuesta con Esteban? —le preguntó Amalia.

—Porque quería ganarle.

—¿Y si no puedes?

Rafael soltó una carcajada.

—Pues claro que puedo. Hoy ya nos hemos distanciado y dentro de unos días ni nos verá siquiera.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Esteban es un presumido, pero a partir de ahora no vamos a encontrar hoteles de cinco estrellas ni reporteros. Y cuando no pueda presumir se aburrirá y, por lo tanto, no se esforzará tanto.

—Mientras tú sí vas a seguir haciéndolo porque estás obsesionado con ganar —dijo Amalia—. ¿Por qué te importa tanto? Está claro que el dinero te da igual.

—Por la satisfacción de ganar a Esteban y hacerlo frente a los miembros de la Cámara de Comercio.

—¿Esto es una venganza o algo así?

Rafael vaciló un momento antes de contestar:

—Es una manera de ponerlo en su sitio.

Amalia sabía que Esteban tenía relaciones comerciales con la empresa de Rafael y nunca había visto señales de enemistad entre los dos hombres. ¿Sería pura competencia masculina, los dos queriendo ser el macho alfa? Pero Rafael ya lo era.

Para empezar, era mucho más joven que Esteban.

—La verdad, no te entiendo.

—¿Y quieres entenderme?

—Me gusta tener cierto control sobre las cosas —respondió Amalia, levantándose para mirar alrededor. El globo de Esteban estaba a cierta distancia y, afortunadamente, no había nubes en el cielo.

—Digamos que ganarle esta carrera equilibraría las cosas.

Ella seguía sin entender, pero decidió no hacer más preguntas.

—Háblame de tu familia —le dijo después.

—¿Qué quieres saber? Tengo una madre, un padre y un hermano casado y con dos hijos.

—¿Nada más? He leído cosas sobre tu padre, pero no sé nada sobre tu madre.

—No hay mucho que contar.

—Mis padres murieron cuando yo empezaba la carrera y su muerte fue totalmente inesperada, pero hasta entonces teníamos muy buena relación.

—Qué suerte.

No dijo nada más y Amalia se dio cuenta de que no le gustaba hablar del tema, de modo que lo dejó. Al ver que el globo de Esteban parecía viajar a menor altura se acercó al borde de la cesta…

Pero como le había ocurrido el primer día, al ver lo lejos que estaban del suelo sintió una ola de náuseas y tuvo que sentarse.

—¿Estás bien?

—Es que he mirado hacia abajo… —murmuró ella, con los ojos cerrados. No iba a caerse del globo, pensó, esperando que pasaran las náuseas. Y no volvería a mirar hacia abajo.

—Aquí estás a salvo, te lo aseguro —Rafael la tomó por los hombros—. Yo no dejaría que te pasara nada. Amalia abrió los ojos. Estaba a unos centímetros de ella, tan cerca como para darle cierta sensación de seguridad.

Tan cerca como para besarlo.

La idea apareció de repente y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Pero el miedo había desaparecido, reemplazado por otra emoción, la de dejarse llevar por la atracción que sentía por él y ver si Rafael estaba interesado. Allí no había reporteros ni testigos, estaban completamente solos. Podía bajar la guardia y ver lo que pasaba.

Lo cual sería una estupidez, pensó entonces, recuperando la cordura a tiempo.

—Pensé que ya no te daba miedo.

—Es que he mirado hacia abajo.

—Pues no lo hagas.

—No pienso volver a hacerlo, te lo aseguro.

—Venga, bebe un poco de agua y encárgate de los quemadores, así te olvidarás del asunto.

—¿De verdad no te da miedo la altura a la que estamos?

—No.

—¿Es verdad que escalaste el Everest el año pasado?

—Sí.

Amalia había leído eso en una de las páginas de *Internet*.

—¿Y no te dio miedo?

—No, al contrario, me pareció emocionante.

—Y peligroso. Podrías haberte matado.

—El peligro es lo que hace que la escalada sea emocionante. Pero nunca se me ocurrió que pudiese morir en la montaña.

—Pero podría ocurrir.

—Sí, claro. Y también podría atropellarme un coche en el centro de Barcelona —contestó él.

—Sí, ya, pero ponerte en peligro deliberadamente y hacerlo todo el tiempo…

eso es muy raro, ¿no te parece?

Rafael soltó una carcajada y el corazón de Amalia dio un saltito dentro de su pecho.

—Me gustan las emociones, no creo que sea un crimen.

—Eres muy temerario.

—Es posible, sí. Pero es mi vida y puedo hacer con ella lo que quiera.

—Como no tienes que preocuparte de una familia…

—Lo de las familias está sobrevalorado —dijo él entonces, encogiéndose de hombros.

—¿Qué? Si yo no hubiera tenido a mi hermano cuando mis padres murieron, no sé qué habría hecho. Y tú tienes suerte de tener a tu familia.

—¿Te parece una suerte haber tenido que criar a tu hermano cuando tus padres murieron? Eres joven, deberías salir y pasarlo bien, hacer un trabajo que te gustase en lugar de trabajar para Esteban.

—¿Y cómo sabes que no me gusta mi trabajo?

—Tú misma dijiste que te gustaría hacer otra cosa.

—Sí, bueno… es que quiero mucho a mi hermano. De no ser por él estaría sola en el mundo. Aunque espero casarme algún día.

—Ah, la gran panacea: el matrimonio.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que no crees en el matrimonio?

—Supongo que para algunas personas es la situación perfecta, pero no lo es para todo el mundo. Mira mis padres, se casaron creyendo estar locamente enamorados, pero una vez que la pasión

desapareció no tenían nada en común. Una pena que no lo pensaran antes de tener hijos.

—Pero tú no estarías aquí si no se hubieran casado.

—¿Y el mundo sería un sitio peor sin mí? —bromeó Rafael.

Amalia estaba perpleja. No era algo que ella hubiera pensado nunca… ¿sería el mundo un lugar mejor si ella no hubiera nacido?

—Tal vez no, pero tú tienes la oportunidad de hacer algo bueno.

—¿Qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, dar dinero a las monjas de ese convento. Y sé que tu empresa hace aportaciones importantes a varias asociaciones benéficas todos los años, así que no te hagas el duro.

—¿Y en qué modo beneficia mi padre a la humanidad?

Amalia se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no digo que todo el mundo tenga que salvar a la humanidad. A lo mejor el único propósito de tu padre en la vida era… tenerte a ti.

Rafael soltó una carcajada.

—Sí, claro. Y el de mi madre también, imagino. Aparte de comprobar con cuántos hombres puede casarse antes de perder su atractivo.

—Eres un cínico —suspiró Amalia—. A lo mejor está buscando la felicidad, pero no la encuentra.

—O a lo mejor es una mujer rica y aburrida en busca de emociones.

—¿No buscas tú emociones también?

—Sí, es cierto, pero yo las busco en la montaña.

—O en un globo aerostático.

—Es un deporte diferente, pero igualmente satisfactorio.

Rafael observó a Amalia, en silencio. Se daba cuenta de que tenía ideas muy románticas sobre el matrimonio y el amor y le deseaba suerte. Porque, en su experiencia, raras veces salían bien.

Tal vez ése era el problema; su experiencia era limitada. Por ejemplo, no había salido nunca con una chica como Amalia, de modo que se había perdido toda una categoría de mujeres.

Y seguramente Amalia tampoco habría salido nunca con alguien como él. Y no estaría interesada en hacerlo. ¿Era la novedad lo que lo intrigaba? Se había acostumbrado a las atenciones de mujeres fabulosamente guapas y llamativas, pero era poco razonable pensar

que una chica como Amalia se volviera loca por él.

Y eso lo molestaba. Él podía ofrecerle mucho más que cualquiera y, sin embargo, no mostraba el menor interés.

—Me das pena, Rafael —dijo Amalia entonces.

—¿Por qué? —preguntó él, sorprendido.

—Porque te estás perdiendo lo mejor de la vida: encontrar a alguien con quien compartir penas y alegrías. Mi madre dijo una vez que podría soportar cualquier cosa mientras mi padre estuviera a su lado. ¿Quién está a tu lado, Rafael?

Capítulo 6

—Un montón de amigos, por ejemplo —contestó Rafael.

¿Pero era cierto?, se preguntó a sí mismo. Tenía montones de conocidos, amigotes con los que iba de fiesta o gente con la que salía a navegar. Pero salvo Phillip Stanton y Marcos Valdez, de la universidad, sus relaciones eran superficiales.

Y hacía meses que no hablaba ni con Phillip ni con Marcos.

O con su hermano.

Se preguntó entonces qué conexión especial tendrían Amalia y José. ¿Se habrían unido después de la tragedia de sus padres? ¿Habría aparcado Andrés su vida para cuidar de él si hubiera tenido que hacerlo?

—Pues me alegro por ti —dijo Amalia, mirando al otro globo—. ¿Cuándo vamos a descender?

—En dos horas, espero. El aire es más fresco hoy que ayer, de modo que es más fácil elevarnos. Mientras dure el propano, estamos bien. Pero ven aquí —dijo luego

—, te estás perdiendo un paisaje fabuloso.

—Sí, claro, y una ola de náuseas o un ataque al corazón.

Rafael se acercó, riendo.

—Yo te sujeto para que te sientas segura —murmuró, pasándole los brazos por los hombros y apoyando la barbilla en su cuello—. Mira qué maravilla. Es difícil imaginar algo tan grande cuando se vive en una ciudad tan abarrotada como Barcelona.

Amalia, sintiéndose más valiente ahora que él estaba sujetándola, miró hacia abajo. En realidad, era un paisaje increíble.

—Bonito, ¿eh?

¿La vista o ser abrazada por él, sintiéndose segura y casi querida? Amalia decidió saborear el momento. Su pecho parecía tan sólido como una roca, igual que sus brazos. Podía olvidarse de sus miedos y disfrutar de la vista espectacular que había ante ella.

Y sus sentidos estaban más pendientes del hombre que la abrazaba que del miedo a caerse. Amalia cerró los ojos e intentó grabar cada detalle de ese momento en su memoria: flotando sobre España, abrazada por Rafael Sandoval, la vida real desapareció durante unos minutos.

Y cuando encontraron un sitio sobre el que podían descender, estaba más que preparada para hacerlo. Una persona sólo podía estar al borde del precipicio durante un tiempo. Quería correr por el suelo, alejarse de su turbadora presencia y tocar la realidad.

El globo de su jefe había descendido veinte minutos antes, les contaron los del equipo, y Amalia empezaba a sospechar que no llevaba tanto propano como ellos de modo que, de nuevo, ganaron cierta distancia. Pero Esteban podría pasarlos mientras cambiaban las bombonas. En cualquier caso, aún estaban demasiado cerca como para saber quién iba a ser el ganador de la carrera.

—Yo creo que esta tarde podemos hacer cien kilómetros —dijo Julio.

—Si el viento aguantase…

—¿Algún problema? —preguntó Manuel.

—No, ninguno.

—Yo voy a dar un paseo para estirar las piernas —dijo Amalia.

—Partimos de nuevo a las diez —le advirtió Rafael.

Amalia tomó la carretera por la que había llegado el equipo. Quería estar sola un rato porque estar con Rafael era como ir subida en una montaña rusa. Le disgustaba estar en el globo, pero se sentía cautivada por su piloto. Le molestaba que le diese tantas órdenes y sin embargo, anhelaba un beso suyo.

Eso la detuvo. Lo último que necesitaba era que Rafael la besara. Tenía la impresión de que si lo hacía, ningún beso de otro hombre le parecería suficiente.

Mientras que para él sería sólo otra mujer en una larga lista de ellas y seguramente habría olvidado su nombre para Navidad.

Suspirando suavemente, deseó que el viaje terminase lo antes posible.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando oyó que otro vehículo se acercaba a ella por la carretera. Era la camioneta del equipo, con Rafael al volante.

—¿Vuelves a casa andando?

—No, tonto, estaba dando la vuelta ahora mismo —sonrió Amalia, subiendo cuando le abrió la puerta—. ¿De verdad pensabas que me iba a escapar?

—No, pero si te hubieras torcido un tobillo o algo parecido tendríamos un grave problema. Por eso he venido a buscarte. ¿Te

encuentras mejor después del paseo?

—Sí —contestó ella, sin mirarlo.

María estaba esperándolos con un móvil en la mano.

—Es tu oficina. Necesitan hablar contigo urgentemente.

—Muy bien —murmuró él, tomando el móvil—. ¿Sí? ¡No, he dicho que no! En ninguna circunstancia le digas que has hablado conmigo. Si vuelve a llamar, dile que me has dado el mensaje y nada más. Dile a Jaime que se ponga —Rafael se alejó mientras seguía hablando.

—Problemas con la novia —sonrió María.

—¿Teresa?

—No deja de llamar. Creo que Sofía se está hartando de tantos mensajes.

Amalia miró el cielo, pero no había ni rastro del globo de Esteban. Tal vez aún mantenían la ventaja, pensó.

Unos minutos después estaban de nuevo en el aire.

—Aparte de los quemadores, no hay mucho que hacer, ¿no? ¿También era así en el festival?

Rafael empezó a hablarle de los festivales en los que había participado, las cosas que tenían que hacer, las normas de la competición…

—¿Te estoy aburriendo?

—No, no, es que te escucho mejor con los ojos cerrados —contestó ella. Lo que no dijo era que le gustaba escuchar su voz, eso se lo guardaría para ella misma.

Deseando poder grabar su voz para seguir escuchándola cuando ya no estuvieran juntos, Amalia sonrió cuando le contó algunas de las tácticas y las trampas que usaban los participantes en los festivales. Sus descripciones eran divertidas y, a veces, dramáticas pero, sorprendentemente, en ninguna de ellas era él el protagonista.

Entonces abrió los ojos. El pelo de Rafael había estado permanentemente despeinado desde que empezaron el viaje y a ella le gustaba así. Le daba un aspecto mucho más cercano.

Empezaba á atardecer cuando tuvieron que empezar a usar la última bombona de propano. Rafael no dejaba de mirar el horizonte, pero no había ningún sitio donde pudieran descender sin peligro y lo último que deseaba era tener que hacerlo en la oscuridad.

María llamó por radio, pero la señal era entrecortada y muy débil.

—Os hemos perdido… dirección diferente… no podemos encontrar…

—¿Qué has dicho?

—Vais en diferente dirección a la carretera… no encontramos la forma de llegar hasta vosotros. ¿Ves algún sitio sobre el que descender?

—No —contestó Rafael, mirando hacia atrás por si veía el globo de Esteban, pero no estaba por ningún lado. Seguramente habría descendido sobre un claro que había visto una hora antes.

—Dame tus coordenadas de GPS…

Él hizo lo que le pedía y las repitió varias veces para comprobar que recibía el mensaje.

—Ya lo tengo.

Después de apagar la radio, Rafael miró a Amalia. Esperaba que se quejase o que le reprochara no haber descendido antes, pero ella se limitó a mirarlo. ¿Era confianza lo que veía en sus ojos?

—Yo me encargo de los quemadores si tú buscas un sitio en el que podamos descender sin problemas.

Rafael buscó unos prismáticos y empezó a buscar. Tenían que encontrar un sitio y lo antes posible, además. De estar con algún miembro de su equipo no se preocuparía; era el reto de los deportes de riesgo lo que le gustaba, pero no le gustaba nada poner a Amalia en peligro.

Entonces, a lo lejos, vio un claro entre los árboles. Aquel día habían logrado distanciarse bastante de Esteban y al día siguiente estarían aún más lejos, pensó.

En menos de veinte minutos estaban en el suelo y Amalia saltó de la cesta como una experta. Pero no había necesidad de buscar un sitio al que anclarla lo antes posible porque el globo estaba deshinchándose y no había nada alrededor que pudiera suponer un problema.

—¿Qué hacemos, nos quedamos aquí esperando?

—Hasta que el globo se desinfle del todo.

—¿Y no nos tapará?

—Aunque así fuera, no nos haría daño —rió él—. Pero no va a pasar, ¿ves? Está cayendo en dirección contraria.

Cuando la bolsa de *nylon* estaba en el suelo, Rafael soltó la cuerda y le dijo a Amalia que podía hacer lo mismo.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a esperar al equipo.

—Pero yo no veo ninguna carretera.

—Vendrán, no te preocupes.

—No estamos donde estábamos cuando les diste las coordenadas de GPS.

—Manuel y María saben cómo calcular las distancias y tenemos un foco con el que hacer señales. Y no me he equivocado hasta ahora, ¿no?

—No, es verdad. Pero eso no significa que no vayas a equivocarte nunca —respondió Amalia, un poco irritada por tanta arrogancia. Además, parecía tan fresco y tan lleno de energía como por la mañana. Ella, en cambio, debía estar despeinada y sin una gota de maquillaje.

—Sí, eso es verdad —sonrió Rafael—. Pero es mejor para mi imagen que nadie diga nada cuando me equivoco —añadió, poniéndose en jarras para mirar alrededor.

Amalia pensó que así era seguramente como los conquistadores habían mirado alrededor cuando llegaron al nuevo mundo.

—Podemos esperar en la cesta, si quieres.

—No, gracias. Ya he pasado suficiente tiempo en ella por hoy.

—Entonces ayúdame a doblar la bolsa.

Entre los dos empezaron a doblar el *nylon* y, cuando terminaron, Rafael sacó las mantas y una lona.

—Vamos a taparlo y luego nos sentaremos a esperar.

—¿Por qué tenemos que taparlo?

—Para que no se moje si llueve. El *nylon* mojado no se hincha tan bien como cuando está seco.

—Ah, ya.

—Ven, siéntate en la manta —dijo él entonces, colocándola en el suelo.

—¿Vamos a tener que pasar la noche aquí?

—Probablemente. No he visto ningún pueblo mientras buscaba un sitio para descender y no quiero pasarme media noche viajando de un sitio a otro.

—A mí no me gusta mucho dormir al aire libre.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—Me gusta tener agua caliente.

—Pero esto es una aventura.

—Sí, eso es lo que dice mi hermano. ¿Pero quién ha dicho que yo estuviera buscando aventuras?

Rafael soltó una carcajada mientras ella miraba alrededor. Estaban en un claro, con algunos árboles delgados aquí y allá, en la zona rocosa que habían estado sobrevolando todo el día. ¿Cómo iba a dormir allí? ¿Cómo iba a dormir al lado de Rafael?

¿Habría animales salvajes?, se preguntó entonces.

—Pronto anochecerá.

—Hay un par de linternas en la barquilla. Pero cuando se haga de noche podremos ver las estrellas mejor que nunca.

—¿No echas de menos el restaurante de anoche? ¿El lujoso hotel con su *jacuzzi*?

Venga, no me lo creo.

—Me parece que lees demasiadas revistas de cotilleos —dijo Rafael—. Claro que me gustan los buenos restaurantes y los hoteles de lujo, pero también me gusta escalar montañas, pilotar avionetas, hacer carreras de globos. Y para eso hay que ser versátil.

—Bueno, cuéntame lo del Everest. ¿Cómo te metiste en eso?

—Fui de excursión a los Alpes franceses con unos amigos del colegio cuando tenía dieciocho años y me enganché. Eso sí que era un reto, escalar una pared lisa, llegar a la cima y sentirse el rey del mundo… deberías hacerlo alguna vez.

Amalia puso cara de horror.

—No, gracias. Suena peor que una carrera en globo.

—¿Cuáles son tus aficiones, hacer punto de cruz o algo parecido?

—No te hagas el listo. Tus aficiones serán muy interesantes para ti, pero no lo son para mí. A mí me gustan los ordenadores.

—¿No has llevado nunca a tu hermano de acampada?

—No, pero se va a un campamento la semana que viene con sus compañeros de instituto. Se dedicarán a explorar fenómenos geológicos y a José le encantará, aunque llueva.

—Admito que yo prefiero estar bajo techo —suspiró Rafael,

tumbándose sobre la manta y estirando las piernas.

—¿Te vas a dormir? —preguntó Amalia.

—No, sólo quería mirar el cielo. Cuando lleguen los del equipo haremos una hoguera y no podré ver las estrellas tan bien como ahora.

Aquel hombre la confundía. Cada vez que creía empezar a entenderlo, hacía o decía algo que era lo contrario a lo que ella hubiera esperado. Pero, desde luego, era algo más que el *playboy* que había creído en un principio.

Había algo muy sólido en él, muy maduro. Aunque estaba allí contra su voluntad, Amalia tenía la certeza de que iba a llevarla a casa sana y salva.

Estuvo mirando el cielo un rato, pero si se quedaba en esa postura mucho tiempo acabaría con tortícolis, de modo que se tumbó también sobre la manta para disfrutar del espectáculo cómodamente. Cuanto más oscurecía, más se veían las estrellas. Y parecían de cristal. Incluso podía ver la Vía Láctea.

—Es espectacular —murmuró.

—Mirar el cielo siempre pone las cosas en perspectiva.

—¿Ah, sí?

—Cuando miras la inmensidad del cielo te das cuenta de que el trabajo no lo es todo en la vida. Que somos criaturas insignificantes. ¿Cuántas estrellas puedes contar?

—¡No puedo contarlas todas!

—Dicen que Dios sabe el nombre de todas ellas.

Amalia sonrió.

—Sí, claro, imagino.

Rafael se quedó callado un momento.

—Podrías quedarte con esos cincuenta mil euros para ti.

—¿Qué? —Amalia se incorporó de un salto—. ¿Por qué dices eso?

—Estaba pensando en tus comentarios sobre la apuesta. Imagino que habrás pensado en lo que podrías hacer con ese dinero… para ti y para tu hermano.

—Mi hermano y yo no necesitamos nada.

—Un regalo, entonces.

—No, gracias. No es mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo?

—Conseguir las cosas con mi propio esfuerzo.

Rafael sonrió, aunque ella no podía verlo porque estaba muy oscuro. Qué idealista. Y qué refrescante después de las mujeres con las que él solía salir. Tal vez el problema era el tipo de mujeres que le gustaban…

—Después de la carrera tal vez sientas que te lo has ganado, ¿no? O al menos un extra por parte de Esteban por haberte puesto en este aprieto.

—¿Tú vas a darle un extra a Elena?

—Sí —contestó él. Aunque no le dijo que se le acababa de ocurrir.

—El dinero es fundamental para ti, ¿verdad?

—Lo es para todo el mundo.

—No, para mí no. Sobre todo porque no lo tengo —dijo Amalia —. Además, sólo sirve para comprar cosas, no recuerdos.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, las tardes en la playa que solíamos disfrutar con mis padres.

Pasábamos el día en el agua, merendando… echo mucho de menos esos tiempos. Y

las vacaciones de Navidad.

—Hablas de tu vida como si hubiera sido idílica, pero la vida real no suele ser así.

—Tus padres no parecen haber sido un buen ejemplo para tu hermano y para ti.

—¿Ahora eres una experta en mis padres? —exclamó Rafael.

La vieja herida amenazaba con abrirse. Sabía que Amalia tenía razón, pero que sus padres los enviasen a un internado y se olvidasen de ellos cuando se separaron era algo que nunca había logrado olvidar. Él nunca le haría eso a un niño. Y por eso pensaba seguir soltero.

—El dinero puede comprar recuerdos —le dijo, sólo por llevarle la contraria—.

Ganar lo suficiente para hacer lo que quieres con tu vida es estupendo.

—Por eso haces submarinismo, te arriesgas a escalar montañas, a cruzar España en una avioneta de un solo motor… a mí me pareces que estás intentando compensar por algo que te falta.

—No me falta nada. Me va bien en los negocios y puedo pasar mi tiempo libre como me parece.

—Si estuvieras casado, tendrías una familia con la que construir recuerdos.

Además, ¿qué pasará cuando seas mayor y ya no puedas escalar montañas?

Rafael sonrió, burlón.

—No creo que quisiera seguir haciéndolo a los noventa años. Pero tendré mis recuerdos.

—Y a nadie con quien compartirlos —dijo ella.

—¿A quién tienes tú?

—A José, por el momento. Además, espero casarme algún día y tener hijos.

Niños a los que cuidar y un marido con el que hacerme mayor y con el que compartir mi vida.

—No imagino a mis padres sentados en algún porche dentro de veinte años, compartiendo historias de los viejos tiempos.

—Mis padres sí lo hubieran hecho, con un montón de nietos alrededor. Es una pena que tus padres no tengan recuerdos bonitos.

Rafael se sentó sobre la manta para dar por terminada una conversación con la que no se sentía nada cómodo.

—No es una pena, es la realidad. ¿Qué pasa con la gente que no tiene familia?

¿Crees que querrán recordar eso cuando sean mayores?

Amalia se quedó callada y él se levantó para mirar alrededor, pero no había ni rastro del coche de seguimiento.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Aún quedan bocadillos, pero esperaremos al equipo antes de cenar.

—Podrían tardar horas en llegar.

—No, llegarán enseguida, ya lo veras.

—¿Y si no?

—Entonces cenaremos y dormiremos aquí.

—Los dos solos.

—¿Algún problema?

—¿Debería tenerlo?

—Depende de lo que tú consideres un problema.

El corazón de Amalia se aceleró. Imaginaba que podrían pasar muchas cosas…

pero ninguna de ellas sería un problema. A menos que considerase un problema estar perdida en medio del campo con uno de los hombres más guapos de Barcelona.

—Míralo como una gran aventura.

—Yo no soy nada aventurera.

—Pues a lo mejor es hora de que rompas el molde para ver lo que encuentras —rió él, sentándose a su lado—. Suéltate el pelo por una vez, explora cosas nuevas, descubre quién eres de verdad.

—¿Y quién eres tú, Rafael?

—Alguien que espera disfrutar de la vida experimentando todo lo posible.

Navegando, pilotando una avioneta… besando a chicas guapas.

El tono ronco, sensual, puso todos sus sentidos en alerta. ¿Cómo sería ser besada por aquel aventurero?

Estaba a punto de enterarse, pensó entonces, sintiéndose un poco mareada.

—¿Amalia?

La cabeza de Rafael bloqueó las estrellas durante un segundo… antes de buscar sus labios.

Era el momento de tomar una decisión. ¿Debía apartarse, indignada, o dejarse llevar por la curiosidad? Rafael la abrazó, con manta y todo, y siguió besándola con una pasión que hacía que le diera vueltas la cabeza.

Luego se movió un poco, apretándola contra su pecho mientras sus lenguas bailaban una danza antigua como el tiempo. Amalia se sentía como una peonza, era maravilloso. Era lógico que las mujeres quisieran salir con él. Desde luego, sabía besar.

Pero Rafael se apartó unos segundos después, su aliento rozando su cara.

—Lo siento, no he podido resistir la tentación.

¡Que lo sentía! Amalia puso las manos en su pecho para empujarlo.

—Pues intenta controlarte la próxima vez —le espetó, dándose la vuelta para que no viera las lágrimas de humillación en sus ojos.

—Oye, que sólo ha sido un beso —murmuró él, poniendo una mano sobre su hombro—. No significa nada.

Ése era el problema. Era el mejor beso que le habían dado en su vida, pero no había significado nada.

—Siento haberte disgustado, de verdad. No volveré a hacerlo.

Probablemente no. Él estaba acostumbrado a mujeres sofisticadas, no a una secretaria que trabajaba demasiadas horas y tenía demasiadas preocupaciones.

—Creo que nuestra relación debería ser exclusivamente profesional.

—De acuerdo. ¿Amigos otra vez?

—Dudo que tú y yo podamos ser amigos —suspiró Amalia, apartándose. Pero no se atrevía a alejarse demasiado porque todo estaba muy oscuro.

¿Acabarían bajo las mantas, durmiendo bajo las estrellas? Al menos la tormenta con la que amenazaban los mapas meteorológicos no se había materializado. Eso hubiera sido horrendo.

El silencio se volvió incómodo y Amalia se dio cuenta de que no había lidiado bien con la situación. Pero no podía arriesgarse a estar demasiado cómoda con él o acabaría haciendo el ridículo. Tenía que pensar en su hermano, en sus propios sueños.

Media hora después, por fin vieron las luces de unos faros a lo lejos.

—¿Son ellos? —preguntó.

—Probablemente —contestó Rafael, acercándose a la cesta para buscar la radio.

En unos segundos se había puesto en contacto con el equipo y encendió una linterna para indicarles el camino.

Amalia se alegraba infinito de verlos. No quería seguir sola con Rafael ni un minuto más.

Acampar nunca había sido lo suyo, pero con aquellos veteranos acabó siendo divertido. Sobre todo, hacer la hoguera para calentar la cena, que habían llevado en contenedores de plástico.

Después de cambiar las bombonas de propano para el día siguiente, inflaron los colchones de aire para dormir, abrieron los sacos y, en menos tiempo del que imaginaba, Amalia estaba calentita frente a la hoguera.

Miró el cielo durante unos segundos, pero luego cerró los ojos y se quedó dormida… soñando con los asombrosos besos de Rafael

Sandoval.

Él estaba en su saco, mirando el cielo y pensando en el beso. Lo había hecho de broma, pero le había salido el tiro por la culata. Amalia se había enfadado… aunque al principio había parecido disfrutar tanto como él. ¿Quién hubiera imaginado que la discreta secretaria de Esteban Vicente pudiera besar así? Y le gustaría volver a probar; otro beso, para ver si lo que había sentido era real o no, si había alguna chispa entre ellos.

Aunque eso no iba a pasar. Amalia no aprobaba su estilo de vida y, además, quería casarse y tener hijos. Y recuerdos.

Él estaba construyendo sus propios recuerdos, haciendo cosas con las que la mayoría de los hombres sólo podían soñar.

Pensó entonces en las cosas que había hecho durante los últimos años… al final, aquella carrera de globos estaba resultando ser estupenda. Y todo por su reacia pasajera.

Rafael arrugó el ceño. Amalia no era más especial que cualquiera de las otras chicas con las que había salido, se dijo. Era guapa, aunque no llamativa. Tal vez le faltaba la sofisticación a la que él estaba acostumbrado y por eso era una novedad.

Sin embargo, era auténtica. Como la mujer con la que se había casado su hermano.

Pero eso podría cambiar. Podría dejarse seducir por diamantes o vestidos de alta costura, fiestas en embajadas y cruceros de lujo. Él sabía lo que le gustaba a las mujeres. Estaba muy bien hablar de las familias y de los recuerdos, pero le gustaría verla con un vestido fabuloso, un collar de perlas en el cuello, el pelo recogido en un elegante moño francés… podría llevarla a una fiesta o tal vez al baile de Navidad, mostrarle una Barcelona diferente a la que conocía.

¿Y luego qué? ¿Seguir adelante, buscarse a otra? Porque eso era lo que hacía siempre.

* * *

Estaban en el aire a primera hora, antes de amanecer, como era ya habitual.

Amalia había intentado evitarlo mientras preparaban el globo, bromeando y riendo con el resto del equipo. Sólo con él se mostraba distante y Rafael supo que los demás se habían dado cuenta.

En aquel momento estaba sentada en una esquina de la cesta,

mirando hacia arriba. Pero estando sentada no podía ver mucho.

El globo de Esteban no se veía por ningún lado y, satisfecho, Rafael pulsó el mando de los quemadores para aprovechar el viento. Cuanto más lejos estuviera de él, mejor para todos.

Pero a media mañana se había cansado del silencio. Amalia se había quedado medio adormilada y cuando despertó le pidió que se acercase.

—Encárgate de los quemadores, yo voy a beber algo.

—Muy bien.

—¿Quieres agua?

—No, gracias.

Mientras bebía, Rafael buscó con los prismáticos el globo de Esteban hasta que por fin lo localizó. Estaba a bastante distancia de ellos.

—Vamos a ganar con más facilidad de la que creía.

—Genial, mi jefe se pondrá insoportable.

—Será mejor que te prepares —dijo Rafael, levantando los prismáticos de nuevo.

—¿Qué pasa?

—Se acerca una tormenta. Parece que el mapa meteorológico no estaba equivocado.

Las nubes no parecían particularmente amenazadoras, pero ella no era una experta. ¿Las corrientes de aires no los alejarían de la tormenta?, se preguntó, antes de comentárselo a Rafael.

—Depende de si la tormenta se mueve más rápido que la corriente de aire que nos empuja.

Luego se puso en contacto por radio con el equipo para darles las coordenadas de GPS y les pidió que llamaran en cuanto avistasen el globo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Amalia.

—Ahora vamos a ver dónde podemos descender para cambiar las bombonas. Y, si es posible, evitar la tormenta.

Capítulo 7

Amalia, apoyada en el borde de la cesta, veía cómo las nubes se acercaban cada vez más. Apenas podía distinguir el globo de Esteban y, poco antes de comer, no podía ver nada en absoluto.

—¿Vamos a bajar pronto?

—No, el aire se ha enfriado, de modo que podemos seguir aquí durante un tiempo. Tenemos suficiente propano, así que iremos lo más rápido posible.

—¡Mira, ahí hay un pueblo!

—Es mejor que sigamos adelante.

—¿Qué quieres, descender en medio de las montañas? El equipo no nos encontraría nunca.

—Sí nos encontrarán, no te preocupes. Pero si podemos seguir durante veinte o treinta kilómetros más, hay un valle que sería perfecto. Y un pueblo cerca de ese valle, así que podríamos darnos un baño caliente y dormir en una cama esta noche.

—Ah, entonces voto por eso —sonrió Amalia, percatándose de que ya no tenía tanto miedo como el primer día… a menos que mirase directamente hacia abajo.

—¿En qué estás pensando?

—Que tal vez, sólo tal vez, esto no es lo peor que me ha pasado nunca.

Rafael rió.

—¡Es emocionante!

—Sigo sin poder mirar hacia abajo, pero ya no me da miedo cuando se mueve la cesta.

—Ah, entonces aún podemos convertirte en una aficionada — dijo él.

—Lo dudo. Aún quedan muchos días.

—¿Lamentas haber venido?

—No tanto como pensaba.

—Sabía que serías sincera —asintió Rafael.

Ella apartó la mirada. No había sido sincera sobre el beso, pero no podía decírselo.

—Amalia, ¿saldrías conmigo cuando volvamos a Barcelona?

Amalia se volvió, atónita.

—¿Qué?

—Podríamos ir al ballet, al Liceo, a cenar, a bailar. Donde tú quieras.

Estuvo a punto de decir que sí, pero después negó con la cabeza.

—No soy tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo?

¿Tenía que preguntar? Apoyado cómodamente en la cesta, Rafael Sandoval personificaba al… Amalia no sabía cómo definirlo, el macho ganador tal vez. Tenía un cuerpo atlético, la piel morena de estar al aire libre, el pelo oscuro y espeso, unas facciones de escándalo…

—Por lo que he visto en Teresa Velázquez, todo lo contrario a mí.

—Ah, un buen vestido, unas sandalias de tacón y un diamante o dos y no tendrías rival. Además, tú eres mucho más interesante que Teresa. A ella sólo le interesa que la vean en los sitios adecuados con las personas adecuadas.

—¿Crees que no está interesada en ti?

—Está interesada porque le gusta mi dinero. Si fuera un albañil no me habría mirado siquiera.

Amalia parpadeó, aún más sorprendida por su sinceridad.

—¿Y por qué crees que yo no saldría contigo por tu dinero?

—Por el momento, no pareces impresionada en absoluto. Así que podría comprarte un vestido o dos, alguna joya y saldríamos a cenar…

—No, gracias por la invitación —lo interrumpió ella, haciendo una mueca—. Prefiero comprarme mis propios vestidos. Y prefiero no salir contigo.

—¿Por qué no? —insistió Rafael. Pero Amalia se limitó a sacudir la cabeza—. ¿Simplemente no? Tiene que haber alguna razón.

—Simplemente no.

Rafael dio un paso adelante y levantó su barbilla con un dedo.

—¿Por qué?

Parecía estar leyendo su alma con esos ojos tan oscuros. Afortunadamente, no podía ver el barullo de emociones que había allí, exacerbado por el roce de su mano.

—Eres demasiado peligroso —dijo por fin.

—¿Por qué?

—Déjalo ya Rafael, sólo estás aburrido. No quieres salir conmigo… quieres salir con un clon de Teresa. Si quieres llevarme a algún sitio, me llevarás tal como soy, no convirtiéndome en otra persona.

Él la estudió durante unos segundos y luego, asintiendo con la cabeza, dio un paso atrás.

Y Amalia respiró profundamente antes de darse la vuelta, por si acaso olvidaba el sentido común y se echaba en sus brazos.

El globo hizo un giro entonces, lo bastante rápido como para asustarla. La barquilla se balanceó.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada.

Rafael miró hacia arriba mientras pulsaba el mando de los quemadores y Amalia vio que las nubes estaban muy cerca, mucho más cerca que antes.

—Creo que nos ha pillado la tormenta.

El cielo se había vuelto gris y las turbulencias eran más fuertes de lo que había experimentado hasta entonces. Amalia buscó el otro globo, pero no podía encontrarlo.

—¿Crees que Esteban ya ha descendido?

—Tu jefe no es tonto, de modo que seguramente estará haciéndolo en este momento. Mantén pulsado el mando hasta que haya llegado a la temperatura máxima —Rafael tomó la radio para llamar a su equipo pero, de nuevo, la conexión era dificultosa.

Y cuando preguntó por la dirección del viento la respuesta no fue muy tranquilizadora: el frente se movía más rápido de lo que habían anticipado y el consejo de Manuel era buscar un sitio para descender lo antes posible.

—¿Estáis muy lejos de nosotros?

—Estamos buscándoos con el GPS ahora mismo, pero no os encontramos. Yo diría que habéis adquirido mucha velocidad debido al frente tormentoso.

Rafa miró hacia abajo buscando un sitio para descender, pero estaban en medio de una sierra y no había ningún prado o valle cercano. Podrían descender allí mismo, pero no había ninguna carretera y su equipo no sería capaz de llegar hasta ellos. No, prefería descender en algún sitio cerca de la civilización.

—Vamos en dirección noroeste. ¿Hay algo en el mapa en esa dirección?

—Espera, voy a mirar.

Amalia escuchaba, intentando controlar el miedo, y Rafael le hizo un guiño mientras esperaba.

—Si seguís por ese rumbo hay una zona abierta a unos cuantos kilómetros —oyó luego la voz de Manuel—. Pero no hay ninguna carretera y, por la posición del GPS, estáis a unos treinta y cinco kilómetros de nosotros. Si cambias de dirección, envía la señal que acordamos.

—De acuerdo. Corto y cierro.

—¿Cuál es la señal? —preguntó Amalia.

—Una llamada de radio cada media hora para ahorrar batería.

—¿Y eso funciona?

—No lo sé, nunca he tenido que usarla. Y tampoco pienso hacerlo hoy.

Rafael se daba cuenta de que iban más rápido que el día anterior, pero no sabía si subir o bajar para encontrar una corriente de aire más estable, de modo que se mantuvo ocupado con los quemadores durante un tiempo. Y Amalia estaba demostrando ser mejor ayuda de lo que esperaba.

—Vamos a buscar un sitio en el que descender…

—Oh, no, relámpagos.

Él miró hacia atrás. La tormenta aún estaba lejos, pero otro relámpago demostró que iba a ser muy fuerte.

—Vamos a empezar a bajar ahora mismo. Buscadnos en la dirección que os he indicado —le dijo a su equipo por radio—. Amalia, no enciendas los quemadores a menos que yo te lo diga.

Quería estar en el suelo y construir algún tipo de refugio antes de que estallase la tormenta. No podía dejar que el *nylon* del globo se mojase porque tardaría un día o dos en secarse y, de ser así, podía dar la carrera por perdida.

Amalia no dijo una palabra y Rafael tampoco dijo nada. Le gustaría poder tranquilizarla, pero sabía que sólo se quedaría tranquila cuando estuvieran en tierra firme.

La barquilla se balanceaba más que nunca, pero él estaba demasiado ocupado preparando el descenso y sólo pudo decirle que se agarrase a algo.

El globo empezó a dar vueltas, la cesta balanceándose precariamente. Incluso él tenía problemas para mantener el

equilibrio y un golpe de viento tiró a Amalia al suelo. Pero se levantó enseguida, agarrándose al borde de la cesta, pálida como un cadáver.

—¿Vamos a estrellarnos?

—No.

Y, sorprendentemente, no lo hicieron. Descendieron sobre una zona sin árboles, tirando del cordón de emergencia, pero Rafael sabía que el aterrizaje iba a ser brusco.

—Toma una de las cuerdas para anclarla a lo que encuentres. Yo te seguiré con la otra.

La cesta golpeó el suelo con fuerza y la bolsa estuvo a punto de caer sobre ellos, sin aire. Amalia, sin embargo, saltó como una experta y Rafael se reunió con ella unos segundos después… pero no parecía haber ninguna piedra o tocón donde anclar el globo.

Amalia hacía lo que podía para que el peso de la cesta no le quitase la cuerda de las manos. Nunca había tenido que esforzarse tanto en toda su vida, pero logró no soltarla.

—Bien hecho —dijo Rafael, moviéndose un poco hacia la izquierda para atar su cuerda a un grupo de piedras. No parecía un ancla muy sustanciosa, pero Amalia había aprendido a confiar en él —. Vamos a hacer lo que podamos antes de que empiece a llover.

—De acuerdo.

Entre los dos, y con la ayuda del viento, empezaron a doblar la bolsa para que no se mojara, pero antes de que hubiesen terminado empezaron a caer las primeras gotas.

—Vamos a darle la vuelta a la cesta y nos refugiaremos dentro —dijo Rafael, mientras sacaba la lona para tapar el *nylon* doblado —. Hay que apoyar un lado de la cesta sobre estas rocas para poder entrar y salir…

Una vez hecho, no sin esfuerzo, Amalia se dejó caer en el angosto interior del refugio, agotada. Rafael se reunió con ella unos segundos después.

—Si llueve mucho nos mojaremos igual. La cesta es de mimbre y sólo estamos protegidos por tres lados.

—Pero nos quedaremos aquí, ¿no?

—Es la mejor manera de que nos encuentren.

—¿Cómo van a saber dónde buscarnos?

—Nos encontrarán, tranquila.

De modo que se quedaron sentados, esperando.

—¿Hay alguna carretera por aquí?

—He visto un camino de tierra mientras descendíamos y cada media hora enviaremos una señal de radio para ver si nos localizan. Y lo harán tarde o temprano, no te preocupes.

Amalia se quedó callada un momento.

—Creo que te ha gustado ese brusco descenso.

Rafael rió, pasándole un brazo por los hombros.

—Es emocionante. El hombre contra la Naturaleza… especialmente con una tormenta. No esperaba que nos pillase antes de que llegáramos al suelo, pero nos las arreglaremos.

—No ha sido tan horrible. Todo ha sido tan rápido que no me ha dado tiempo a tener miedo.

—Lo has hecho muy bien, Amalia. Me alegro de que estuvieras tú conmigo en lugar de…

No terminó la frase, pero ella sabía que estaba pensando en Teresa. Y, por un momento, se alegró de haberlo hecho mejor que la otra mujer. Pero sólo un momento porque enseguida empezó a preocuparse por su situación. ¿Y si no los encontraban?

Estaban en medio del campo, en las montañas, bajo una tormenta.

—¿Tú vas de acampada a menudo? —le preguntó.

—Lo he hecho alguna vez. Hoy está lloviendo, pero cuando hace buen tiempo es muy agradable. Alejarse de la ciudad, ver las estrellas y sentir que estás en medio de ninguna parte… es estupendo. Admite que lo de anoche no estuvo mal.

—Sí, bueno…

En realidad, estaba sorprendida. Había esperado que Rafael se enfadase por la tormenta, por estar perdiendo el tiempo, por la circunstancias. Y, sin embargo, parecía aceptarlo todo sin ningún problema.

Él intentaba ponerse en contacto por radio con el equipo, pero nadie respondió.

Lo intentó de nuevo y el resultado fue el mismo.

—Será mejor que nos pongamos cómodos hasta que lleguen —suspiró, colocando las mantas en el suelo.

Amalia se preguntó cuánto tiempo tardaría la lluvia en colarse por el mimbre de la cesta. Y mientras estaba preguntándoselo, le

cayó una gota en la nariz.

—Me parece que nuestro refugio tiene goteras.

Murmurando una palabrota, Rafael sacó una lona de plástico de uno de los bolsillos de la cesta; no era tan grande como la que cubría el globo, pero serviría para evitar que se mojasen. Salió luego del refugio y, luchando contra la lluvia, sujetó la lona con piedras hasta que la cesta estuvo más o menos tapada.

—Bueno, es lo único que podemos hacer —suspiró luego.

—¿No se la llevará el viento?

—Esperemos que no. Lo que más me preocupa es que se moje el globo.

Claro que si su globo se mojaba también se mojaría el de Esteban y así podrían cancelar la apuesta, pensó Amalia. O decidir el resultado basándose en la distancia que se llevaban el uno al otro hasta aquel momento. Y así podría irse a casa.

—¿Tienes frío?

—Un poco —contestó ella. Tenía dos opciones: sentarse en la manta o abrigarse con ella y decidió hacer lo primero porque el suelo estaba helado. Una pena que no llevasen los sacos de dormir.

Rafael le pasó un brazo por los hombros y colocó la segunda manta sobre sus piernas.

—Es mejor el calor humano, pero dentro de un rato tendrás que levantarte de la manta para que nos abriguemos con ella.

—Muy bien.

—Lo más interesante de ti es que apenas te quejas. Has tenido un montón de razones para quejarte… de las circunstancias, del tiempo, de todo.

—No es culpa tuya que se haya puesto a llover.

—Eso no evita que la gente se queje —rió él—. Tienes frío —murmuró luego, frotando sus manos.

—No, estoy bien, no te preocupes.

O tan bien como podía estarlo pegada a Rafael.

—Vamos a taparnos con tu manta.

—Entonces estaremos sentados en el suelo.

—Ah, entonces tendré que darte calor —murmuró Rafael, enredando los brazos en su cintura—. ¿Así estás mejor?

Era como un horno, pensó Amalia. Generaba suficiente calor como para mantenerla calentita durante toda la noche.

—Sí, gracias.

El viento seguía soplando y el sonido de la lluvia golpeando la lona de plástico que cubría la cesta parecía inusualmente violento, pero ella empezó a relajarse.

Estaba seca, calentita y cómoda.

Y con Rafael Sandoval.

¿Qué más podía pedir?

—Bueno, háblame de esa familia que piensas tener algún día.

—¿Para que te rías de mí? No, gracias.

—No voy a reírme de ti. Que el matrimonio no sea para mí no significa que no sea para otras personas. Yo tengo un par de amigos felizmente casados —dijo Rafael

—. ¿Piensas casarte a los treinta, tener un par de niños y vivir en un apartamento con un jardín en la terraza o algo así?

—No lo sé. No hay ninguna garantía de que vaya a encontrar al hombre de mi vida. Pero si lo encuentro, quiero formar una familia. Y me gustaría vivir cerca de la playa porque me encanta el mar.

—Yo podría llevarte a navegar.

Amalia no se molestó en contestar.

—Luego, cuando llegase el momento, tendríamos hijos… pero que no se llevasen tantos años como José y yo. Nos llevamos once años y eso es mucho.

—¿Y cómo sería el marido de tus sueños?

Amalia arrugó la nariz.

—Serio, responsable, maduro. Tendría un buen trabajo y le gustaría pasar tiempo con su familia.

—¿Nada de vacaciones ni fiestas?

—Un par de semanas viajando por ahí no estaría mal. Hay muchos sitios en Europa que me gustaría visitar.

—Pero nada de acampadas —rió Rafael.

—No lo creo —sonrió Amalia—. ¿Y cómo ves tu futuro? ¿Piensas seguir saliendo con una chica diferente cada semana, haciéndote mayor mientras ellas se vuelven cada día más jóvenes? ¿No te cansas de una vida tan superficial?

—Veo que tienes muy mala opinión de mí.

No le había gustado nada esa imagen. Además, en los últimos dos años no había salido tanto. No le importaba pasar tiempo sólo y le encantaba estar en casa leyendo un buen libro o viendo algún

partido en televisión.

—De tal palo, tal astilla —dijo Amalia.

—Vaya, gracias. Lo estás arreglando.

¿Era así como lo veían los demás?, se preguntó. ¿Un *playboy* frívolo como su padre?

—¿Te has preguntado alguna vez qué busca un hombre mayor en una chica joven? No pueden tener nada en común.

—Algunas mujeres dirían lo que un hombre quiere escuchar sólo para tenerlo entretenido.

—Qué horror, yo me volvería loca. Prefiero sinceridad por ambas partes.

—Estoy de acuerdo —dijo Rafael.

Una de las razones por las que salía con tantas chicas era que se cansaba de las conversaciones sin sentido: «sí, Rafael, tienes razón, Rafael». Lo que quería era alguien que lo retase, que le llevase la contraria, que discutiera con él.

Y sospechaba que Amalia era exactamente ese tipo de mujer.

—¿Cómo te llevas con Esteban?

—Bien. Él intenta salirse con la suya y lo consigue casi siempre, pero yo intento pararle los pies. Sobre todo en lo que se refiere a mis horas libres.

Mientras esperaban que pasara la tormenta charlaron sobre música, cine y literatura. Aunque eran dos personas muy diferentes, con diferentes experiencias de la vida, descubrieron que tenían gustos parecidos… salvo los deportes de riesgo.

Rafael se apartó un momento para buscar unos bocadillos y, al perder su calor, Amalia se sintió extrañamente helada. Comieron rápidamente y, mientras lo hacían, se acercaron el uno al otro, como si siempre hubieran sido una pareja.

La lluvia se había convertido en un golpeteo repetitivo sobre la lona y las horas pasaban muy despacio.

—Háblame de tu casa —le dijo, para saberlo todo sobre él. ¿Cuándo iba a volver a tener una oportunidad así?

—Es una casa construida sobre el mar… de piedra y cristal. La compré hace ocho años y tengo un ama de llaves que se encarga de todo.

—Es grande, imagino.

—Demasiado grande para un hombre solo, pero también es una

inversión para el futuro. Cada día que pasa aumenta de valor.

—¿Ves tu casa como una inversión, no como un hogar?

—No paso mucho tiempo allí —dijo él. En realidad, no estaba particularmente atado a esa casa. Si la vendía, al día siguiente compraría otra—. Además, sólo es un montón de piedras y cristal.

—Una casa debería ser algo más que eso. Debería ser cómoda para poder descansar, un sitio en el que te sientas seguro, en el que puedas olvidarte del mundo.

—¿Tu apartamento es eso para ti?

—Sí, bueno, intento que lo sea. Cuando éramos pequeños vivíamos en una casa…

Amalia se quedó callada un momento y Rafael sintió una punzada de envida.

Por lo que le había contado, su familia no se parecía nada a los Sandoval.

—¿Te quedarás allí cuando tu hermano se marche?

—Seguramente. El alquiler es asequible, aunque me encantaría tener un sitio con jardín y, si fuera posible, con vistas al mar.

Él tenía hectáreas de terreno, jardines y una fabulosa vista del Mediterráneo.

¿Le gustaría a Amalia su casa?, se preguntó. Rara vez invitaba a una mujer porque prefería mantener esa parte de su vida para sí mismo y, sin embargo, desearía ver la expresión de Amalia cuando le enseñase el mar desde el salón. Seguro que le encantaría… y a él le encantaría enseñársela.

Aunque la decoración era muy masculina, con muebles muy modernos. Lo que había visto de su apartamento era acogedor, lleno de cosas, pero nada moderno. Y, sin embargo, tenía cierto atractivo. De hecho, eso era lo que hacía que Amalia fuera diferente a las otras chicas. Era más anticuada, al menos en cuanto a su visión de la familia… y la decoración.

Durante el transcurso de la tarde Rafael había intentado ponerse en contacto con Manuel innumerables veces, pero no sirvió de nada. Tenía mucha fe en su equipo, pero sin saber dónde había descendido el globo y sin poder ponerse en contacto por radio, las posibilidades de que los localizaran eran muy escasas.

—Vamos a pasar la noche aquí, ¿verdad? —suspiró Amalia.

—No he visto ningún pueblo cerca —suspiró él—. Si ha dejado

de llover por la mañana y el globo está seco podremos elevarlos nosotros mismos. Luego nos pondremos en contacto con el equipo y descenderemos para cambiar las bombonas en cuanto nos hayan localizado.

—Me gustaría llamar a José para decirle que estoy bien. Además, mañana se marcha al campamento y quiero decirle adiós.

—Pero él sabía que esto era una aventura y que no siempre tendríamos claro dónde íbamos a descender.

—Es él quien debería estar aquí, le habría encantado.

—Pero tú estás acostumbrándote, ¿no? —sonrió Rafael.

—Estoy acostumbrándome, sí. Qué remedio —sonrió Amalia—. La verdad, es increíble que no me haya puesto enferma. Pero no se te ocurra pensar que quiero hacerlo otra vez. Si tú no me hubieras obligado…

—Oye, culpa a tu jefe. Él no me dejó ninguna alternativa.

—Pienso decirle cuatro cosas, no te preocupes.

Rafael sonrió.

—Se lo merece.

—Y la verdad es tú no eres como yo esperaba.

—¿Ah, no? ¿Y cómo esperabas que fuera?

—Arrogante, egocéntrico, egoísta, tirano. Aunque actúas así algunas veces, la verdad es que he visto cómo tratas a tu equipo… y no te haces el importante, como Esteban. Tratas a la gente con respeto.

Rafael soltó una carcajada.

—Me pondrían en mi sitio si intentara decirles lo que tienen que hacer. Son mis amigos, Amalia. No son amigos íntimos, pero a todos nos gustan estas aventuras y confío en ellos.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, me he dado cuenta.

—Así que no me doy aires como Esteban, ¿eh?

—Mi jefe se cree el ombligo del mundo o algo así. Le gusta que la gente esté todo el día dorándole la píldora.

—Por favor, no me compares con Esteban. Él y yo somos completamente diferentes.

—Lo sé. Tú eres más ético y te tomas tu palabra muy en serio.

—Pues claro.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Para no ser como mi padre —contestó Rafael. Lo había dicho sin pensar y se arrepintió de inmediato.

—¿Y eso?

Ahora tendría que explicárselo, pensó, molesto. No sabía qué tenía Amalia que hacía que se mostrase tan franco.

—De niños, mi padre nos decía todo el tiempo que iba a llevarnos a un sitio o a otro, pero nunca era verdad. Siempre encontraba algo más interesante que hacer.

Atender a sus hijos no era una de sus prioridades.

—Tu padre es muy diferente al mío. A él le encantaba estar con nosotros. ¿Por qué tener hijos si no piensas pasar tiempo con ellos?

—Yo me he preguntado eso a menudo. Probablemente para dejarle a alguien la fortuna familiar.

—Siempre se puede dejar a alguna organización benéfica. Los niños necesitan algo más que dinero; necesitan cariño, protección, seguridad, abuelos, tíos…

—La vida no es así, Amalia. No es un cuento de hadas.

—Pero debería ser así.

—La gente es egoísta. A mis padres no les gustaba tener que estar atados a sus hijos y contrataban niñeras para que hicieran ese trabajo por ellos. Y cuando se hartaron de tenernos en casa nos enviaron a un internado.

—A mí me parece horrible. Una vez que tienes hijos, ellos deberían ser lo primero… al menos durante los primeros años.

—En fin, evidentemente mis padres no pensaban como tú —murmuró Rafael.

—Mis padres no tenían familia, tal vez por eso estábamos tan unidos. Mi madre sufrió dos abortos entre mi hermano y yo, pero siguió intentando tener más hijos. De verdad querían una familia.

—¿Y tú vas a ser como ella? ¿Tendrás hijos para completar tu vida, los pondrás a ellos por encima de todo lo demás?

Una pregunta tonta porque Amalia ya había dejado bien claro que sería así.

Además, ni siquiera tenía que decirlo; era evidente que la unía un lazo casi maternal con José.

—Pienso ser la mejor madre posible. E imagino que tú harás lo mismo.

—¿Yo? Yo ni siquiera tengo intención de casarme.

—¿Y si te enamoras locamente de alguien?

—Tengo treinta y cuatro años y no he conocido a nadie con quien quiera pasar el resto de mi vida.

—Nunca se sabe.

—Ah, vaya, ¿ahora eres el oráculo?

Amalia sacudió la cabeza, exasperada.

—Estoy intentando decir que si te casaras y tuvieras hijos, seguramente serías un padre estupendo.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—No te conozco mucho, pero compartir este viaje contigo me ha enseñado algunas cosas.

—Yo no pienso casarme y tampoco pienso tener hijos.

—Pero eres un hombre guapísimo y las mujeres te persiguen. Tarde o temprano encontrarás a una que te resultará irresistible, ya lo verás.

Rafael soltó una carcajada.

—Las mujeres no me persiguen.

—¿Ah, no? Entonces es que estás ciego.

—Estás confundiendo a la gente que quiere algo de mí con gente que quiere ser amiga mía. Hay una gran diferencia.

Amalia se quedó callada un momento.

—¿Es horrible no saber nunca si la gente está contigo porque te aprecia o porque quiere algo de ti?

—No es horrible, pero… —Rafael no terminó la frase.

—¿Pero qué?

—Nada. En cualquier caso, si no confío en la gente, ¿cómo voy a casarme?

—Encontrarás a alguien que no te quiera por tu dinero, ya verás. Y cuando tengas hijos, querrás ser un padre diferente al tuyo. Tienes dinero suficiente como para no estar todo el día trabajando, de modo que podrás atender a tu familia como es debido. ¿No te habría gustado que tu padre pasara tiempo contigo y con tu hermano?

—Pues claro, pero yo no voy a casarme y no voy a tener hijos —insistió Rafael.

Y no pensaba seguir hablando del asunto. Él no compartía esas cosas con nadie más que con su hermano.

Pero, por un momento, se preguntó cómo sería tener hijos con

Amalia. Niños y niñas felices, rodeados de amor. Los hijos de Amalia serían afortunados de tenerla como madre y casi envidiaba su futuro.

—Tú sigue diciéndolo y a lo mejor te convences a ti mismo.

—No tengo que convencerme, estoy seguro. ¿Por qué crees que me casaré algún día?

—Porque creo que sería un desperdicio que un hombre como tú no se casara.

—¿Qué significa eso?

—Que sería una pena que tus genes se perdieran. Eres demasiado guapo.

Evidentemente estaba tomándole el pelo, pero Rafael se sentía fascinado. Era guapa, sin pretensiones, sin maquillaje. La ropa que llevaba no era de firma, pero sí de buena calidad, aunque estaba arrugada. Y había algo especial en ella, algo que hacía imposible dejar de mirarla.

¿Cómo sería el hombre que le robara el corazón?, se preguntó. Por primera vez en su vida, Rafael sintió una punzada de pena por el futuro que tenía planeado para sí mismo.

—¿Tienes frío? —le preguntó para cortar tales pensamientos.

—Un poco.

El viento había amainado, pero la temperatura estaba descendiendo por minutos.

—Pronto será de noche, así que lo mejor será resignarnos a dormir aquí y esperar que la mañana llegue lo antes posible.

—¿Y cómo vamos a dormir en un sitio tan estrecho?

—¿Tienes algún otro plan?

Amalia sabía que no había alternativa. Estaba rezando para oír el claxon de la camioneta o ver los faros entre los árboles, pero temía que no llegasen. En otras circunstancias habría sido emocionante pasar la noche con Rafael Sandoval, pero cuanto más tiempo pasaba con él más se daba cuenta de lo diferentes que eran. ¿La vería de otra forma si llevase un elegante peinado o ropa de diseño? Seguramente no y, además, ella no querría basar una relación en algo tan superficial como el aspecto físico. Ella quería enamorarse y encontrar la felicidad que habían encontrado sus padres.

¿Pero cómo sería estar casada con Rafael, llegar a casa por la

noche y hacer la cena juntos, charlando sobre lo que habían hecho durante el día? ¿Besarse mientras cortaban las verduras, haciendo planes para las vacaciones? Conociéndolo de verdad y dejando que él la conociera…

Amalia cerró los ojos mientras soñaba con algo que nunca podría ser. Y, después, decidió disfrutar del tiempo que estuvieran juntos.

—Bueno, ¿entonces cuál es el plan? —le preguntó.

Capítulo 8

—Pondremos una de las mantas debajo para no perder el calor y nos envolveremos con la otra. Al menos no entra la lluvia gracias a la lona.

Iban a dormir juntos, eso era lo que estaba diciendo. Sí, bueno, habían dormido uno al lado del otro en el saco, pero separados.

¿Dormir con Rafael? No sabía si podía hacer eso. ¿Y si en medio de la noche le pasaba un brazo por encima o algo así? ¿Y si Rafael descubría sus sentimientos?

Entonces tendría que volver andando a Barcelona.

Claro que prácticamente había estado sentada en su regazo toda la tarde y aquello sería más de lo mismo.

—Si cada uno se envolviera en una manta estaríamos cubiertos por todas partes.

—Olvidas el calor corporal —le recordó Rafael—. Sólo así podremos dormir un rato.

—Ah, claro.

Dormir prácticamente al raso no era algo normal para ella, pero sabía que con Rafael no había ningún riesgo. Y se estaba mucho mejor a su lado.

—Relájate —dijo él, poniendo un brazo sobre sus hombros.

Pero Amalia no podía relajarse.

—Estoy bien.

—Estás tiesa como un palo. No voy a morderte.

Ella respiró profundamente, pero al hacerlo sus pechos rozaron el brazo masculino. No, no iba a pegar ojo esa noche… entonces, de repente, Rafael le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué haces?

—Intentando que entres en calor —contestó él, sin dejar de besarla.

—No deberías hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque casi no nos conocemos —Amalia se aclaró la garganta porque apenas le salía la voz.

—Pues entonces deberíamos conocernos mejor.

—Pero después de la carrera seguramente no volveremos a

vernos nunca…

—Sólo estamos intentando dormir un rato, Amalia. No estamos haciendo un compromiso de por vida.

—Lo sé —dijo ella—. Yo no soy tu tipo.

—¿Es que tengo un tipo? —sonrió Rafael.

—Sofisticada, moderna, estilosa —Amalia intentó concentrarse en la conversación y no en el escalofrío que la recorría cada vez que la rozaba.

—A lo mejor porque no te había conocido —dijo él, besando de nuevo su mejilla, peligrosamente cerca de sus labios.

—No me tomes el pelo, Rafael.

—Llámame Rafa, todos mis amigos lo hacen. Aunque ellos nunca han estado tan cerca… —murmuró, antes de buscar sus labios. La besó como la había besado aquella noche, enredando los dedos en su pelo, apretándola contra su pecho. En un segundo, Amalia pasó de intentar apartarse a acurrucarse contra él todo lo que le era posible. ¿Era la fruta prohibida, tan deseable por ser inalcanzable?

El tiempo pareció detenerse. Fuera estaba oscuro, pero en su mente había un caleidoscopio de colores. El frío quedó atrás y, disfrutando del calor del cuerpo masculino, Amalia no quería que aquel momento terminase nunca.

No sabía cuánto tiempo habían estado besándose, pero cuando Rafael por fin abandonó sus labios para besarla en el cuello, Amalia intentó recuperar el control.

El equipo de seguimiento llegaría en cualquier momento.

Y ella tenía que cuidar de su hermano.

Rafael era un conocido mujeriego.

Ella era la cabeza de familia y tenía responsabilidades.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás intentando seducirme? —le preguntó, casi sin voz.

Rafael lo haría en un segundo si pensara que era esa clase de mujer, pero sabía que no lo era.

—No, pero lo estoy pasando muy bien contigo. No intento seducirte, Amalia, éste no es el sitio adecuado para hacerlo.

—Maldita sea —murmuró ella entonces. Rafael la miró, sorprendido.

—A menos que tú…

—No, no… déjalo. Esto no puede ir a ningún sitio.

—¿Por qué?

—Por toneladas de razones, pero sobre todo porque yo no soy de las que se acuestan con cualquiera.

Rafael vaciló un momento. Si lo intentaba de verdad, ¿lograría convencerla? No, nunca haría eso. Amalia era especial.

—Entonces vamos a dejarlo. Pero si cambias de opinión dímelo, ¿eh?

—Tú serás el primero en saberlo —sonrió ella, apoyando la cara en su pecho.

Si alguno de sus amigos lo viera ahora se reiría de él, pensó Rafa. Abrazar a Amalia y tenerla tan cerca lo hacía fantasear con hacer el amor con ella. Pero si insistía, corría el riesgo de alejarla del todo y no era un riesgo que quisiera correr.

Sin embargo, le gustaría conocerla mejor, hacer que ella lo conociera y ver dónde los llevaba eso…

Podría llevarla a la Cámara de Comercio de Barcelona para ver cómo su jefe le entregaba el cheque de cincuenta mil euros. Al fin y al cabo, ella había tomado parte en la carrera y merecía ese reconocimiento. Podía imaginarla con un bonito vestido de color granate, sus ojos brillantes de felicidad. Cenarían allí y luego la llevaría a bailar hasta altas horas de la noche.

—¿Amalia?

Ella no contestó. Se había quedado dormida. Sonriendo, Rafael la arropó con la manta e intentó relajarse. Nunca había pasado una noche con una mujer en aquellas circunstancias. O con una que insistiera en que no tenían nada en común. Sin embargo, por la mañana despertarían juntos…

Amalia hacía que se sintiera vagamente insatisfecho con su vida, pero hasta aquel momento iba exactamente como él quería. Lo de la familia, los hijos y una sola mujer para siempre no era su idea de la felicidad.

Había dejado de llover durante la noche y cuando despertó, antes del amanecer, lo recibió el silencio. Apartándose de Amalia con cuidado para no despertarla, Rafael la arropó con la manta y salió de la cesta para echar un vistazo.

Las nubes habían desaparecido y hacía fresco, pero no era desagradable. Al mirar su reloj comprobó que aún faltaba una hora para el amanecer, pero podían empezar a inflar el globo para

ascender en cuanto empezase a asomar el sol… si el *nylon* no se había mojado. Si estaba mojado, a saber cuándo podrían emprender el viaje.

—¿Rafael?

—Sí, estoy aquí.

—¿Es hora de irnos?

—Tenemos que inflar la bolsa, pero hay que esperar a que haya un poco más de luz. Con un poco de suerte, estará seco.

—¿Podemos hacerlo entre los dos o hay que esperar al equipo?

—Podemos hacerlo entre tú y yo —contestó él.

No sería fácil, pero tenían que hacerlo si querían ganar la carrera. Claro que tal vez Esteban tampoco había encontrado refugio y, como ellos, había tenido que pasar la noche al aire libre.

Gracias a la lona, el *nylon* del globo no se había mojado y entre los dos consiguieron enderezar la cesta y empezar a insuflar aire en la bolsa.

—¿Tú crees que ascenderá?

—Espero que sí, tenemos propano suficiente.

Estaban tardando más de lo normal y podía ver una mancha marrón en lo más alto, barro seguramente. Esperaba que no fuese un estorbo para la ascensión.

Amalia miraba el globo para no mirar a Rafael. Se sentía incómoda después de la noche anterior. ¿Sería lo bastante astuto como para darse cuenta de que en sus besos había algo más que mera amistad?

No había pasado nada… salvo que se estaba enamorando de él. Pero Rafael no había querido hablar del asunto por la mañana. Claro que ¿por qué iba a hacerlo?

Ella no era más que otro nombre en una larga lista.

Una hora y media después, la cesta empezó a levantarse del suelo. Pero para entonces Amalia ya se había acostumbrado y no se asustó. Mirando el horizonte, pensó que estaban elevándose a buena velocidad. El aire caliente era más ligero que el aire frío de la noche.

Le gustaba aquello, pensó entonces, sorprendida. Ya no estaba nerviosa siquiera.

Rafael tomó los prismáticos para mirar alrededor.

—Ya veo a Esteban.

—¿Está cerca? —preguntó ella.

—Mientras sigamos con esta corriente y a esta velocidad, no nos alcanzará. Pero nosotros no tenemos las bombonas llenas y habrá que descender para cambiarlas.

Poco después, Rafael lograba ponerse en contacto con el equipo para dar las indicaciones precisas.

—Sí, ése es el plan —concluyó antes de cortar la comunicación.

Había un pueblo cerca y su equipo de seguimiento iba hacia allí con la esperanza de encontrar un campo abierto para cambiar las bombonas.

—¿Esteban nos adelantará si paramos?

—Depende —Rafael se encogió de hombros—. No sé si lleva las bombonas llenas o también tiene que descender.

Amalia esperaba que también tuviera que cambiar las bombonas. En realidad, esperaba ganar aquella carrera casi tanto como Rafael. Al fin y al cabo, era su copiloto y pensaba hacer todo lo posible para que Esteban no se llevara la gloria después de todo lo que había sufrido por su culpa.

Poco después veían un campo de fútbol, pero estaban demasiado cerca y Amalia no sabía cómo iba a maniobrar Rafael para aterrizar justo en el sitio en el que quería. Y, sin embargo, lo consiguió. En el centro del campo, sobre la hierba.

—¡Lo has hecho! —gritó, echándole los brazos al cuello.

Rafael la tomó por la cintura y dio una vueltecita en el interior de la cesta, besándola en los labios.

—Tenemos que sujetar las cuerdas —dijo luego.

Amalia ya conocía bien la rutina, de modo que saltó de la cesta para buscar algún sitio en el que anclarlas. Pero en el campo de hierba no había nada más que eso, hierba.

—No te preocupes, el globo está desinflándose. Nosotros mismos sujetaremos las cuerdas hasta que llegue el equipo. Deben estar a punto de llegar.

La camioneta apareció poco después y Julio los llevó al pueblo para que tomasen algo caliente mientras los demás examinaban el globo y cambiaban las bombonas.

—No hay tiempo para ducharnos —dijo Rafael—. Sólo podemos comer algo y cambiarnos de ropa.

—De acuerdo.

Una hora más tarde estaban de vuelta en el globo. A lo lejos, el de Esteban seguía su curso, a un kilómetro y medio hacia el oeste.

—No ha parado —dijo Amalia.

—Aparentemente no. ¿Estamos listos? —preguntó Rafael.

—No nos sacará mucha ventaja, ¿verdad?

—Depende. Si salimos ahora mismo, es posible que no.

Por primera vez, Amalia compartía la emoción del equipo, esperando recortar distancias con su jefe.

—Tranquila, llevamos las bombonas llenas y seguiremos adelante hasta el último momento. Y aunque él las hubiera cambiado anoche, tendrá que descender antes que nosotros.

Amalia rió, emocionada. Del pánico a la emoción… y todo gracias a Rafael.

—Sí, claro. ¡Y que gane el mejor… nosotros!

Después de la tormenta del día anterior el día era claro, sin una sola nube en el cielo; un día perfecto para montar en globo. El viento a mayor altura era muy fuerte y, cuando se aventuró a mirar por encima del borde de la cesta, se dio cuenta de que viajaban a mucha velocidad.

—Esto es divertido —le dijo, sorprendiéndose a sí misma. Se sentía feliz. Y

cuando miraba a Rafael y veía un brillo de interés en sus ojos, se sentía más guapa que nunca.

—No deberías sorprenderte. ¿Por qué crees que tanta gente disfruta de este deporte?

—Ahora lo entiendo —dijo Amalia.

—De modo que ya no soy el lobo feroz por haberte sacado de tu casa, ¿eh? —rió Rafael.

—Bueno, no lo sé. Me lo estoy pensando.

Pero no tenía que pensar nada. Con la sombra de barba y el pelo despeinado por el viento, Rafael estaba más guapo que nunca. Y a ella le gustaría acariciarlo. Le gustaría tener derecho a hacerlo.

Apartando la mirada para disimular tales pensamientos, se dedicó a observar al otro globo.

Nunca tendría otra oportunidad de pasar una noche con Rafael Sandoval, pensó entonces. Y ese pensamiento la entristeció. Cada momento que pasaba con él era tan agradable. Desde luego, había cambiado de opinión sobre él, pero cada día que pasaba estaban

más cerca del final.

La semana siguiente estaría de vuelta en la oficina y la próxima vez que viera a Rafael Sandoval sería en las páginas de alguna revista… con alguna mujer guapísima.

Estaba atardeciendo cuando Rafael hizo descender el globo sobre un prado, cerca del pueblo de Santa María de las Montañas. Amalia había estado muy callada toda la tarde y se preguntaba qué estaría pensando. Lo de la noche anterior había sido inesperado… en muchos sentidos. Ella seguía intrigándolo, sobre todo porque era tan diferente a las mujeres con las que solía salir.

Se preguntaba si encontraría un sitio en su agenda para ella. Primero, la cena en la Cámara de Comercio, luego tal vez un fin de semana en Madrid, donde había unas tiendas fabulosas.

¿Le gustaría navegar por el Mediterráneo algún día? Si le pedía que fuera con José, sin duda aceptaría. Ésa era la clave, pensó, incluir a su hermano en todas las actividades hasta que Amalia se hubiera acostumbrado a él.

Empezaría por dar un simple paseo en su barco… hasta llegar a un fin de semana juntos. Y solos.

Cuando llegaron al hotel de Santa María, Amalia estaba agotada. Además, no podría hablar con José porque ya se habría ido al campamento y eso la entristeció un poco. Sin embargo, la idea de darse un baño caliente y dormir en una cama era más que apetecible.

—Amalia —la llamó Rafael cuando iba a subir al ascensor—. ¿Quieres que cenemos juntos?

—¿No te aburres de estar conmigo? —le preguntó ella, con el corazón acelerado.

—Ya sabes que no. Podemos cenar en mi habitación, si quieres.

¿Cenar solos en su habitación?

—¿No tienes que preparar la carrera con la gente del equipo?

—No, esta noche no. María y Manuel están preparando la ruta, así que hoy puedo descansar.

—¿A qué hora?

—A las ocho, si te parece.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento.

—¿Qué habitación?

—Trescientos once.

—Muy bien, nos vemos allí a las ocho.

Una vez en la habitación, Amalia sacó de la mochila la blusa más bonita que había llevado e intentó plancharla con las manos. No tenía nada adecuado para una cita con uno de los hombres más deseado de Barcelona… claro que tampoco Rafael tendría mucho que ponerse.

La habitación era espaciosa, con un saloncito que se abría al dormitorio y un *jacuzzi* en el cuarto de baño. Aunque no tan lujoso como el anterior hotel, era mucho más de lo que esperaba. Y mucho mejor que dormir al raso bajo la lluvia.

Después de ducharse, con el pelo limpio y cepillado hasta hacerlo brillar, un poquito de maquillaje y un top de color rojo frambuesa, se sentía como nueva.

Mirándose al espejo, intentó poner una pose sofisticada… pero le ardían las mejillas y los ojos le brillaban de anticipación al pensar que iba a cenar a solas con Rafael.

Aunque sólo era eso, una cena, un rato de charla y nada más.

Un minuto antes de las ocho sonó un golpecito en la puerta de su habitación.

Era Rafael, recién duchado y afeitado, con camisa y pantalón oscuros. Con su piel morena y sus ojos negros tenía un aspecto *sexy* y peligroso.

—Normalmente voy a buscar a las chicas para cenar —bromeó —. Estás muy guapa, Amalia.

—Gracias. Lo mismo digo.

—Parecía un pirata antes de afeitarme.

Pues a lo mejor a ella le gustaban los piratas, pensó Amalia, porque lo encontraba guapísimo.

—¿Nos vamos?

La *suite* de Rafael era tan lujosa como la que había ocupado ella la primera noche. Evidentemente, a Rafael Sandoval le gustaba viajar en primera clase. Y era lógico.

Poco después subieron la cena y Amalia se dedicó a mirar las luces del pueblo por la ventana mientras el camarero ponía la mesa.

—Muy bonito —murmuró.

—Espero que te guste la ternera.

—Sí, claro.

Cuando se sentó a la mesa y el camarero empezó a servir el

primer plato se sentía como una princesa, pero intentó portarse con naturalidad.

Rafael sirvió dos copas de agua y levantó la suya.

—Por el éxito en la carrera.

—Por el éxito —brindó Amalia también.

El camarero desapareció discretamente después de hacer su trabajo.

—Solos al fin —bromeó Rafael.

Ella rió, nerviosa.

—Llevamos solos todo el día.

—Pero aquí no tenemos que concentrarnos más que en nosotros mismos.

—Y en la deliciosa cena.

—Pero tenemos toda la noche por delante.

—No, en realidad, no tenemos toda la noche. Hay que levantarse a las cinco.

La cena estaba riquísima y, después de la crema catalana que tomaron de postre, Rafael sugirió que se sentaran en el sofá.

—¿Quieres un café?

—Si tomo café no podré dormir, pero en fin…

El corazón de Amalia empezó a latir como loco cuando Rafael apagó una de las lámparas. ¿Qué estaba haciendo, preparando el escenario para seducirla? Le encantaría volver a besarlo, pero no tenía la menor intención de acostarse con él porque sabía que en cuanto volvieran a Barcelona ni se acordaría de ella.

—¿Has llamado a tu hermano?

—No he podido hablar con él porque ya está en el campamento. Una pena, me habría encantado contarle todo lo que estoy haciendo.

—¿Cuántos días va a estar en el campamento?

—Casi una semana. Y seguro que tendrá un millón de cosas que contarme cuando vuelva a casa…

El inesperado sonido del teléfono sobresaltó a Amalia, pero Rafa se levantó de inmediato para contestar.

—¿Sí? Elena, ¿dónde estáis…? ¿En serio? Qué pena. Entonces estáis muy cerca de Santa María.

Amalia miró su reloj. Se estaba haciendo tarde y debería irse a dormir… pero un segundo después Rafael colgó el teléfono y se

volvió hacia ella.

—Tu jefe y su equipo van a pasar la noche a unos kilómetros de aquí, pero no hay ningún hotel. Elena dice que, después de haber dormido al raso anoche, le debo una paga extra.

—No me extraña. Oye, ¿por qué yo siempre tengo alojamiento de lujo?

Él alargó una mano para acariciar su pelo.

—Te sienta bien el lujo —murmuró, antes de inclinar la cabeza para buscar sus labios.

Los besos de Rafael Sandoval eran otra de las alegrías del viaje, debía reconocer.

Y, sin pensar, levantó los brazos para echárselos al cuello, respondiendo al beso como una flor abriéndose al sol.

Rafael acariciaba su espalda, apretándola contra su pecho.

Aquél era el hombre que prácticamente la había secuestrado para que tomase parte en la carrera, el que le había enseñado tantas cosas nuevas y emocionantes.

Había sido sincero y honesto desde el principio, dejando claro que no quería saber nada del matrimonio y la familia…

Pero eso era lo que ella quería para su vida. De modo que, recuperando el sentido común, Amalia se apartó. Rafael apoyó la frente en la suya y la miró a los ojos.

—No puedo hacerlo.

—Pues lo haces muy bien.

—Cuando termine la carrera no volveremos a vernos. Tú volverás a tu vida y yo a la mía. No tenemos nada en común.

—No tenemos que dejar de vernos cuando termine la carrera. Podemos ir juntos a esa cena en la Cámara de Comercio, tú también te mereces el aplauso cuando ganemos.

—Aún no sabemos si vamos a ganar.

—Claro que sí. Y Esteban se pondrá enfermo cuando tenga que darme el cheque.

—¿Y yo soy parte del premio? ¿Piensas robarle la secretaria a Esteban?

Rafael se apartó.

—Si crees eso de mí es que no me conoces en absoluto.

Amalia se quedó sorprendida por el cambio de tono. Lo había dicho de broma.

—Lo siento, no quería que te enfadases.

—No, no estoy enfadado. Pero di que irás conmigo a la cena en la Cámara de Comercio.

—Si ganamos, iré contigo.

—Claro que vamos a ganar —insistió Rafael.

—Gracias por la cena —dijo ella entonces, levantándose.

—Si insistes en marcharte, te acompaño a tu habitación.

Amalia lamentaba que la noche terminara así, pero tal vez era lo mejor. Debía olvidarse de fantasías antes de perder la cabeza del todo. Los cuentos de hadas eran estupendos para los niños, pero no para las mujeres adultas con responsabilidades familiares.

Capítulo 9

Amalia desayunó a toda prisa en su habitación. No había dormido bien y, cuando se unió a los demás en el vestíbulo, sus ojos fueron directamente a Rafael.

Evidentemente, él no había tenido problemas para dormir porque parecía tan fresco como siempre. Con sólo mirarlo se quedaba sin aliento.

¿Cuándo iba a pasársele esa estúpida atracción? Sólo era un hombre más, un hombre guapísimo, sí, pero sólo un hombre.

Ya, claro, y si se lo repetía mil veces al día tal vez podría creerlo.

María se acercó al grupo en ese momento.

—Siento llegar tarde. Es que no podía levantarme de la cama, estoy agotada.

Rafael miró a Amalia.

—Tú no has tenido ese problema.

—Estoy aquí, ¿no?

El globo ascendió poco después de que amaneciera, pero Rafael se mantuvo en silencio. Amalia lamentaba que se hubiera molestado por ese absurdo comentario, pero no sabía cómo arreglarlo. No quería sentirse atraída por él, no quería admirarlo o sentir algo especial. Pero una persona no podía controlar sus sentimientos, de modo que sería más fácil olvidarlo cuando hubieran vuelto a casa.

—Si nos mantenemos en cabeza durante el día de hoy, creo que la carrera está ganada —dijo Rafael más tarde, mirando el globo de Esteban.

Amalia miró también. Por lo pequeño que se veía, estaba segura de que le llevaban mucha distancia.

—Estupendo —murmuró.

No estaba muy contenta con su jefe esa mañana. Él la había puesto en aquella situación cuando estaría mucho mejor si nunca hubiera conocido a Rafael Sandoval.

Sin embargo, no lamentaba ni un solo segundo de los que había pasado con él.

¿Cuándo iba a volver a vivir una aventura así?

Pararon para comer, pero volvieron a elevarse a toda prisa para

no perder la ventaja. La tormenta había marcado la diferencia, ahora sólo tenían que dejarse llevar por la corriente.

Al atardecer, Rafael empezó a buscar un sitio sobre el que descender y terminaron en un prado, a media hora del pueblo más cercano. Estaba un poco lejos, pero decidieron buscar un hotel. Le llevaban una buena ventaja a Esteban y podían permitirse el lujo de dormir en una cama.

Pero, para sorpresa de todos, cuando llegaron al hotel se encontraron con Esteban y su equipo. Aunque su globo parecía estar mucho más lejos…

Y lo más sorprendente era que hubiese un par de periodistas entrevistándolo.

—¿De dónde los saca? —murmuró mientras atravesaban el vestíbulo. Rafael se limitó a mirar hacia el grupo antes de darse la vuelta.

—Debe haber contratado la mejor agencia de relaciones públicas del país.

—Deberías ir a decirles que eres tú quien lleva ventaja.

—Él lo sabe —sonrió Rafael.

—Pero los periodistas no. Parece que es él quien va ganando.

—No te preocupes, todos lo sabrán al final. Eso es lo único que cuenta.

Cuando iban a subir al ascensor, Elena se acercó corriendo.

—¡Espera, tengo que hablar contigo!

Rafael y su ayudante se apartaron un poco y Amalia se preguntó qué habría ocurrido para que Elena, siempre comedida, pareciese tan nerviosa.

Pero cuando las puertas del ascensor se abrieron allí estaba la repuesta: Teresa Velázquez.

—¡Rafael!

Amalia lo miró para ver cómo respondía. No parecía sorprendido, de modo que ésa debía ser la noticia que le había dado Elena.

Los periodistas se volvieron inmediatamente para ver a la bonita rubia echándose en brazos del famoso empresario. Amalia tuvo que ver cómo lo besaba. Y

Rafael no protestó.

Nunca en su vida había sentido celos, pero verlo besando a

aquella mujer fue como una puñalada en el corazón. Intentaba decirse a sí misma que lo había sabido desde el principio, pero el dolor era el mismo.

María se unió a ella en el ascensor.

—Yo voy a la quinta planta.

—Yo también.

—En cuanto llegue a mi habitación voy a llamar a Elena para que me cuente de dónde ha salido Teresa. Seguro que Rafael se ha puesto furioso.

—¿Por qué? —preguntó Amalia—. Pensé que estaban saliendo.

—Sí, bueno… —María se encogió de hombros—. Pero no sabes los problemas que dio en el festival. Rafael se toma muy en serio la carrera y lo único que Teresa quiere es que esté pendiente de ella. Yo no sé cómo no se da cuenta de que es imposible.

—Imagino que mi jefe estará encantado.

—Sí, claro, quiere distraer a Rafael como sea, pero no se saldrá con la suya.

Amalia asintió con la cabeza, aunque no estaba tan segura.

—Nos vemos a las ocho —se despidió María cuando llegaron arriba—. Hemos quedado todos en el restaurante.

—Sí, claro.

Amalia no quería pasar la noche con la gente del equipo, fingiendo que todo estaba bien cuando se le había roto el corazón.

Rafael observó a Amalia y María subiendo al ascensor. Esperaría unos minutos y después la llamaría por teléfono.

—¡Le llevas ventaja a Esteban! —estaba diciendo Teresa—. No sabes cuánto me alegro.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Esteban me llamó para contarme que a su secretaria no se le daba bien hacer de copiloto y para saber si quería volver. Te he echado de menos, Rafael, pero ahora puedo seguir la carrera contigo y la secretaria puede volver a su casa. ¿No estás contento de verme?

—Tú has dejado tu posición bien clara y creo que yo también. No tenemos nada más que decirnos —Rafael iba a entrar en el ascensor, pero Teresa lo detuvo.

—Espera… yo creo que Esteban lo ha hecho por ella. Estaba preocupado por su seguridad.

—Probablemente —murmuró él, irónico.

Pero entonces pensó otra cosa: tal vez Amalia lo había llamado para pedirle que la sacara de allí. Dado que Esteban no era en absoluto altruista, tenía que ser eso.

—Bueno… yo estoy en la quinta planta —dijo Teresa, con tono insinuante—.

Podría subir contigo y esperar hasta que te cambies para cenar.

—He quedado con todo el mundo aquí, en el vestíbulo —Rafael lo había dicho con tal brusquedad que Teresa, dispuesta a subir con él en el ascensor, dio marcha atrás.

Cuando llegó a su habitación tiró la bolsa sobre la cama, enfadado, y levantó el teléfono para llamar a Amalia, pero no contestaba nadie. ¿Estaría en la ducha?

Probablemente.

Cuando terminó de ducharse y afeitarse volvió a llamar a su habitación y esta vez estaba comunicando. Rafael colgó, frustrado. Pero cuando miró el reloj comprobó que eran casi las ocho, de modo que bajó al vestíbulo.

El equipo estaba congregado frente a las puertas de cristal. Teresa tonteando con Manuel, María y Amalia aparte, charlando. Julio y Pablo observando a Teresa. La mayoría de la gente la miraba porque era una chica preciosa y porque llevaba un elegante vestido mientras todos los demás llevaban ropa arrugada. Ellos iban vestidos como deberían, era ella la que estaba fuera de lugar.

La cena en el restaurante del hotel resultó un desastre. Teresa se sentó a su lado y no habló con nadie más, haciendo todo lo posible por excluirlos de la conversación.

Amalia los observaba, pero Rafael no podría decir si su expresión era de aburrimiento o de desdén. Y, comparando a las dos mujeres, debía admitir que Teresa salía perdiendo.

Él siempre había salido con chicas como ella, pero aquella noche preferiría estar con Amalia, escuchando sus opiniones y hablando sobre la carrera.

No estaba seguro de que le gustara siquiera y quería gustarle. Por primera vez desde que podía recordar, le importaba lo que una mujer pensara de él. Cada día se sentía más fascinado por ella y desearía acompañarla a su habitación y darle un beso de buenas noches, compartir el desayuno por la mañana…

Ésa tenía que ser una buena señal.

—Amalia está haciendo un trabajo estupendo —dijo entonces, levantando su copa—. Y quiero brindar por ella.

Amalia intentó no mirar a Teresa porque sabía que el brindis la habría molestado. Pero los halagos de Rafael la hacían sentir en la cima del mundo.

Cuando la cena terminó, María y Amalia salieron juntas del restaurante y Rafael no intentó detenerla, aunque a ella le habría gustado que lo hiciera. Se habría quedado un rato más si él se lo hubiera pedido.

Lo cual era una bobada porque, evidentemente, estaba con Teresa. Y, además, tenían todo el día siguiente para estar juntos.

A veces le parecía que la miraba de una forma diferente, como si de verdad estuviera interesado. Pero sabía que estaba enamorándose de él y estaba decidida a controlar sus sentimientos. No quería acabar con el corazón roto.

Cuando iba a subir al ascensor, Elena, que estaba sentada en uno de los sillones del vestíbulo, le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

—¿Qué tal va todo?

—Bien, sigo viva. Hasta mañana, María.

La joven se despidió con un gesto mientras las puertas del ascensor se cerraban.

—¿Qué tal tú?

—No te envidio, la verdad. Sospecho que no es fácil trabajar todos los días con tu jefe.

—Yo me las he arreglado durante los últimos tres años.

—Pues deberían darte un premio —suspiró Elena—. Es mucho más fácil trabajar con Rafa. Esteban Vicente es un egocéntrico.

Amalia soltó una carcajada. A su jefe le gustaba ser el centro de atención, desde luego. Y, en general, a ella no le importaba porque estaba contenta con su trabajo.

—¿Estás esperando para hablar con Rafael?

—No, sólo quería estar tranquila un rato. Mi compañera de habitación se pasa horas hablando por teléfono.

—Rafael reserva habitaciones individuales para todos.

—Ya, claro. Tu jefe es un tacaño —suspiró Elena—. Es una suerte que no nos haga pagar por nuestras habitaciones.

—¿Cómo sabía que estaríamos aquí esta noche?

—No lo sabía, pero lo imaginó porque es el mejor hotel de por aquí. Y ha metido la pata llamando a Teresa. Cree que así distraerá a Rafael, pero Rafa está totalmente concentrado en la carrera y no quiere interrupciones.

—¿Por qué es tan importante para él ganar?

—¿Se lo has preguntado a Rafael?

Amalia se encogió de hombros.

—Sí, pero no me dio una respuesta muy clara.

Elena miró alrededor.

—Probablemente debería contártelo él, pero… hace cinco años, Esteban le robó un cliente usando una táctica poco limpia y Rafael perdió mucho dinero. La relación se ha suavizado desde entonces y estoy segura de que Esteban no sabe que sigue enfadado, pero ésta es una forma de vengarse por lo que pasó. Ganar la carrera significa mucho para él, pero sobre todo ver a Esteban Vicente entregándole ese cheque en la Cámara de Comercio.

Amalia se preguntó cómo era posible que Rafael siguiera haciendo negocios con Esteban si una vez le había hecho una jugada sucia. Algo que él no haría nunca, por cierto. Podía ser arrogante, pero era un hombre de palabra.

—Bueno, te dejo tranquila un rato. Nos vemos en la meta mañana.

Después de pedir en recepción que la despertasen a las cinco de la madrugada, Amalia se metió en la cama. Estaba agotada y profundamente decepcionada por la aparición de Teresa.

De no haber aparecido, ¿la habría invitado Rafael a cenar en su habitación otra vez?

La luz del sol que entraba por la ventana despertó a Amalia.

¿La luz del sol?

Arrugando el ceño se dio la vuelta… y se sentó en la cama de golpe. ¿Qué hora era? ¿Por qué no la habían llamado de recepción? Asustada, se levantó de un salto y empezó a vestirse a toda prisa. ¡A Rafael le daría un ataque!

Pero, de repente, se detuvo. Tenía que haber cambiado los planes a última hora.

De no ser así, habría tirado la puerta abajo…

Después de vestirse llamó a la habitación de María, pero no

hubo respuesta, de modo que bajó al vestíbulo a toda prisa. Se moriría de vergüenza si todo el mundo estaba esperándola…

Pero el vestíbulo estaba vacío. Y la camioneta no estaba en la puerta del hotel.

¿Qué había pasado allí?

Amalia se dirigió al mostrador de recepción.

—¿El equipo del globo se ha marchado ya?

—Creo que se marcharon alrededor de las cinco y media —contestó el empleado—. ¿No debería haber ido con ellos?

—Pedí que me despertasen a las cinco de la mañana, pero no me llamaron.

El empleado comprobó la orden en el ordenador.

—Ah, sí, esa orden fue cancelada a medianoche.

—¿Cancelada? ¿Por quién?

—No tengo esa información, señorita. Le pido disculpas si ha habido un error.

Amalia lo miró, atónita. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se habían ido sin ella?

—No entiendo nada. Yo soy parte del equipo… ¿cómo pueden haberme dejado en tierra?

—No lo sé, señorita.

Ella se dio la vuelta, mirando alrededor. ¿Qué iba a hacer? Tenía que haber alguna explicación. Tal vez Rafael había querido que durmiese un poco más ese día… pero entonces habría alguien del equipo esperándola.

—¿No han dejado ningún mensaje?

—Espere un momento —el hombre miró en una bandeja bajo el mostrador—. Sí, han dejado este sobre para usted.

Amalia lo abrió a toda prisa y empezó a leer la nota que había dentro…

Tu jefe es un cielo. Esteban sugirió que yo ocupase tu sitio en el globo para que pudieras volver a casa, así que ya no tendrás que seguir pasándolo mal.

Estaba firmada por Teresa.

Amalia miró la nota, incrédula. ¡Rafael se había llevado a Teresa sin decirle nada!

—¿Qué habías pensado, tonta? —murmuró para sí misma—. ¿Qué te elegiría a ti y no a la chica con la que está saliendo?

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Había pensado que le gustaba, que le caía bien al menos. Pero la había dejado allí tirada, sin una nota explicando la situación.

¿Y qué iba a hacer ella? No llevaba dinero ni tarjetas de crédito y estaba en un pueblo a kilómetros de Barcelona. ¿Cómo iba a volver a casa?

De repente, se puso furiosa. ¿Cómo se atrevía a dejarla allí tirada después de haberla sacado de su casa prácticamente a la fuerza? ¡Después de haberla hecho subir a ese globo muerta de miedo!

Rafael le había asegurado que la llevaría a casa sana y salva. Si no la quería en el globo, al menos debería haberse encargado de buscarle un medio de transporte.

Nerviosa, volvió al mostrador y pidió que le dieran un teléfono para llamar a la oficina. Y cuando la secretaria temporal que estaba reemplazándola durante esa semana contestó, le pidió el número de la oficina de Rafael Sandoval.

Habló con tres personas diferentes, su ira aumentando con cada minuto de espera hasta que, por fin, preguntó por Domingo. Recordaba su nombre por un comentario que había hecho Elena.

—Dígame.

—Soy Amalia Catalán. Rafael Sandoval me ha dejado tirada en un pueblecito cerca de la frontera francesa y tengo que volver a Barcelona.

—Lo siento, ¿cómo ha dicho que se llama?

—¡Soy la mujer a la que Rafael Sandoval prácticamente secuestró para que lo acompañase en un absurdo viaje en globo! —gritó Amalia, fuera de sí. Aquello era increíble, inaudito.

—Lo siento, pero yo no sé nada sobre el asunto —se disculpó Domingo—.

Puedo intentar ponerme en contacto con Rafael y llamarla después…

Amalia colgó de golpe y volvió a llamar a su oficina.

—Dile a Enrique que se ponga.

En realidad, era culpa de su jefe que se encontrara en aquella situación, de modo que volvería a casa y Esteban Vicente correría con todos los gastos.

Rafael miraba el horizonte, con Teresa a su lado. Pero incluso

allí arriba su perfume lo mareaba. Por qué se había puesto perfume para viajar en globo era algo que no lograba entender.

Estaba furioso. Había sabido desde el principio que Amalia tenía miedo a la altura, que no quería hacer el viaje. Pero durante los días que habían pasado juntos parecía estar contenta, incluso entusiasmada.

Y, sin embargo, había saltado ante la oferta de Teresa de ocupar su puesto. Se había puesto furioso cuando bajó al vestíbulo por la mañana y vio a Teresa en lugar de Amalia. Incluso estuvo a punto de subir a su habitación para exigirle que bajase de inmediato y continuase el viaje hasta el final. Pero Teresa le dijo que la propia Amalia le había pedido que ocupara su puesto.

Para comprobarlo, Rafael preguntó en recepción si había algún mensaje de Amalia y no había ninguno. Luego preguntó si había pedido que la despertasen a las cinco como los demás y el empleado le explicó que lo había solicitado después de cenar… pero que había cancelado la orden antes de medianoche.

Probablemente después de hablar con Teresa.

De modo que Rafael pagaba su rabia con los quemadores, encendiéndolos más veces de lo normal.

Pero al menos Teresa parecía estar intentando hacer algo esta vez y no ser un mero objeto decorativo. Aparte del perfume, estaba siendo una buena copiloto.

Y, sin embargo, seguía furioso. Las cosas iban tan bien… y con la ventaja que tenía sobre Esteban sería muy fácil ganarle. Con Amalia a su lado.

Había imaginado un final totalmente diferente. Amalia y él celebrando la victoria, volviendo a casa con el equipo, compartiendo la alegría de haber sido los primeros. Invitándola a cenar para celebrarlo.

Yendo con ella a la Cámara de Comercio para recibir el cheque de Esteban.

Pero la fantasía había terminado.

—No veo el globo de Esteban —dijo Teresa, satisfecha—. Está tan lejos que ya no puede ganarnos.

Rafael asintió, mientras volvía a encender los quemadores. El estruendo acallaba la incesante charla de su acompañante. Amalia no hablaba tanto. Aunque no se había percatado de cuánto

disfrutaba de su silencio hasta aquel momento.

Al menos podría haberle dicho cara a cara que no pensaba seguir viaje con él, pensó. O llamarlo por teléfono como mínimo.

Pero que Amalia quisiera retirarse no le daba derecho a hacerlo. Habían empezado juntos el viaje y tenían que terminarlo juntos. Si no terminaba a su lado, la victoria no le sabría igual.

Entonces se dio cuenta de algo… de algo fundamental: le importaba Amalia.

Mucho más de lo que había creído y mucho más de lo que debería después de cómo lo había dejado plantado.

Podría haber jurado que era diferente a las demás mujeres. Le recordaba a Elena: sensata, seria, responsable.

Rafael arrugó el ceño. Amalia era una persona seria y responsable. Y de fiar.

¿Cómo podía haberle hecho aquello?

—¿Hay algo de comer en el globo? —le preguntó Teresa.

—Lo lleva el equipo. Comeremos cuando descendamos para cambiar las bombonas…

Entonces oyeron la voz de Manuel por la radio:

—Jefe, tenemos un problema.

—Dime —dijo él, mirando hacia el globo de Esteban.

—Acabo de hablar con Domingo, de la oficina. Le ha llamado una mujer que decía ser parte del equipo… debe ser Amalia. Por lo visto, no sabe cómo volver a casa.

—Debería haberlo pensado antes de dejarnos plantados —replicó Rafael, airado.

De modo que Amalia había quemado sus naves sin pensar en cómo volvería a casa… pues muy bien, no era su problema.

Y, sin embargo, sabía que lo era. Él nunca dejaría a nadie abandonado a su suerte, especialmente a Amalia. Especialmente a Amalia.

Rafael se volvió hacia Teresa. No era ella con quien quería terminar la carrera.

Debería haber ido a la habitación de Amalia para obligarla a subir al globo con él. ¡La quería a su lado cuando ganasen!

—Verás, Rafael… —estaba diciendo Manuel en ese momento—. En realidad, Amalia le ha dicho que tú la habías dejado tirada en el hotel, que ella no sabía nada del asunto.

Teresa estaba mirando fijamente el globo de Esteban y, de repente, todo quedó claro. Rafael se volvió hacia ella, con la radio en la mano.

—¿Qué has hecho?

Capítulo 10

Amalia estaba frente a la ventana de su habitación, esperando. Había hecho todo lo que había podido. Enrique estaba buscando un coche de alquiler, un autobús o una avioneta privada, lo que fuera. Le daba igual cómo llegase a Barcelona, pero quería dormir en su cama esa noche.

Estaba furiosa y más decepcionada que nunca en toda su vida. Después de la aventura que había vivido con Rafael terminar así… era más de lo que podía soportar. Había sabido que la aventura terminaría, que no volvería a verlo, pero que la hubiese dejado así, sin decirle una palabra…

Aunque era lógico. Rafael era un hombre guapísimo, ella una chica normal y corriente. Él era millonario, ella apenas tenía dinero ahorrado en el banco. A él le gustaban los deportes de riesgo, ella prefería verlos en televisión. Y mientras que Rafael Sandoval no quería casarse nunca, su mayor deseo era formar una familia.

Amalia se apartó de la ventana, entristecida. Rafael nunca le había prometido nada salvo llevarla a casa sana y salva. Pero, al final, ni siquiera había hecho eso.

Las lágrimas asomaron a sus ojos sin que pudiera evitarlo. Pero no, no iba a llorar por él.

Tomando su mochila, Amalia salió de la habitación.

Esperaría en el vestíbulo. Al menos allí vería algo de actividad y dejaría de darle vueltas a la cabeza.

Se detuvo un momento en el mostrador de recepción para decirles que estaría allí si había alguna llamada y luego se dejó caer en uno de los sillones del vestíbulo, angustiada.

¿Por qué tardaba tanto Enrique en encontrar un medio de transporte? No podía ser tan difícil. El pueblo era pequeño y estaba en los Pirineos, pero tenía que haber alguna agencia de alquiler de coches por allí.

Era casi mediodía cuando Enrique llamó por fin.

—El coche irá a buscarte por la tarde. Y no te preocupes, nosotros corremos con todos los gastos.

—Esteban me metió en esto, así que lo más lógico es que lo pague él —suspiró Amalia—. Estaré en la oficina mañana mismo.

Y pensaría seriamente en cambiar de trabajo. Ella no era un peón al que se pudiera utilizar para diversión de su jefe y dejar tirado cuando ya no era necesario.

En realidad, no sabía con quién estaba más enfadada, con Esteban o con Rafael.

Como no había comido en todo el día, dejó la mochila en recepción y fue a tomar algo a la terraza de un café cercano, disfrutando del sol mientras intentaba que se le pasara el enfado.

Pero cuando volvió al hotel se quedó perpleja al ver la camioneta del equipo de seguimiento en la puerta. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Habrían vuelto a buscarla?, se preguntó, entrando en el vestíbulo a toda prisa…

Para quedarse parada al ver a Rafael Sandoval.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

Rafael se acercó a ella en dos zancadas.

—¿Creías que te había dejado tirada aquí a propósito?

Amalia parpadeó, incrédula.

—Pero… cuando bajé al vestíbulo no había nadie. ¿Qué iba a pensar?

—Yo nunca te haría algo así.

Aquello no podía ser. Rafael debería estar a kilómetros de distancia de allí.

¿Qué estaba haciendo de vuelta en el hotel?

—¿Por qué no estás en el globo?

—Estaba en el globo hasta que descubrí lo que Teresa había hecho. Cuando bajamos esta mañana me dijo que tú le habías pedido que ocupara tu sitio porque no podías aguantar más, que no soportabas viajar en el globo. Y como tú habías dejado tan claro que te daba miedo…

—Si no hubiera querido seguir el viaje te lo habría dicho personalmente —lo interrumpió Amalia.

—Sí, ya, de eso me di cuenta hace una hora. Pero estaba tan enfadado contigo…

si me hubiera parado un momento a pensar me habría dado cuenta de que tú nunca harías algo así.

—No entiendo nada, Rafa. ¿Dónde está el globo?

—En un campo de fútbol, a una hora de aquí.

—¿Qué? —exclamó Amalia entonces—. ¡Esteban nos va a sacar

ventaja! ¡Tienes que volver de inmediato!

—Que gane la carrera, me da igual —dijo Rafael—. Es por ti por quien estaba preocupado.

—¿Por mí? —repitió ella. Su corazón latía con tal fuerza que apenas podía pensar con claridad.

—Yo nunca te dejaría tirada, Amalia. ¿No dije que te llevaría a casa sana y salva?

—Sí, pero pensé que eso significaba que no ibas a dejar que me estrellase contra el suelo.

Rafael apartó el pelo de su frente.

—Me refería a llevarte a casa —le dijo—. Deberías haber confiado en mí. Y si yo hubiera subido a tu habitación para sacarte de la cama esta mañana ahora estaríamos en el globo, terminando la estúpida carrera.

—¡Es una estúpida carrera y tú vas a perderla si no vuelves al globo de inmediato! —exclamó Amalia.

—Tú eres más importante que la carrera. De hecho, creo que tú eres lo más importante que hay en mi vida ahora mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres más importante que ganarle a Esteban Vicente. Más importante que cualquier carrera, cualquier reto. Me he enamorado de ti, Amalia —le confesó Rafael

—. No te pareces a ninguna de las mujeres que he conocido en mi vida y cuando me dijeron que te habías quedado sola en el hotel, que no sabías cómo volver a casa… —nervioso, tragó saliva—. Hemos compartido más cosas durante estos días en el globo que muchas parejas de novios y… en fin, pensé que no diría nunca esta frase, pero… ¿quieres casarte conmigo, Amalia?

Ella lo miraba, sin saber qué decir. Tenía que haber oído mal. Aquello no podía estar pasando.

—Pero yo… yo no tengo nada que ver con tu vida. Tú y yo somos completamente diferentes y queremos cosas diferentes.

—Yo creo que eres perfecta. Eres sincera, apasionada, cabezota. Me fascina cómo brillan tus ojos y cómo se ilumina toda tu cara cuando sonríes. Te quiero, Amalia. No podía ni imaginar que este viaje en globo terminaría así, pero me siento feliz —rió Rafael—. Cuando pensé que te había perdido me di cuenta de lo importante que eras para mí. Dime que compartirás tu vida conmigo, los

próximos cincuenta o sesenta años… o más tiempo.

—No sé, yo…

—Podemos estar comprometidos el tiempo que te parezca bien… para que me conozcas mejor y para conocerte mejor a ti. He visto cómo lidias con la adversidad, lo valiente que eres, sé que sabes exigir lo que es tuyo…

Amalia soltó una carcajada de felicidad. ¿Se atrevía a creer que aquello no era un sueño?

—Es un honor para mí, Rafael. ¡Me encantaría ser tu mujer! Te quiero y…

No pudo terminar la frase porque Rafael buscó sus labios en ese momento; la emoción del beso incrementada al saber que habría muchos más besos como aquél durante el resto de su vida.

Epílogo

Rafael acompañó a Amalia hasta la mesa y le presentó a los miembros de la Cámara de Comercio que iban a cenar con ellos.

Había sabido que estaría guapísima de granate. El vestido le quedaba de maravilla; la línea recta haciendo que pareciese más alta e incluso más esbelta. Y

llevaba el pelo sujeto en un elegante moño, uno que Rafael estaría encantado de deshacer más tarde, cuando la llevara a casa.

—¿Nervioso? —le preguntó ella en voz baja.

—En absoluto. ¿Debería estarlo? Amalia arrugó la nariz.

—He hecho lo que me has pedido y no le he dicho ni una palabra a Esteban, así que imagino que estará hinchando el pecho. Sigo pensando que podríamos haberlo intentado.

—Amalia…

—Deberíamos haber vuelto al globo. No podía estar tan lejos.

—Relájate, habrá más oportunidades de retar a tu jefe.

—Pronto mi ex jefe —le recordó ella—. En serio, si no me controlo podría acabar dándole un puñetazo en la nariz.

Rafael rió y ella sonrió, feliz. Las últimas dos semanas habían pasado en un soplo. José se había mostrado encantado al saber de su compromiso, acorralando a Rafael cada vez que iba al apartamento para hacerle mil preguntas sobre los viajes en globo, o submarinismo o escalada. ¡Amalia casi tenía miedo de que a su hermano le diera por practicar todos esos deportes tan peligrosos!

Habían cenado juntos cada noche, muchas veces en su piso, y Rafael parecía disfrutar de cada minuto.

Y a Amalia le encantaba cuando él insistía en llevarla a cenar a algún restaurante fantástico, pero intentaban mantener su romance en secreto, de modo que no había periodistas y tampoco fotografías de los dos en las revistas del corazón.

Y cada día estaba más enamorada.

El fin de semana anterior, Rafael la había llevado a navegar en su barco y había sido maravilloso. Definitivamente, prefería navegar por el mar que por el aire.

Su única pena era haber perdido la carrera. Sí, habría otras ocasiones, pero ella sabía cuánto deseaba Rafael ganar esa carrera

en particular y quería que lo tuviese todo. Era lo más justo porque él se lo había dado todo con su amor.

Tras la suntuosa cena, el presidente de la Cámara de Comercio se levantó para dirigirse a los presentes y, después de darles la bienvenida, pidió un aplauso para Esteban Vicente.

Rafael observaba desde su silla con una sonrisa en los labios, pero Amalia estaba un poco nerviosa esperando que su jefe empezase a presumir de lo bueno que era y de cómo había ganado a Rafael Sandoval. Le habría gustado levantarse y explicar por qué y cómo había ganado.

Esteban habló durante unos minutos y terminó anunciando que había ganado la carrera en globo y que Rafael Sandoval le debía cincuenta mil euros.

Entonces Rafael se levantó y tomó su mano para que hiciese lo propio.

—Ven conmigo.

—Pero yo…

Amalia tuvo que seguirlo hasta el estrado, ante la mirada sorprendida de Esteban y el resto de los presentes.

—Enhorabuena, tu globo fue el más rápido —lo felicitó Rafael, estrechando su mano antes de dirigirse al micrófono—. Como Esteban ha explicado ya, habíamos hecho una apuesta. Ha ganado él y, por lo tanto, aquí tengo un cheque por cincuenta mil euros —anunció, entregándole el cheque ante el aplauso de los congregados —.

Pero él no ha ganado tanto como yo —dijo entonces, tomando a Amalia por la cintura—. Porque yo he encontrado al amor de mi vida durante esa carrera y estoy encantado de anunciar que Amalia Catalán ha aceptado casarse conmigo. Ella pensaba que era una estúpida apuesta, que los cincuenta mil euros podían servir para algo mucho más importante, y yo le prometí que si ganaba el dinero iría a la asociación benéfica que ella quisiera. Y como creo que he ganado el mayor de los premios, tengo otro cheque de cincuenta mil euros a nombre del Convento de las Hermanas de la Caridad en honor a los padres de mi futura esposa, que no podrán ver lo feliz que me hace su hija ya que murieron en un trágico accidente hace nueve años. Pero les doy las gracias de todo corazón por haberme dado a Amalia.

Ella tomó el cheque con los ojos empañados.

—Soy yo quien ha ganado —murmuró, con el corazón lleno de amor por aquel hombre maravilloso.

Los presentes empezaron a aplaudir y, cuando Rafael la besó en los labios, se pusieron en pie, entusiasmados.

Él la apretó contra su corazón, diciéndole al oído:

—Los dos sabemos la verdad: Esteban ha perdido. Nosotros hemos ganado.

Fin